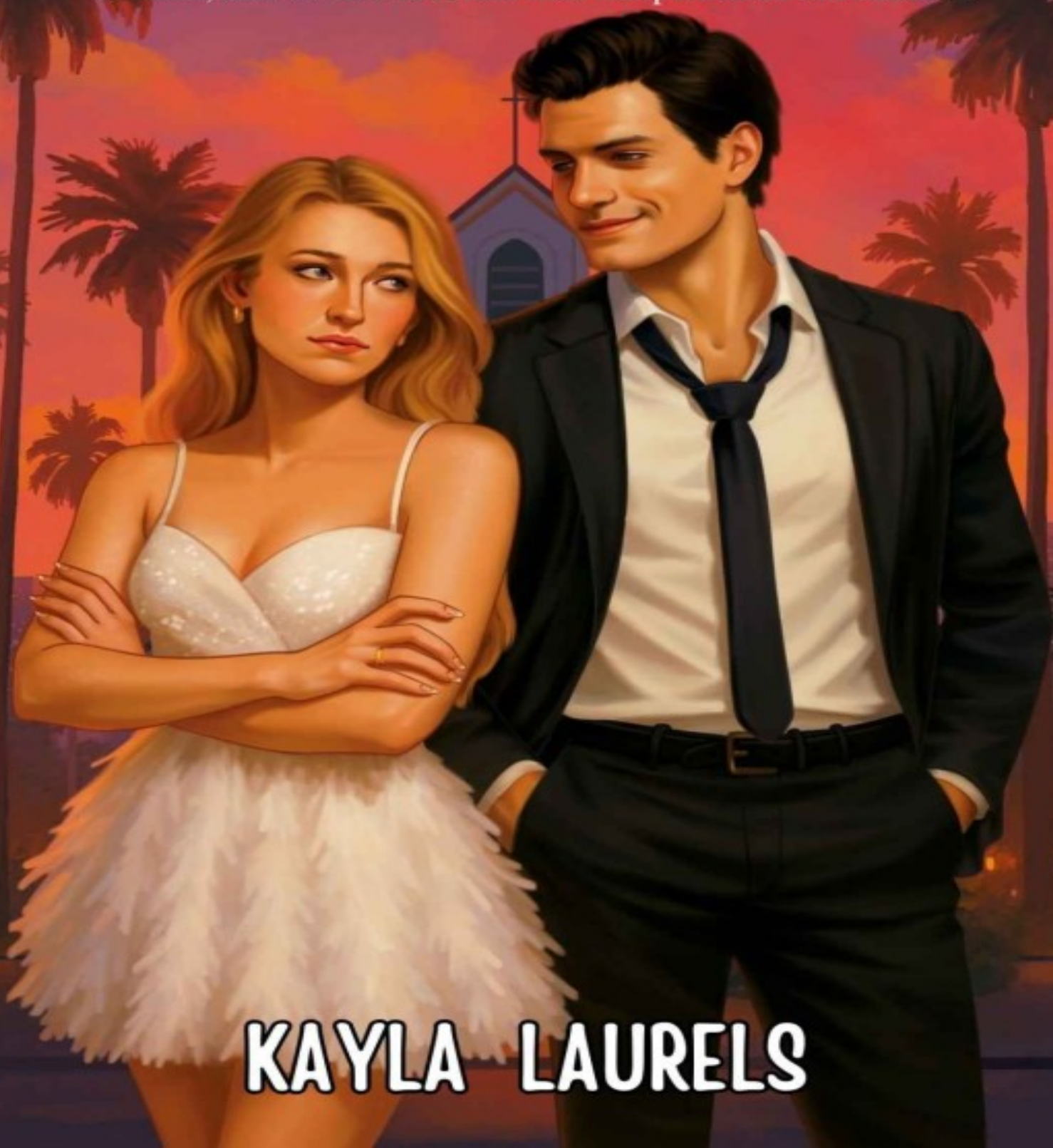


Plan de **ESCAPE**

Una historia de amar sin máscaras, redibujar el destino y descubrir que a veces, huir es solo la forma más inesperada de encontrarse.



KAYLA LAURELS

Plan de **ESCAPE**

Una historia de amar sin máscaras, redibujar el destino y descubrir que a veces, huir es solo la forma más inesperada de encontrarse.

KAYLA LAURELS

Sello: Independently published
Título: Plan de escape.
Nº depósito legal: CA393-2025
Copyright © Kayla Laurels.
All right reserved.

Septiembre 2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Ilustración de portada: Ms. Muar.
Maquetación: Kayla Laurels.

Gracias por leer mis novelas.

Kayla Laurels no existiría sin lectores como tú. Por eso quiero agradecértelo regalándote un **cuaderno de lecturas**. Fue un proyecto que hice de forma personal, al que le tengo mucho cariño y pensé que no hay mejor forma de compartirlo con vosotros.

EL CUADERNO te ayuda a llevar un registro de tus lecturas, mediante 96 fichas dónde podrás anotar el título del libro, el autor, editorial, género, resumen, opinión, valoración y cita para recordar. Además de un calendario de fechas, un registro de libros prestados, libros que quieres leer, un top 10 de las mejores lecturas.

Escaneando este código QR llegarás a una página de suscripción que, una vez inscrito, tienes que confirmar la suscripción y se te enviará automáticamente el cuaderno por correo electrónico. Te prometo que no te voy a molestar con Spam, me gusta tan poco a mí como a ti. Solo te mandaré un email para avisarte que he sacado una nueva novela.

Un abrazo fuerte y un millón de gracias.

**ESCANÉA EL QR Y
OBTÉN EL REGALO**



Todos necesitamos alguna vez,
un plan de escape.
Uno que no sea una huida,
sino un regreso a lo que somos.
Esta historia es para quienes buscan su propio camino y siguen
adelante a pesar de la incertidumbre, apoyándose en el amor,
en la esperanza... y en ellas mismas.

Kayla Laurels

ÍNDICE

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

Agradecimientos

Prefacio



En el momento que él fue mi única opción para huir de Matthew, sabía que nada iba a terminar bien. No podía fiarme de Dominic. Sabía que aliarse con el enemigo para sobrevivir de esta catastrófica situación, no podía ser buena idea, pero en ese momento... era decir "sí quiero" o huir con el odioso hermano de mi mejor amiga. Lo que no imaginé es que el capullo número uno de mi lista de gente que me cae mal, iba a ser mi paracaídas para cuando saltase al vacío del abismo en el que se estaba convirtiendo mi vida.

Ahora mismo, con él a mi lado, lo miro y no me creo que esté haciendo esto. Ni siquiera sé a dónde me lleva. Se suponía que yo dejaba plantado en el altar a Matt, me largaba en un coche que me esperaba en la puerta y que me dejaba en mi casa para hundirme en mi miseria de vida. Pero cuando veo que dejamos atrás mi calle y que su sonrisa se ensancha, sé que algo malo está planeando.

—¿A dónde te crees que vas?

—A mi casa de Los Ángeles pastelito.

—Dominic, no me hace gracia que me pasees con estas pintas por la ciudad. —Me quejo—. Todo el mundo nos mira.

—Venga Rose, sé un poco más creativa, ¿no crees? Desde que salías con ese don perfecto, parece que llevas un palo metido...

—¡La gente madura! —Me quejo, cosa que él nunca hará y sonrío como si le hubiese contado un chiste malo.

—Lo que tú digas rubia, pero la gente no cambia... Creo que no has cambiado tanto como aparentas y pienso demostrártelo. —Me asegura.

—¿Ah sí? —Le reto y me mira un segundo, con esos ojos negros tan profundos y desafiantes que me producen escalofríos.

—Sí —asegura.

—¿Y qué piensas hacer? —Le pregunto exasperada.

—Ya lo estoy haciendo... ¿Acaso no te das cuenta? —Me pregunta con soberbia.

—¿Darme cuenta de qué? —Le pregunto empezando a ponerme nerviosa.

—Mi hermana quería que te salvara de esa horrenda boda para que no arruinaras tu vida con ese capullo. Le he hecho caso, pero...

—Pero... ¡¿qué?! —Le pregunto sonando un poco histérica y él niega.

—Te estoy secuestrando pastelito... ponte cómoda, quítate el velo si quieres, porque nos espera un *laaaaaaargo* camino.

—¿Siempre secuestras novias en tu tiempo libre o solo a las que planean matarte con el velo? —Le pregunto a Dominic, que conduce con una ceja arqueada y esa maldita sonrisa de anuncio de perfume.

—No estoy de humor para discutir contigo. —Me responde sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Alguna vez lo estás?

—¿Y tú alguna vez te callas? —Me pregunta exasperado y lo miro furiosa.

—¿De verdad? ¿Eres capaz de preocuparte por mí? ¿Después de estar años desaparecido, vuelves para salvarme de esa boda y encima me secuestras?

—No te salvé, te rescaté del desastre. Es diferente.

—Claro. Porque tú eres experto en abandonar cosas, ¿verdad?

Él frena de golpe, en un semáforo que se pone en rojo. Silencio. Por primera vez, su sonrisa se desvanece.

—Eso no es justo.

—Tampoco lo fue que me besaras y luego te largaras a Hollywood sin mirar atrás —susurro, sintiendo esa vieja herida asomarse en mi voz.

—Rose... —dice más bajo, como si se le hubiese olvidado cómo pronunciar mi nombre en su boca.

—Tranquilo, Dominic. Puedes fingir que no existo. Al fin y al cabo, se te da de maravilla.

Capítulo 1



—¿Quieres estarte quieta, aunque sea dos segundos? —Le pregunto intentando no perder los nervios.

—No pienso salir de la ciudad contigo. —Se queja, queriendo abrir la puerta por enésima vez y bufo cansado.

—Ya lo estamos haciendo. —Le aseguro dejando atrás el cartel de la ciudad de Bakersfield.

—¡Yo te voy a matar! ¡Tú hermana te va a matar! —Me amenaza y sonrío. No sé las veces que ha repetido esa frase desde que salió de la iglesia y se subió al coche.

—¿Quieres continuar con las conjugaciones del verbo *matar*? —Bromeo solo para sacarla un poco más de quicio.

—Eres un imbécil, un capullo y un inmaduro Dominic Spencer. —Se recuesta en su asiento y se cruza de brazos robándome una sonrisa gigante.

—Hablando de inmadurez... ¿Tú te has visto Rose? Pareces un pastelito gigante con cobertura de nata. Qué vestido más horrendo... ni en los años ochenta se llevaba algo así para casarse. ¿Cómo ibas a casarte con un tío que no sabe diseñar ni el vestido de novia de su prometida?

—No te rías también de esto. Bastante tengo con mi desdichada vida, como para que tú, DON perfecto vengas a recochinearte de mi ropa. —Me dice seria y me recuerda a cuando era pequeña, y sabía que había perdido cualquier discusión conmigo.

—No me río de ti rubia... solo de que estás horrible —confieso viendo cuánto ha cambiado.

—No me lo recuerdes más, ¿vale? —Su voz se rompe y ha pasado de estar gritando a llorar como una histérica.

—No quiero decir que estés fea, eso no es posible, aunque te pusieran un saco de patatas como vestido... es solo que ese estilo tan... *vintage* no te pega nada. —Intento consolarla, pero su llanto se hace más agudo.

—Ahora me comparas con un saco de patatas... No lo mejoras, ¿sabes? —Me asegura con la voz entrecortada, y un pequeño y adorable hipido se escapa de su pecho.

—No es eso, tienes veintidós años Rose, la vida no se acaba por un capullo que no te valora. —Le digo, sin ni siquiera saber de qué diablos estoy hablando.

No sé en qué momento mi mente perdió la poca cordura que le quedaba y aceptó salvar a la mejor amiga de mi hermana de casarse con ese diseñador de moda tan horteras e infiel.

Tendría que haberla dejado tirada, total ella me odia... y yo tampoco la soporto. Pero, no sé si fue la resaca de la fiesta de la noche anterior o enterarme de la historia de infidelidad de Matthew a Rose... Porque para cuando fui consciente, estaba siendo cómplice de su huida de la iglesia.

No sé cómo me convenció Camila de que le ayudara... Lo único que puedo decir es que estaba saturado de la última grabación y tocarle las narices a Rose, como en los viejos tiempos, me pareció el plan perfecto, porque para mí era una jodida burbuja de oxígeno.

Así que aquí estoy, con una novia a la fuga, que parece sufrir trastorno de bipolaridad, porque lo mismo llora por su desdichada relación fallida o lo mismo me amenaza con estrangularme con el velo que lleva puesto. La verdad, que no lo he pensado demasiado bien, pero no me arrepiento. Sobre todo, porque menuda cara de pánfilo se le ha debido de quedar a Matt cuando Rose, se ha girado en plena alfombra y ha salido corriendo en dirección opuesta, con un centenar de periodistas a su alrededor y para colmo, la han visto subir a mi coche... ¿Quién lo iba a decir? El diseñador capullo y profesor de su novia, plantado en el altar y su prometida fugada con el gran...

—Gilipollas... —masculla como si masticara esa palabra con tanto hastío como un chicle sin sabor.

—¿Matthew? Un gilipollas olímpico... —Le sigo como si no fuera conmigo.

—Estás disfrutando de lo lindo. —Comenta y sé que me conoce demasiado bien y la verdad es que sí, para qué ocultarlo. Sonrío divertido y la miro de forma fugaz. Tiene el rímel corrido, parece la novia cadáver y aun así está preciosa.

—Ni te imaginas rubia... Estoy deseando leer los titulares de prensa. ¿Crees que habré salido mal en alguna foto? —Le pregunto y antes de que hable sigo para tocarle un poco más las narices—. *Nah...* imposible.

—Eres insufrible —masculla fulminándome con sus ojazos azules.

—Y tú una aburrida...

—Imbécil.

—Aburrida.

—Idiota.

—Amargada.

—Inmaduro.

—Veinteañera con síndrome de octogenaria.

—Capullo con aires de galán de teleserie barata.

—Drama *queen* con complejo de protagonista trágica.

—Egocéntrico de manual.

—Mentirosa emocional.

—¿Sabes qué? —Me pregunta ella cruzándose de brazos, con su mirada afilada—. Eres la peor decisión impulsiva que he tomado en mi vida. No debería estar aquí contigo.

—Y eso qué huiste en plena boda... Imagínate el nivel. —respondo, echándome a reír.

Lo sé, esto puede ser la crónica de una muerte anunciada como aquella novela de Gabriel García Márquez. Puede ser... pero estaba disfrutando de haberle tocado los cojones al gilipollas de Matthew *McPerfecto*. Había trabajado antes con él, era un imbécil egocéntrico que pensaba que siempre llevaba la razón. Hacía un par de años que no trabajaba con él y lo agradecía, porque saber que era el novio de Rose y para colmo que me jodiera en el trabajo... Tal vez le habría

partido la cara. Afortunadamente, hacía mucho tiempo que no lo veía y ahora me alegro por su desdicha.

Llamémoslo Karma o destino, ahora la situación ha cambiado y se ha dado la vuelta. Sé que eso es el principio de un desastre, pero joder... pinta demasiado bien. Yo tenía a su reina en el asiento del copiloto de mi coche y no pensaba perder la partida, no esta vez.

La música de la radio cesa y suena en todo el coche la melodía de mi móvil que avisa de una llamada entrante de mi hermana, miro de reojo a Rose y sé que si respondo todo puede complicarse un poco más, así que cuelgo. No tarda ni cinco segundos en volver a llamar y vuelvo a colgar.

Agradezco que Rose no haya huido con su móvil, de lo contrario ya tendría al FBI de todo el estado de California persiguiéndome por secuestrar a la novia del famoso diseñador de moda Matthew Mc Clan. Una tercera llamada entra y la vuelvo a rechazar.

—¿Es que no piensas responder?! —Me pregunta exasperada y no puedo negar que aún así está preciosa y odiosa, no lo olvidemos.

—Luego. —Le respondo relajado y eso parece enervarla más.

—¿Cómo que luego? Dominico, responde al puto teléfono. — Solo ella me llama así y solo yo, consigo sacar lo peor de ella. Hacía años que nadie me hablaba así, tal vez porque nadie se atrevía y no puedo evitar sentir una chispa de felicidad brotar en mi pecho.

—No quieres oír lo que tengo pensado para ti... Así que es mejor que lo descubras sobre la marcha.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?! —Me pregunta y al ver que no respondo se gira hacia mí como si estuviera poseída—. Pienso saltar del coche como sigas sin decirme qué diablos tramas.

—Deja de ser tan dramática Rose —Le pido pellizcándome el puente de la nariz y suelto un bufido—. Está comenzando a dolerme la cabeza. Tengo resaca de la noche anterior y solo estoy haciéndote un favor.

—¿Un favor? ¿A mí? —Me pregunta exasperada y asiento.

—Sí, a ti rubia. Te recuerdo que mi hermana me llamó desesperada esta mañana. Cuando descubristeis que tu querida amiga Angy estaba chupándosela a tu prometido en la habitación de al lado.

» Así que DE-NA-DA. Lo siento si no soy tu mejor opción, pero te recuerdo que era la única persona capaz de sacarte de esa iglesia y que no te detuviera nadie. —Le recuerdo y ella parece caer en la cuenta de la realidad. —Así que te agradecería si al menos pudieras estar cinco putos minutos callada hasta que lleguemos a mi casa.

—No me pienso callar ni un segundo, pienso amargarte la existencia, hasta que me dejes volver a mi casa y hundirme en mi miseria de vida.

—Pues te tengo que dar una mala noticia cariño. Eso va a tener que esperar, porque tengo otros planes para nosotros.

—¿Nosotros? Nunca habrá un nosotros.

—Yo creo que sí, que ya existe, desde el primer día que llegaste de la escuela con mi hermana, me pillaste fumando en la cocina y te chivaste a mi madre...

—¿Cuántas veces te tengo que decir que fue en defensa propia? Tú madre entró en la cocina y me miró pensando que era yo la que estaba fumando. ¡Me acababa de conocer! Tuve que defenderme. —Se justifica.

—Siempre tocando las narices... —Mi móvil suena, voy a colgar pensando que es mi hermana, pero es mi manager Tom—. Hablando de tocar las narices... Se supone que estoy de vacaciones. ¿Qué diablos pasa ahora Tommy? —Respondo.

—¿Eso quiero saber yo? ¿Por qué está tu cara en todas las cadenas de la televisión nacional?

—¿Por qué soy un actor sensación?

—Te lo diré claro... porque eres gilipollas Dom. ¿Cómo se te ocurre darte a la fuga con la prometida del prestigioso diseñador de la misma productora en la que trabajas? El productor me ha llamado exigiendo una rueda de prensa que lo justifique todo o será el fin de tu carrera.

—¿¡Quieres tranquilizarte!? No es para tanto, lo primero de todo. Hace años que no trabajo con ese imbécil, me da igual que tengamos el mismo jefe y por cierto... Saluda pequeña Rose, eres la causante una vez más de todas mis desdichas. —Le digo a la chica que se ha quedado callada a mi lado.

—Hola... esto... todo tiene una explicación. —Le comenta sonrojándose incómoda.

—Claro que la tiene y ambos me la vais a dar, ¿dónde cojones estáis? —Nos pregunta exasperado.

—Estamos llegando a casa, vamos por *Homewood Road*. Llegamos en dos minutos. —Le informo.

—¡Más te vale! —Es todo lo que dice antes de colgar.

—Muy bien, pequeña *minions* causante de todos mis problemas. —Le digo sacándola de su ensimismamiento—. Estamos llegando a mi casa en Brentwood, mi manager estará en la puerta esperándonos y te aseguro que no tiene mucha paciencia. Así que sígueme el rollo, y ambos buscaremos un plan de escape para salir ilesos de esta... situación.

—¿Ahora soy una situación?

—Eres un jodido dolor de cabeza, que es muy diferente.

—No pienso colaborar contigo. —Me asegura cruzándose de brazos como si tuviera doce años.

—No te va a quedar otra rubita.

Capítulo 2



Había estado alguna que otra vez en los estudios de grabación de Los Ángeles donde trabajaba Matt, pero jamás había puesto un pie en esta parte tan exclusiva de la ciudad. Las mansiones que flanqueaban ambos lados de la carretera eran simplemente deslumbrantes, con entradas imponentes, jardines perfectamente diseñados, y verjas de hierro forjado que parecían más una declaración de poder que una simple barrera contra los paparazzis.

Fue entonces cuando lo vi, un hombre de traje impecable que nos observaba como si el coche en el que veníamos fuera responsable de todas las desgracias de su existencia. No necesitaba confirmación, era Tom. El mismo que acababa de hablar con Dominic por teléfono hacía apenas unos minutos.

Tragué saliva, sintiendo los nervios acumulárseme en el estómago, justo cuando el coche se detuvo junto a él. Dom presionó un botón en el reposabrazos de su coche y la enorme verja de la entrada se abrió con un zumbido elegante, casi teatral. Antes de entrar, se detuvo junto a Tom, era un hombre de unos cincuenta años con rostro de pocos amigos, me dirigió una mirada que me atravesó como un bisturí. Me analizó como si intentara averiguar si de verdad merecía la pena el escándalo que estaba provocando en la vida de su cliente.

—Vamos adentro. —Nos ordenó con tono seco—. En esa furgoneta de jardinería, hay al menos dos paparazzis deseando su exclusiva. No lo compliquemos más.

Dom no respondió. Se limitó a asentir mientras el coche avanzaba por un sendero rodeado de árboles altos, cuyas hojas ardían en tonos dorados y rojizos bajo la luz cálida del atardecer. Y tras la

vegetación espesa, apareció la casa o más bien, el casoplón. Parecía una réplica de *La casa Blanca*, de dos plantas y era tan grande que podrían vivir la mitad de los habitantes de mi barrio de Bakersfield. Tenía ventanales enormes, una fuente en forma de rotonda elegante en el centro del carril principal y, por supuesto, un mayordomo esperándonos en el primer escalón, como si estuviéramos llegando a una gala de premios.

Me quedé boquiabierta, me sentía tan fuera de lugar, como un pez fuera del agua y miré a Dom, desconcertada. Para mí seguía siendo ese imbécil insoportable que siempre conseguía sacarme de quicio. Sin embargo, era el actor más famoso y cotizado de Hollywood. El mismo, que estaba llevándome directamente al corazón de su cueva dónde se aislaba del mundo.

—¿En qué piensas? —Me pregunta, con esa media sonrisa que me daba ganas de borrarle de un plumazo.

—En que eres asquerosamente rico. —Le suelto sin pensar.

—Gracias —responde con suficiencia, bajando del coche como si la alfombra roja estuviera implícita en el suelo de su casa.

Dom rodea el coche con ese aire de suficiencia que me crispa los nervios. Abre mi puerta como si estuviera haciendo una maldita reverencia en la ópera, y me tiende la mano con una sonrisa ladeada. Lo miro con sospecha, intento bajarme por mí misma, pero el vestido tan vaporoso no me deja moverme con libertad y él parece darse cuenta, cuando suelta una maldita carcajada que me pellizca el estómago.

—¿Me vas a ayudar o vas a empujarme por las escaleras cuando suba? —Mascullo cabreada.

—Lo estoy considerando —responde, divertido.

Tomo su mano con resignación, pero en cuanto intento bajar con algo de dignidad, el tacón se me engancha en el dobladillo del vestido y, para colmo, me piso el tul con toda la fuerza posible. El sonido del rasgado es tan seco y claro como un latigazo directo a mi maltrecho corazón. Siento el aire fresco acariciar mi muslo y suelto un suspiro exasperado.

—¡Genial! —Gruño, mirando la tela hecha jirones mientras intento taparme como puedo—. ¡Perfecto! ¡Lo que me faltaba! Me

estoy desintegrando en directo —ironizo y a él parece divertirme demasiado mi desdicha.

Cuando levanto la vista, lo encuentro observándome con una sonrisa descarada. Sus cejas se arquean ligeramente, y no puedo evitar notar cómo su mirada se desliza con toda la insolencia del mundo por mi pierna desnuda.

—¿Te hace gracia? —Le espeto, mientras intento recolocar la falda sin parecer torpe.

—Un poco y la verdad es que tienes unas piernas peligrosas, rubia.

—Estás disfrutando demasiado de esto, deja de mirarme como si fuera comestible —mascullo, entre mis ganas de abofetearlo y las de gritar. Es frustrante.

—Recuerda que nunca he sido un caballero —susurra con voz grave acercándose un poco más a mí, con su aliento mentolado y una sonrisa tan suave y peligrosa como un veneno dulce.

—No hace falta que lo jures —respondo con el ceño fruncido.

—Rose, este es Chefry —dice, girándose hacia el hombre que nos espera en el escalón, vestido impecablemente con traje negro y guantes blancos. Parece sacado de una película británica antigua. Nos hace una reverencia muy leve.

—Señorita Rose, un placer tenerla aquí. Le prepararemos un baño caliente y una ropa cómoda para que se instale.

—¿Me puedes preparar una máquina del tiempo para volver a esta mañana y NO estar aquí ahora? —Murmuro, más para mí que para él.

Chefry sonríe con una cortesía educada, tratando de ocultar toda emoción. Un mayordomo profesional, sin duda. Y entonces aparece Tom. El hombre del traje impoluto, la mandíbula tensa y la paciencia claramente agotada. Se baja del coche y se detiene frente a nosotros taladrándome con su fría mirada.

—Vosotros dos —dice con voz grave, arrastrando las palabras como quien no sabe si gritar o reventar algo—. Tenéis que darme una maldita explicación. ¡Ahora!

—A ver Tom, relájate... —Le dice Dominic metiéndose las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. ¿Qué conclusión has

sacado tú solito?

—No es lugar para hablar de ello, ¿no crees? —Le pregunta alzando las cejas y Dom ensancha su sonrisa.

—Por supuesto, vamos adentro...

Subimos las escaleras de piedra, dejando atrás a Chefry que me sonríe con exquisita educación cuando paso por su lado. El porche acristalado está decorado con plantas exóticas que parecen salidas de un catálogo de «jardinería exquisita para millonarios con piscina». Me detengo sin darme cuenta, absorbida por el entorno, hasta que siento cómo Dominic entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí para que lo siga. Su agarre es firme, mi mente cortocircuita cuando siento la calidez de su piel y en cuanto cruzamos la puerta, me suelto de él como si me hubiera agarrado una medusa. Dom parece darse cuenta de mi gesto y sonríe lanzándome un guiño divertido.

—No tengo tiempo para tus jueguecitos de inmadurez, Dom —espeta su representante. Ese hombre huele a estrés y a *espresso* doble—. Nos jugamos mucho dinero con esta salida de guion tuya. Anoche te pillaron en una de esas fiestas llenas de drogas y alcohol, que se dan en Beverly Hill. —Le recuerda y él bosteza y se despereza como si acabara de despertar de una siesta gloriosa.

—Me vieron, pero no consumí drogas —replica él, alzando las manos—. Dejé esa mierda hace años. —Se defiende y yo permanezco como una mera espectadora viendo un partido de tenis entre ambos.

—Te pillaron borracho, babeando encima de una bailarina. Ashley y su padre no están contentos. ¿Te suena Ashley? Tu ex. La que todavía puede hundirte si quiere. —Le recuerda.

—Que les den. Estoy sol-te-ro —ladra él.

—¿Y ella lo sabe? Hace dos semanas, mientras grabábamos el último capítulo de la temporada, te pillaron acostándote con ella, y sabes precisamente que es la hija del productor de la serie. ¿Recuerdas? —Le pregunta.

—Solo fue un polvo de despedida.

—¿Pero tú alguna vez piensas en las consecuencias que tienen las cosas que haces? —Le pregunta mirándome disgustado.

Trago saliva cuando ambos hombres clavan sus miradas en mí, como si yo fuera un problema de matemáticas que resolver.

—Ella solo es la amiga de mi hermana —dice Dominic, encogiéndose de hombros—. Solo quería que se despejase de toda la mierda que había tenido que vivir hoy con el capullo de Matt.

—¿La amiga de tu hermana? —repite Tom, como si le acabaran de decir que soy una cabra disfrazada.

—*Ajam*. Me llamó. Necesitaba ayuda y le eché una mano. — Le responde y Tom suelta una risa histérica.

—¿Una mano? No me jodas Dom... Mira esto. Saca su móvil, le da al *play* y... ¡Oh Dios!

Salgo yo, corriendo escaleras abajo como si me persiguiera un escuadrón de zombis, con el ruido de fondo de los gritos desesperados de Matthew y saltando al coche de Dom, como si fuera mi tabla salvavidas en medio de un naufragio. Dominic acelera justo cuando Matt llega a mí, y le ladra un... ¡¡Que te jodan, Matty!!

—El director no va a permitirte un escándalo más, da igual tu fama en Hollywood y tu cara de galán. Tus fans tampoco te lo perdonarán. —Le asegura, y le enseña el móvil.

—Siempre lo hacen. —Le comenta él.

—Esta vez no. —Sentencia—. Has perdido medio millón de seguidores en las últimas dos horas, desde que este vídeo se ha hecho viral y... sigue bajando. —Le informa.

—Mañana lo aclararé, solo es un malentendido —responde él.

—¿Un malentendido? —pregunta Tom, mirándome con incredulidad.

—Es lo que es, están sacando las imágenes de contexto. — Soy capaz de decir por primera vez y Tom me mira como si yo fuera una extraterrestre rosa.

—Vamos a ver chica...

—Rose. —Lo interrumpe Dom.

—Rose, —repite Tom—. Dime una cosa. Si tú vieras este vídeo... Chica deja a su prometido el famoso diseñador de moda en el altar y se fuga con Dominic Spencer, el actor más deseado del país... ¿Pensarías que le está haciendo un favor como hermano de su amiga o que se lo está tirando desde hace meses?

Silencio. Me cruzo de brazos, sintiendo el calor en las mejillas, lleva razón. Parezco una amante de Dominic y mi vida no puede ir a peor. Joder, maldita fue la hora en que a Camila se le ocurrió llamar a su hermano.

—¡Esto es culpa tuya! —Le ladro a Dom que sonrío divertido.

—¿Culpa mía? —Se hace el inocente.

—Sí, el plan era que me dejaras en mi casa, no que me secuestraras. —Le aclaro y él se pellizca el puente de la nariz.

—Vamos a ver, solo quise hacerte el favor de desconectar unos días aquí... No pensé...

—¡Exacto! ¡No pensaste en que mi cara está ahora en todos lados porque me has traído contigo a Los Ángeles!

—Vale Rose... —Tom me interrumpe y saca un talonario—. ¿Cuánto quieres?

—¿Perdón? —Le pregunto confundida.

—¿Cincuenta mil? ¿Doscientos? ¿Un millón? Todo el mundo tiene un precio por su silencio ante la prensa. —Me asegura el representante del capullo número uno del país que tengo a mi lado con una sonrisa radiante.

—Métete el talonario por donde no te da el sol —espeto con total seguridad.

—*Shh...* pastelito —Me interrumpe Dom, divertido—. Esa boquita... Te la voy a tener que lavar con jabón.

—¡No quiero tu dinero! —Le aseguro.

—Será el fin de su carrera —dice Tom, señalando a Dom.

—Me importa una mierda su carrera —ladro, cruzándome de brazos.

Dominic niega para sí y sonrío como si su situación profesional no fuera tan crítica.

—¿Cómo puedes reírte? —Grita Tom, al borde de un colapso nervioso.

—Porque solo ella es así de directa —responde él sin dejar de mirarme.

—Vale, estás jodido. —Le asegura su manager como si hubieran perdido una guerra—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada. —Empieza Dom, con ese tono suave que me desconcierta—. Dame un segundo, ¿quieres?

—No hay tiempo que perder. Debemos preparar tu discurso para mañana...

—*Shh...* Un minuto Tom. —Le pide Dominic con voz grave y una mirada que no acepta réplica.

Dom se acerca a mí y me toma de la mano sin pedir permiso. Su mano cálida envuelve la mía como si siempre hubiera estado hecha para sostenerla.

Me arrastra a través del pasillo hasta una habitación, cierra la puerta tras de sí y se queda mirándome con sus ojos negros. El ruido del mundo se queda afuera y aquí solo estamos nosotros.

Su expresión ya no es la del actor encantador que sonríe a cámaras. Es otra, más íntima, más vulnerable... Más real. Más al Dominic que yo recordaba. Acuna mi rostro con ambas manos, sus pulgares trazan caricias involuntarias sobre mis mejillas, y me mira como si el caos no importara, como si yo fuera su único centro de gravedad. Como si no fuéramos dos errores a punto de explotar. Mi corazón se acelera e intento tragar saliva, pero la garganta se me cierra.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo —susurra y su voz grave apenas es un hilo que vibra como una melodía en mi pecho—. No era este mi plan, te lo prometo. Solo quería ayudarte a desconectar, pero la prensa lo ha sacado todo de contexto y ahora te pido que me ayudes tú a mí. —Guarda silencio y al ver que no digo nada continua—. Solo digo que esta noche salgamos y nos riamos un rato.

» Finjamos que nos soportamos y mañana, daré una rueda de prensa y diré que no estamos juntos. La historia es sencilla, amigos de toda la vida que se apoyan cuando pasan una mala racha. Nada más. Todos lo creerán y te adorarán.

—No voy a fingir ser tu folla amiga. —Le aseguro y él sonríe un poco más.

—Pues en ese caso diré que estamos juntos. Un mes, quizá menos y se olvidarán de ti. Al final diremos que rompimos. Sin dramas, ni mentiras complicadas.

Lo dice con una calma que no es real, porque no hay nada de simple en estar cerca de él.

—No —Sentencio. Mi voz tiembla, pero me obligo a mantenerla firme—. No puedo, no soporto ni siquiera respirar el mismo aire que tú... ¿recuerdas?

Él desvía la mirada, se muerde el labio inferior, y da un paso atrás. Como si yo también lo consumiera a él. ¿Cómo he acabado así? Hace unas horas, iba a casarme con mi profesor de la universidad, el gran diseñador de moda Matthew Mc Clan e iba a formar mi propia familia con él, el mismo que se estaba tirando a una de mis damas de honor... Y ahora... esto. Una fuga de película, un escándalo viral y el mismísimo Dominic Spencer ofreciéndome fingir que somos algo que nunca hemos sido.

—Yo elijo volver a mi vida normal —susurro.

—Imposible. —Hace un sonido burlón con la boca—. ¡Mec! Error. Prueba otra vez.

—¡Dom! —interviene Tom, abriendo la puerta de golpe, exasperado—. No tengo tiempo para tus jueguecitos.

—No es un juego —responde Dom sin apartar los ojos de mí—. Estábamos cerrando los términos del contrato con mi futura novia.

—¡No he aceptado! —Le corrijo, fulminándolo con la mirada.

—Todavía. —Levanta una ceja con esa maldita confianza suya—. Pero lo harás, pastelito. Sé que lo harás. ¿Y sabes por qué? —Me pregunta a la vez que se inclina un poco hacia mí, y su voz se vuelve baja e íntima—. Porque, aunque lo niegues, sigues siendo la misma chica que me ayudaba a que mis padres no me pillaran cuando llegaba borracho a casa. La misma que esta tarde me ha elegido como bote salvavidas, porque un capullo sin corazón destrozó sus planes de futuro.

—Que te jodan —mascullo y él sonrío.

—Si alguien me jode... que solo seas tú.

Maldita sea, algo en mí cambia y encaja en mi pecho. Como si él hubiera encontrado justo la cura para la herida que nunca cerró. No sé si me he vuelto loca, no sé si me arrepentiré o simplemente es

Dominic Spencer desafiándome una vez más, viendo en mí algo que solo él veía y haciéndome sentir llena de vida y juventud.

—Esto es una locura —murmuro rindiéndome a su propuesta.

—La vida lo es —responde él con una sonrisa ladeada.

—Tu hermana nos va a matar cuando se entere. —Le aseguro.

—Probablemente. —Hace una pausa y sus ojos brillan de emoción—. ¿Eso es un sí?

—Es un... me lo tengo que pensar.

—No hay tiempo para pensar, chica —interviene Tom de nuevo, rodando los ojos mientras saca una carpeta—. Si aceptas, tendrás que firmar un contrato de confidencialidad.

—No va a firmar nada —sentencia Dom, tajante, sin levantar la voz, pero con una autoridad que hace que hasta el aire se condense—. Su palabra me basta.

—¡No sabes lo que estás diciendo! —reclama Tom—. Si luego cuenta este acuerdo, será tú fin.

—Lo sé, pero confío en ella. Porque siempre ha sido de la familia.

Esa frase... esas tres últimas palabras caen como una bomba que detonan cualquier barrera que quedase en mi pecho. «De la familia». Mis padres murieron cuando tenía ocho años. Me crio mi tía abuela, la vecina solitaria de al lado, más amiga del silencio que de las palabras. Durante años, me sentí como un satélite fuera de órbita, sin saber dónde encajar. Camila y Dominic fueron mi pequeño universo en aquel entonces...

Todo se complicó cuando crecimos, sobre todo cuando me enamoré de él en silencio y ahora, cinco años después, el mismo chico que me rompió el corazón con un adiós mal pronunciado... Me mira a los ojos y dice que *siempre fui su familia*.

—Creo que voy a necesitar un chupito para digerir esto... —digo al pasar junto a Tom, con una mezcla de sarcasmo y temblor en las piernas.

—A tus órdenes, princesa. —Me responde Dom con una sonrisa que lo hace parecer más joven—. ¿Chefry?

—Sí, señor Spencer —responde el mayordomo, apareciendo como por arte de magia, o como si hubiese estado escuchando tras la puerta, lo cual no me sorprendería.

—Acompáñala al cuarto de invitados, el que está junto al mío.
—Le indica Dom con naturalidad.

—Por supuesto, señor.

—Rubita. —Me llama y me detengo, solo él me llamaba así. Me giro y ahí está esa sonrisa torcida y peligrosa, que debería de venir con advertencia de peligro de alto voltaje—. Gracias por todo.

—No hagas que me arrepienta, Dominico.

—Nunca —responde firme.

Y por un instante, uno solo, me permito creerle. Me doy la vuelta y sigo a Chefry por el pasillo silencioso, con los tacones resonando como si marcaran la cuenta atrás de una bomba emocional. Intento acallar mi cabeza, pero jamás lo hace. Me recuerda que esta locura puede romper algo más que la reputación de Dom, también puede romperme a mí.

Yo no soy de improvisar. Me gusta tener listas, planes y dar pasos medidos. Me gusta saber hacia dónde voy y con quién. Fingir ser la novia de Dominic Spencer es un salto sin red... y si voy a hacerlo, será con condiciones con normas claras y límites marcados con neón fluorescente.

Porque esta vez, lo que está en juego no es su reputación...

Es mi corazón y no estoy segura de si él lo sabe o peor aún... Si yo podré esconderlo bien.

Capítulo 3



Cuando bajo las escaleras, lo veo esperándome al final del recibidor, apoyado con despreocupación contra la pared, como si no le importara el mundo. Lleva unos pantalones chinos oscuros y una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, que resalta ese bronceado perfecto y revela esos hombros anchos, junto a ese maldito pelo color ébano que lleva peinado como si acabara de salir de una sesión de fotos. Me dedica una sonrisa lenta, de esas que te hacen arder en el infierno del deseo y que deberían de estar prohibidas por la OMS por el bien de todas las féminas del universo.

—No digas una palabra —le suelto antes de que abra la boca.

—Te iba a decir que estás preciosa —susurra, como si de verdad creyera que con eso va a desarmarme.

—Ahórrate la galantería, Spencer. Estamos en territorio seguro, no tienes por qué impresionarme. —Le recuerdo y él alza una ceja, divertido.

—Está bien, señorita Grinch. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

Y sin esperar mi respuesta, se gira sobre sus talones y camina hacia la puerta con grandes zancadas, dejándome atrás en un abrir y cerrar de ojos. Intento seguirle el ritmo, pero este vestido satinado de tubo es una tortura diseñada por alguien que odiaba a las mujeres.

—Capullo —murmuro entre dientes.

—Te he oído, ¿sabes? —responde sin siquiera mirarme, con ese tono casual que me da ganas de lanzarle uno de mis tacones a la cabeza.

—¡Y más que me vas a oír! Llevo horas incomunicada y necesito hablar con tu hermana. —Le recuerdo.

—No.

—¿Perdón? —Le pregunto, pensando que no lo he oído bien. Estamos frente a su coche. Dom, me abre la puerta como si fuese todo un caballero... excepto que la cierra con un portazo seco justo después de que me suba, lo cual anula cualquier gesto de galantería y nuestras miradas se cruzan por encima del capó mientras rodea el coche hasta llegar a su puerta.

—Camila está informada de que estás bien y sabe que estás conmigo. —Me comenta cerrando su puerta con fuerza y sentándose al volante—. Vendrá mañana, después de la rueda de prensa. Nos estamos jugando mucho, ¿sabes?

—Te recuerdo que el que se está jugando algo aquí eres tú.

—Tú también te estás jugando tu reputación —dice abrochándose el cinturón de seguridad.

—Pienso cuidar mi reputación y demostrar que no voy a ser una más en tu lista.

—¿Y eso cómo lo harás? —Me pregunta con una sonrisita de lo más odiosa y arrogante.

Abro la boca y la cierro. La verdad es que no tengo ni idea, para eso necesito hablar con mi amiga. Él ríe divertido como el que acaba de ganar la partida y pone en marcha el coche.

—Eso suponía... Mucho hablar, pero poco hacer.

—¿Nos vamos o piensas quedarte toda la noche sentado aquí?

Niega para sí, como si yo fuera una criatura adorable que gruñe, y fuera inofensiva para él. Por suerte a la salida de la casa no hay nadie. Eso me relaja un poco, me distraigo viendo la ciudad pasar durante el breve trayecto hasta el restaurante, pero cuando nos detenemos en la entrada, sé que algo no va bien. Luces. Flashes. Voces. Una pequeña horda de periodistas ya nos espera afuera del local. ¡Mierda!

—Joder —susurro poniéndome nerviosa.

—Tranquila —dice con una calma que me irrita más que la sal en una herida, y encima su mano aterriza en mi rodilla. Mi columna se tensa y mi respiración también.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Preparándote. —Y luego, como si fuera lo más lógico del mundo—. Sonríe para las cámaras que nos immortalizan con sus flashes.

—No esperaba que aparecieran tan pronto... —Le comento poniéndome una mano sobre los labios para que no puedan leerlos. He visto que eso hacen muchos famosos. Él me observa y sonríe.

—Somos carnada para esas aves rapaces, rubita. Prepárate y sonríe, porque esto... esto es solo el comienzo. —Me advierte cerca de mi oído, enterrando su nariz en mi pelo.

Luego lo veo rodear el coche para abrirme la puerta como si fuéramos la pareja del año. Y mientras finjo una sonrisa para los flashes, Dom tiene su mano firme en mi espalda y mi vida desmoronándose con esta farsa, solo puedo pensar en una cosa... Estoy jodida.

El restaurante por suerte está en la última planta de un rascacielos, lo que hace que los paparazzis se queden abajo. Es tan exclusivo que huele a dinero, poder y ostentación. Todo está bañado en luces cálidas y discretas, con camareros que se mueven como ninjas en trajes de etiqueta y comensales que probablemente tengan más dinero que neuronas.

Nos dan la mejor mesa, por supuesto. En una esquina con vistas panorámicas a la ciudad de Los Ángeles. Aparentemente casual, con un toque romántico y absolutamente incómodo, para mí.

—Bueno, aquí estamos —dice Dominic acomodándose en su silla con esa naturalidad arrogante que lleva tatuada en el ADN.

—Sí. Aquí estamos. Fingiendo ser la pareja del año —respondo sin mirarlo, hojeando el menú como si de verdad fuera a pagar yo la cuenta. Prefiero ser su pareja, que su amante.

—Podría ser peor —dice alzando una ceja mientras me observa como si fuera su plato principal.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Me tienes que dar las gracias, porque desde que te recogí en la iglesia, no has derramado ni una sola lágrima por *Matty McPerfecto*. Te estoy ahorrando la terapia psicológica porque estás gastando toda tu frustración amorosa en odiarme.

Le lanzo una mirada asesina y él sonríe satisfecho una vez más de llevar la razón.

—Prefiero mil veces pasar mi duelo de ruptura por Matthew en mi apartamento de Bakersfield comiendo helado y viendo pelis románticas, antes que estar aquí sentada frente a ti y tener que soportar tus... pectorales. —Abro mis ojos cuando digo esa última palabra, mi mente me la ha jugado.

—¿Pectorales? —repite divertido, apoyando los codos en la mesa para inclinarse hacia mí—. ¿Eso es lo primero que notas de mi presencia?

—Lo que más molesta, en todo caso... ocupan demasiado espacio. —Intento sonar convincente y él sonríe, asquerosamente encantado de sacar lo peor de mí.

—Estás nerviosa.

—Estoy hambrienta, que no es lo mismo.

—Y aun así, no dejas de mirarme.

—Es porque me recuerdas a un mono capuchino... Tienes mucho ego, haces mucho ruido y tienes esa sonrisa que parece que tienes ganas de morder.

—Tal vez es porque quiero hincarte el diente... —Me susurra con voz áspera y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Ni en tus mejores sueños.

—Eso ya lo veremos gatita...

—¿Gatita? —Le pregunto llevándome la copa de agua a los labios para disimular mi enfado.

—*Ajam...* Eres como una gata callejera... Arisca y desconfiada, pero en el fondo estás deseando que te acaricie.

Me atraganto con el agua, él se ríe y yo toso en un intento desesperado de no morir tan patéticamente. Y gracias a Dios que el camarero llega, justo a tiempo para evitar que lo apuñale con el tenedor.

La cena transcurre entre silencios espinosos, miradas que podrían prender fuego a la mesa y pullas que se lanzan con la sutileza de un dardo. Él pide un plato con un nombre tan francés que dudo que ni el chef lo pronuncie bien. Yo, fiel a mis principios y

a mi corazón hecho trizas, pido pasta. Porque puede que mi alma esté en ruinas, pero mi estómago sigue teniendo hambre.

La pasta está para llorar de placer y el postre, un volcán de chocolate con su centro líquido, es prácticamente una experiencia religiosa. Estoy en pleno orgasmo culinario cuando su voz me saca de mi placer.

—Deberíamos practicar miradas de complicidad para la rueda de prensa —dice con esa voz grave que se cuela por cada poro de mi piel.

—¿Qué? —Mascullo con la boca llena, parezco una ardilla atragantada de nueces, y él suelta una carcajada fuerte, descarada y terriblemente sexy.

—Siempre me miras como si quisieras matarme —añade, apoyando los brazos en la mesa y clavando sus ojos en mí—. La prensa no se va a creer que estamos enamorados.

—Eso es porque quiero matarte —replico sin pestañear. Dominic suelta otra carcajada que, por desgracia, me arranca una sonrisa. Odio que me haga reír. Odio que me haga sentir cualquier cosa. Y odio aún más que me guste cómo se le marcan las líneas de expresión al sonreír.

—Rose, necesito tu ayuda —dice, de repente más serio. Me coge las manos y baja la voz, como si cualquiera pudiera oírlo. Su mirada, cálida y directa, me golpea justo en el centro del pecho—. Cuando acabe el verano y vuelvas a tu último año de carrera, tu vida seguirá, aunque tengas que ver en el campus a *McPerfecto*, ya me encargaré de que no te dé ninguna asignatura de diseño y todo te irá bien. Tal vez te conozcan más y eso sea bueno para cuando logres ser una gran diseñadora... pero se olvidarán de este escándalo. Yo en cambio, no tengo esa suerte. La he cagado, a lo grande.

—Tú siempre la cagas —digo sin compasión. Pero lo conozco, y sé que va en serio.

—Lo sé. Soy un desastre con patas, pero te necesito. De verdad.

Me quedo en silencio. Noto cómo me arde el estómago, y no por el postre. Comprendo que su carrera está en juego, no sé la gravedad

de sus actos porque hace tiempo que lo bloqueé en las redes sociales y preferí no saber nada de él. Cuando Dom iba a ver a Camila, yo nunca estaba. Llevo cinco años evitándolo, por esto mismo... porque tenerlo frente a mí hace que todas mis barreras flanqueen.

—Ya estoy aquí contigo, nos han visto entrar en el restaurante... Se supone que debería estar rota por dejar a mi novio en el altar... Estar aquí contigo, me convierte en una arpía sin sentimientos. —Le confieso como me siento.

—No lo eres —dice con firmeza.

Luego saca su móvil, me lo muestra y ahí está... Matt, mi ex, besándose con Angy, mi ex amiga. Una imagen perfecta para romperme el alma. Aparto la vista incómoda y trago saliva, para intentar diluir el nudo de fuego que me oprime la garganta.

—No eres mejor que él por filtrar esas fotos a la prensa. —Le digo con escozor.

—No intento ser el bueno. Solo intento que tú no quedes como la mala de esta historia.

Se hace un silencio incómodo. La tensión flota entre nosotros como electricidad estática. Entonces él se inclina hacia delante, despacio. Sus ojos bajan a mis labios... Su pulgar se acerca y antes de que pueda reaccionar, me limpia un rastro de chocolate del labio inferior.

—Te manchaste —susurra llevándose el dedo a la boca.

Lo chupa y siento un latigazo de deseo deliberado, ardiente y letal, recorrerme el cuerpo. Trago saliva, al sentir que se me seca la boca y no es por el pastel.

—Muy bien —digo, intentando recuperar algo de control—. Vamos a poner reglas.

—Adelante —responde relajado, humedeciéndose el labio inferior para reprimir una sonrisa. Ese gesto debería estar penado por la ley.

—Regla número uno, exclusividad total. Si aparece alguna chica, ex, rollete, fan desmayada o modelo sexy, esto se acaba.

—Hecho —dice sin dudar—. Pero lo mismo para ti. Si el imbécil de Matt vuelve a arrastrarse, lo mandas a la mierda.

—Hecho —repito, cruzando los brazos—. Regla número dos, nada de toqueteos, ni besos, ni miraditas ardientes... a menos que haya cámaras cerca. Esto es actuación, no es real.

—Tendré que reprimir mis impulsos salvajes —responde, con una sonrisa torcida y mirada tan intensa que tengo que mirar hacia otro lado si quiero seguir respirando.

—Regla número tres —añado, bajando la voz—. Nada de sexo. Ni un roce accidental que acabe en... «¡Uy!». Ni «se me cayó la toalla». Ni «dormimos juntos por comodidad». Cero, Dominic. Estoy en seco y quiero seguir así.

—¿Pretendes tenerme en abstinencia, rubia?

—El tiempo que dure esta farsa, sí.

—¡Dios bendito! —Susurra llevándose una mano al pecho como si lo hubiera herido.

—Y una última cosa —añado, apoyando los codos en la mesa y acercándome un poco más—. No me llames pastelito. No soy ningún postre.

—Claro que no cariño... Tú eres todo el menú completo. Mis ojos se entrecierran, porque justo le he advertido de no lanzarme la caña y acaba de echarme la red entera. Él sonríe y de nuevo, siento ese cosquilleo traidor en el estómago. Porque si algo tiene Dominic Spencer es que, incluso cuando juega a ser insoportable... lo hace condenadamente bien.

Cuando salimos a la calle, somos invadidos por un enjambre de flashes. La prensa está ahí, hambrienta, como nos aseguró Tom. Dominic me coge de la mano y me aprieta con firmeza. No es ternura, es un escudo. Una forma de decir, no te suelto. Los periodistas gritan su nombre. Gritan el mío y gritan preguntas por doquier. Él me rodea la cintura como si nos perteneciéramos y me guía por la acera entre los gritos y los flashes.

—Sonríe para las cámaras —musita junto a mi oído. Su aliento mentolado me roza la oreja y me recorre un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire de la noche.

—Joder... —mascullo entre dientes, pestañeando contra los flashes como si fueran bombas de luz que me dejan ciega.

—Tranquila —dice él, con esa maldita calma de quien ha nacido para ser el centro de atención.

—Dom, ¡quién es ella!

—¿Es tu novia?

—¿Es Rose la amiga de tu hermana? —Preguntan otros.

—¡Beso, beso, beso! —Gritan otros.

Intento apretar el paso, pero Dominic frena.

—¿Qué haces? —Le susurro con los dientes apretados.

—Quieren espectáculo. ¡Démosle algo sustancioso! —Me propone y veo el peligro en su mirada oscura.

—¿Estás loco?

—Vamos, Rose... Confía en mí.

Y contra toda lógica lo hago, doy por hecho que va a tener algún acto de acercamiento cariñoso y entonces ocurre... El muy hijo de... Me pilla desprevenida. Me gira hacia él con una sola mano y entonces ocurre. Dominic Spencer me besa. No es un beso cualquiera. No es uno de esos besos que se dan para la prensa. No uno pactado entre ambos, es un beso que me roba el aliento, que me sacude hasta los huesos y que no está en el pacto.

Su mano va a mi nuca y me ancla a él como si el mundo se hubiera desdibujado y solo quedáramos nosotros. Su otra mano se posa en mi cintura, y juro que en ese gesto hay promesas y pecados capaces de producir un maldito incendio en mi cuerpo. Su boca se mueve sobre la mía con hambre, con rabia contenida, con un deseo tan brutal que me siento marcada, devorada y reescrita.

Mi corazón martillea en mis oídos cuando mis piernas flaquean y lo odio por eso. Por besarme como si siempre hubiera sido suya, como si no existiera nadie más. Cuando se aparta, lo hace con lentitud, con la frente apoyada contra la mía, mientras él también recupera el aliento y la razón. Mis labios aún tiemblan y los suyos ya están curvados en una media sonrisa.

—¿Qué... qué ha sido eso? —Le pregunto aturdida sin dignidad, ni defensas.

—Interpretación cariño —responde con una sonrisa sexy y ardiente capaz de derretir un iceberg con esa voz tan grave y segura—. Me pareció convincente, ¿no?

Los flashes siguen estallando a nuestro alrededor. El ruido es ensordecedor, han enloquecido, pero ya no veo ni escucho nada. Solo lo siento a él, por todo mi cuerpo y mi corazón que late como si estuviera cayendo de una azotea sin paracaídas. «Maldito Dominic Spencer».

Camino hasta el coche con la garganta seca y cuando me subo, siento que mi corazón me pellizca llenándome de miedo e incertidumbre... Porque si este es el principio de nuestra mentira... No quiero imaginar el final.

—Eso ha sido por la prensa —murmura con una sonrisa.

—Ah, ¿sí? Pues la próxima vez, avísame antes de atacarme con tu boca y ahórrate la lengua.

—Pero entonces no sería creíble.

—Eres imposible —respondo, sin aliento.

—Y tú sigues siendo adorable cuando estás furiosa rubita.

Le doy un codazo y él se ríe, mientras arranca el coche para alejarnos de las cámaras que siguen disparando como metralletas de luz hacia nosotros. Trago saliva y me tenso al pensar que para mí ese beso ha sacudido todo mi mundo y para él solo ha sido un simple beso para la prensa y maldita sea, eso sí es un problema.

Capítulo 4



—¿Se puede saber a dónde vamos? —me espeta Rose con esa voz que mezcla fastidio, enfado y curiosidad.

—A un lugar donde podemos ser quienes queramos.

—Quiero irme a mi casa. —Me exige enfadada, cruzándose de brazos y sonrío, joder... Todavía está preciosa con los labios hinchados por el beso que le he robado. Maldita sea, no me arrepiento.

—Eso no va a poder ser rubia.

—Te odio.

—Y yo a ti. No lo olvides la próxima vez que me llames para que te salve el culo. —Le comento solo para cabrearla un poco más y funciona.

—Eres insoportable.

—Insoportablemente guapo. —La corrijo—. Termina bien las frases, cariño.

Ella me lanza una mirada tan llena de furia y fuego que podría derretir el acero.

—¡Déjame el móvil! No puedes tenerme secuestrada e incomunicada. —Se queja y creo que lo hace solo para tocarme las pelotas.

—¿Secuestrada? Por favor... Si fueras un rehén, ¿crees que te invitaría al restaurante más caro de Los Ángeles?

Ella bufa y yo soy incapaz de reprimir una sonrisa.

—Me llevaste para usarme con la prensa, que no se te olvide.

—Me dice con retintín.

—Vale, pero es lo que hemos acordado. Tú me ayudas, y a cambio... —Ella se adelanta y no me deja terminar la frase.

—A cambio de que cuando todo acabe, me olvides. —Su tono es cortante. Pero su voz... joder, tiembla un poco y sonrío negando para mí mismo.

—Créeme, pastelito. No eres fácil de olvidar...

—¿Te he dicho que no me llames pastelito?

—No puedo evitarlo cariño, pero a veces eres peor que un jodido dolor de cabeza.

—¡Y tú un grano en el culo!

—¡Dios! —Respiro hondo, me pellizco el puente de la nariz—. ¿Vas a seguir así toda la noche?

—Hasta que me dejes hablar con mi amiga, que te recuerdo que es tu hermana.

—Sí, sí, ya. Qué pesada eres. Camila sabe que estás bien, va a venir a casa para que juntas podáis tocarme un poco más las narices...

La escucho resoplar y sonrío para mí mismo. Es puro fuego.

—Te vas a arrepentir de haberme traído contigo —me amenaza y no puedo evitar soltar una carcajada divertida.

—¿Qué piensas hacer? No te tengo miedo.

—Deberías, Dominicó. —Me responde.

Y entonces me calla, porque me mira con esos ojos capaces de incendiar la ciudad entera. Me muerdo el labio, saboreando su mal genio como si fuera un postre prohibido. Joder. A pesar de todo, está preciosa.

—Creo que adónde vamos, te va a gustar. —Le digo intentando conseguir una tregua con ella, aunque eso es complicado.

—Ah, ¿sí? ¿Y es... a mi casa de Bakersfield por casualidad?

—No. Es justo donde pensaba traerte a pasarlo bien, antes de que la prensa lo jodiera todo.

Ella guarda silencio y la miro extrañado de que no me replique. Veo como se recompone de mis palabras y sus ojos azules me miran llenos de curiosidad.

—¿Por casualidad te importa cómo me sienta? —pregunta al fin, con los ojos clavados en mí.

—Joder, Rose... Me importas. Aunque no lo creas. —Le confieso.

Ella no dice nada, veo como cierra la boca y mira por la ventana. Y eso, viniendo de ella, es una jodida bomba de relojería. Porque ni siquiera cuando la besé se quedó sin palabras. Yo, sin embargo, tuve que fingir... que solo era un beso teatral, pero joder, llevaba años deseando volver a verla, volver a tocarla y besarla.

Cinco años. Llevo cinco jodidos años arrastrando el peso de haberla perdido. La eché de mi vida con mis propias meteduras de pata. No supe manejar lo que sentía por ella o mejor dicho... lo que llevaba sintiendo desde siempre.

Me asusté.

Estaba a punto de largarme de casa, de recorrer el mundo, de vivir mi año sabático sin planes ni dirección. Y ella... ella estaba para entrar en la universidad... No podía pedirle que me esperara. No podía atarla a alguien como yo. Así que hice lo que creí correcto... la alejé de mí. Me hice el duro y le dije que aquel beso en su cumpleaños, fue un error y una vez más fui un cabrón.

Y sí, esa ha sido y será la mayor cagada de mi vida.

Desde entonces, a mis veintisiete años, no hay un solo día en que no me arrepienta. Rose desapareció de mi vida como si yo nunca hubiera existido. Me bloqueó en redes, ignoró mis llamadas, me sacó de su mundo sin mirar atrás. Durante años, lo único que supe de ella fue a través de mi hermana. Luego supe que salía con un profesor de la universidad que para colmo era el diseñador de la productora con la que yo trabajaba. Le hablé a Matt de ella y recuerdo una vez que le sugerí que la trajera a un rodaje. Era una excusa para verla, pero nunca lo hizo. Cinco años sin verla... hasta hoy.

Cuando supe, que iba a poder tenerla cerca, aunque fuera un rato, fue todo lo que necesité para traerla conmigo a Los Ángeles. No lo pensé. Solo quería hablar con ella. Recuperarla y pasar tiempo juntos sin máscaras. Y joder... la echaba de menos. Mucho más de lo que debería.

Pero como siempre, todo se fue a la mierda en cuestión de segundos. Un par de vídeos, unas fotos fuera de contexto, y ahora

estamos atrapados en esta pantomima absurda donde tenemos que fingir ser algo que, para ella, no significa nada y para mí... es una jodida segunda oportunidad.

No sé cuánto tiempo durará esta mentira... Unos días. Unas semanas... Pero pienso aprovechar cada segundo. Porque si en algún rincón de su corazón queda, aunque sea una mínima posibilidad de que aún le importe, voy a encontrarla. Y no voy a parar hasta convencerla de que no me odia tanto como finge.

Giro la esquina y entro en el callejón. Pulso el mando automático y el garaje se abre.

—¿Esto qué es? ¿La *batcueva*? —Bromea.

—Algo así.

Apago el motor y me bajo. Veo como ella sigue sentada en el coche y me observa con curiosidad bajo la luz de los fluorescentes, mientras me acerco al ropero metálico, saco ropa limpia y me quito la camisa. Siento su mirada recorriéndome la espalda.

—No mucha gente sabe de este sitio.

—*Ajam...* y ¿por qué hemos venido aquí?

—Ahora lo verás rubita.

—Mono capuchino... —Masculla bajándose del coche y sonrío, joder... es una dulce tortura.

Miro por encima de mi hombro y ella sigue observándome sin pestañear.

—¿Te gusta lo que ves?

—¿Piensas hacerme un estriptis Dominicó? Pensaba que eras más original.

—Anda, ven. Coje una muda de ropa y ponte cómoda. La noche solo acaba de comenzar.

—¿Qué dices? ¡Yo me quiero ir a dormir!

—Venga ya, abuela octogenaria... Vamos a tomarnos unas copas en el bar de un amigo.

—¿Y qué tiene de malo que vaya así? —Señala su vestido ajustado, ese que me está jodiendo la vida desde hace horas.

—No quiero tener que arrancarle los ojos a nadie esta noche. Y créeme, con ese vestido... no voy a tener descanso.

—Sé cuidarme sola.

—Claro que sí, pequeña. Por eso me llamaste para huir de tu propia boda.

En ese instante algo golpea la puerta del ropero y me sobresalto. Miro el suelo y veo un tacón. Me giro.

—¿Me acabas de tirar un zapato?

—Una pena que haya fallado —responde con una sonrisa inocente que no engaña a nadie.

Veo el brillo del deseo reflejarse en su mirada zafiro cuando me da un repaso con descaro.

—Mira, rubia. Vamos al bar de Taylor. Deseo que pasemos desapercibidos y beber tranquilos. Si no quieres venir, puedes echar el asiento del BMW y dormir hasta que vuelva. Tú eliges. —Le digo con una calma que no siento.

Silencio. Ella se cruza de brazos, presiona los labios y afila su mirada, se la sostengo y no flaqueo, entonces veo que cede.

—No pienso ponerme ropa de una de tus conquistas. —Me informa y sonrío.

—No las traigo aquí. A ellas las llevo directamente a mi cama.

—Le confieso y me lanza una mirada asesina.

—Inmaduro y picaflor.

—Realista. Tú preguntas, yo respondo. Ven. Ponte esto. —Le tiendo unos vaqueros, una sudadera, deportivas y una gorra—. Por la madrugada refresca.

—Los zapatos me van grandes y la ropa también. —Se queja.

—Pues ve descalza y desnuda... —Le digo a punto de perder la paciencia.

—Vuelvo enseguida, Dominico —murmura finalmente, y se va con la ropa en la mano a la oficina que hay al fondo del garaje.

Me paso la mano por la nuca. Miro el lugar donde ha estado de pie hace tan solo unos segundos y solo puedo pensar en una cosa... Esta chica va a ser mi perdición.

Capítulo 5



El bar es un agujero con encanto, de esos que huelen a madera, cerveza derramada y buen rollo. Me sorprende que Dominic me haya traído aquí, aunque claro, también me sorprendió que tuviera un escondite con ducha y ropa limpia. Desde luego que cada vez que descubro algo diferente en él y me hace querer saber más... Dominic Spencer, es un chico que se oculta tras capas de seguridad, indiferencia o soberbia, pero estoy segura de que solo son eso... Capas que ocultan al verdadero Dominic, y no estoy segura de si quiero ir descubriéndolas una a una... o arrancárselas de un tirón.

—¿Este es tu plan para pasar desapercibidos? —Le pregunto mientras me recoloco la gorra hacia atrás y me cruzo de brazos frente a la puerta del local. Parezco una payasa con la ropa tan grande.

—¿Ves paparazzis por aquí? —Me pregunta alzando una ceja. Lleva razón y su sonrisa me cabrea más, porque sé que le encanta cuando me saca de quicio. No digo nada más, lo dejo atrás y entro sin esperar su respuesta. El sitio está medio lleno, suena una canción lenta y entre las luces cálidas y el ambiente tranquilo, casi parece que podríamos ser dos personas normales... casi.

Él pasa por mi lado dejándome atrás y entonces decido joderle un poco más. Me acerco a la pista, donde solo hay unas cuantas parejas bailando y comienzo a moverme despacio, dejándome llevar por el ritmo sensual de la música que suena. Siento su mirada oscura quemándome la espalda y cuando me giro lo veo. Ahí está, apoyado en la barra con los brazos cruzados como un guardaespaldas, mientras me mira con una mezcla de rabia y deseo.

—¿Bailas o solo me vas a devorar con los ojos, Dominico? —
Le pregunto en alto, y varias personas giran la cabeza en su dirección.

Él maldice en voz baja, cuando teme que alguien descubra su identidad, pero aun así se acerca. Se mueve con esa seguridad de quien está acostumbrado a ser el centro del universo. Coloca una mano en mi cintura y su boca se acerca peligrosamente a mi oreja.

—Eres un jodido desastre, Rose. Un huracán con labios de fresa. —Me susurra al oído, y yo me echo a reír.

—Y tú una contradicción con abdominales. —Le respondo, antes de que me arrastre con suavidad, pero con firmeza hacia la barra.

—Te has fijado bien, ¿eh? —Me pregunta con soberbia, y yo chasqueo la lengua.

—No es para tanto... Sigo pensando que te pareces a un mono capuchino. —Le digo para fastidiarlo y veo como reprime una sonrisa.

Apenas nos sentamos, en unos taburetes altos junto a la barra y una pelirroja de piernas infinitas se acerca, con una sonrisa de hiena y un vestido que parece tres tallas más pequeñas. Me analiza, observando que no soy una amenaza para ella y luego lo mira a él como si yo fuera invisible entre ellos.

—Hola, Dom. —ronronea, casi lamiéndose los labios.

—Hola... —responde él, sin moverse—. Te presento a mi novia, Rose.

La chica me echa una mirada fulminante y forzada, me escanea de arriba abajo como si no pudiera creerlo, y luego sin decir nada más, se da media vuelta. Me río, cuando veo que Dominic relaja los hombros y me mira, como si intentara descifrar mis pensamientos.

—Muy tu tipo, ¿no? —Le comento fingiendo quitarle una pelusa de la camiseta de algodón negra que lleva puesta.

—Para nada —responde, clavando su mirada oscura en mí.

—¿Cómo tienes este sitio secreto? —Le pregunto con curiosidad.

—Todo el mundo necesita ser uno mismo de vez en cuando.
—Me responde.

—Sí, pero ese garaje, esa ropa lista para disfrazarte...

—Soy previsor. ¿Y qué me dices de ti? —Me pregunta con interés.

—¿Qué pasa conmigo? Aparte de que estoy horrible con esta ropa gigante. —Le aclaro y él sonríe un poco más.

—Te ibas a casar con ese capullo y solo tienes veintidós años. —Me recuerda.

—Me iba a casar con veintidós años, porque he estado sola casi toda mi vida. Ya sabes que mi tía no era muy cariñosa y bueno... Siempre he querido tener una familia. —Le explico sintiéndome idiota por confesárselo.

Dom me mira de una forma que parece comprenderlo todo. Estoy a punto de hablar, para soltarle una de esas frases con las que podría herir su ego justo lo suficiente... cuando alguien aparece detrás de la barra. Un tipo con pinta de haber salido de un anuncio de *Levi's*, con camiseta blanca arremangada hasta los codos y barba perfectamente recortada. Levanta una ceja al vernos, y no sé por qué, pero ya me cae bien.

—Hola Taylor. Un par de chupitos. —Le pide Dom.

—Joder... —dice, con esa voz rasposa que parece de alguien que se ríe más de lo que duerme—. Ya veo que esta noche no vienes solo, Dom. —Sus ojos se posan en mí, chispeantes—. No me digas que tú eres la famosa novia a la fuga.

Levanta un vasito de tequila y lo deja frente a mí sin ni siquiera preguntar si era eso lo que quería. Miro el vaso, luego a él y le devuelvo la sonrisa.

—Fugarme no era el plan... —digo, agarrando el chupito con una sutil sonrisa, me lo bebo con un gesto rápido. Quema, pero también despierta algo en mi pecho. Algo eléctrico—. Improvisar con estilo es mi superpoder.

Dominic se ríe con ganas, de esas carcajadas que contagian y me hacen sentir extrañamente cómoda.

—Me gusta —dice el tal Taylor—. Tiene más agallas que tú, Dom.

—Rose, no es de improvisar. Es una chica que apunta todo en el calendario de su móvil... —Le comenta y me jode que me conozca

tan bien—. Mi idea era ayudarla a pasar su despecho divirtiéndose, pero la cosa se fue un poco a la mierda con la prensa... —Añade Dom, encogiéndose de hombros como si la situación fuera tan simple como eso y se bebe su chupito de tequila.

Su confesión a Taylor, me hace comprender que este chico también debe de ser de su círculo de confianza... De lo contrario, no se lo habría confesado. Taylor ríe al oírlo y niega feliz mirándome a mí. Justo entonces, aparece otro chico detrás de la barra, con el pelo revuelto y un casco de moto en la mano.

—¡Pero mira quién está en casa! —Exclama feliz chocando su mano con la de Dominic.

—Dom ha traído a la novia fugada a su cueva secreta. —Le informa Taylor.

—Joder, he visto el vídeo... Ya lleva más de un millón de visualizaciones. —Nos informa y siento un pellizco en el estómago.

—Jack, quieres bajar la voz... —Le pide Dominic mirando detrás de nosotros, asegurándose de que la gente sigue a lo suyo.

—Tranquilo colega, ya sabes que aquí siempre serás Dom... Nada de super actor de Hollywood —añade relajado y por primera vez se fija en mí y su sonrisa se hace un poco más grande.

Jack nos mira, entre divertido y retador.

—¿Y tú eres?

—Rose —respondo y él mira a Dom, que lo observa con una mirada fulminante.

—Vaya... Al fin te conozco Rose... —comenta.

—Otro chupito Tay. —Pide ignorándome.

—Enseguida.

—Bueno disfrutar chicos, la noche es joven —añade Jack—. Y antes de que la prensa os joda un poco más... Hacedlo vosotros. Porque después de esta noche... nada va a volver a ser igual. —Nos dice lanzándome un guiño junto con una gran sonrisa.

Taylor saca cuatro chupitos y brindamos. Uno, dos, tres... ¿cinco? No sé. El mundo se vuelve más suave, más lento, como si estuviera viendo todo a través de un filtro con luces de neón y carcajadas. Me río y bailo. A veces sola, otras con Dominic. Me agarra por la cintura, me hace girar y se pega demasiado a mi espalda. Me roza el cuello

con su nariz, cuando susurra algo en mi oído que no logro comprender y siento que me tiemblan hasta los recuerdos.

Su contacto me quema, pero no me aparto. Me giro de nuevo, quedándome frente a él, lo miro a los ojos y me pierdo en la profundidad de su mirada oscura, mientras él me sonríe despreocupado.

—¿Por qué te largaste aquella vez? —Le pregunto con la voz un poco ronca.

La pregunta sale sola, como el aire. Dominic deja de reír. baja su mirada y siento que sus dedos aprietan un poco más mi cintura, como si necesitara anclarse. Luego vuelve a mirarme y veo que sus ojos están cargados, no solo por el alcohol, también de todo lo que no nos hemos dicho en cinco años.

—Fui un cobarde.

No dice nada más, no hace falta. Porque esas tres palabras son lo más sincero que me ha dicho en toda la noche y duele. Siento de nuevo ese nudo extraño. Esa certeza incómoda de que, por más que intente negarlo, aún me importa.

Me alejo de él, necesito otro trago o irme a casa... Porque no soy capaz de enfrentarlo ahora mismo. Jack, me sonríe y nos sirve un par de copas que ambos nos tomamos sin pensar... pero en ese instante algo cambia.

Los momentos de la noche se van deshilachando, haciéndose confusos y borrosos. Las risas resuenan con eco, me siento bien, nada duele en mi pecho.

Una limusina que no recuerdo haber pedido.

Luces de neón.

Una capilla diminuta.

Un tipo disfrazado de Elvis con voz nasal.

Dominic guiñándome un ojo.

Yo, con una sonrisa gigante en los labios y sintiendo mi corazón latir desbocado... Y por último mi voz, un poco ebria, pero segura.

—Sí, quiero.

Capítulo 6



Algo huele a vainilla, es dulce y tan cálido, como si el sol se hubiera metido en mi cama y oliera a postre recién hecho. También siento que hay un cuerpo pegado al mío. Pequeño, suave, familiar.

Joder...

Hundido en el colchón, todavía entre la duermeyela del sueño, deslizo mi brazo por la cintura femenina que se curva contra mí cuerpo, y hundo la nariz en su pelo. Dios, es suave como la seda y huele muy dulce. Sonríó como el imbécil que soy y pienso que, si esto es un sueño que no me jodan, porque no quiero despertar.

La realidad es jodida e impaciente. Una punzada se me clava en la sien como una daga afilada y emito un gruñido de fastidio, cuando alguien grita afuera y se acerca con pasos apresurados. La puerta se abre de golpe, seguida por un fogonazo de luz blanca que me perfora las córneas.

—¡Yo te voy a matar! —La voz de mi hermana Camila me atraviesa el cráneo con la misma fuerza que lo haría un taladro industrial.

—¿Qué hora es? —Murmuro casi sin abrir los ojos.

—¿¡Que, qué hora es!? —Repito gritando, y siento su enfado crecer por segundos—. Son las diez de la mañana, en dos horas tienes una rueda de prensa, y Tom viene en camino. —Me informa con un tono que no admite réplicas.

Gruño y me incorporo un poco, lo hago con un ojo abierto y el otro cerrado, todavía medio ciego por la claridad y con una sola neurona encendida, pero entonces... Caigo en la cuenta de que no era un puto sueño, que era real y que Rose, está dormida a mi lado.

—Cinco minutos más Cami... —Murmura entre sueños y no puedo evitar sonreír.

Posiblemente, esté acostumbrada a que mi hermana la despierte para ir juntas a la uni. Sigo sonriendo como un idiota y me fijo en su rostro relajado, en sus labios carnosos y sus espesas pestañas que abrazan unos ojos grandes y rajados. Me muevo para levantarme y ella, instintivamente, se acurruca un poco más contra mí.

Joder.

Cuando sigo mirándola, todo lo demás deja de importar y siento que todo está bien. Soñoliento me paso una mano por la cara, tratando de recordar cómo acabamos los dos durmiendo juntos anoche, pero entonces mi hermana suelta un grito que, sin exagerar, podría haberse oído en todo el estado de California.

—¿Quieres callarte? —gruño en voz baja— Vas a despertarla.

—¿iQué le has hecho a mi amiga!? —Exclama horrorizada al verla tan tranquila junto a mí.

Camila se acerca a mí y me da un coscorrón en la cabeza. Una nueva punzada me atiza la cabeza y la miro incrédulo, ni que tuviéramos ocho años.

—¿iQué le has hecho a mi amiga, Dominic?! —Repite, como si yo fuera el culpable de todo. Me levanto con dificultad, justo cuando Rose se despereza.

—Buenos días... —bosteza con una dulzura que casi me arranca la cordura.

Abre los ojos de golpe, parpadea un par de veces y entonces se tensa. Se incorpora rápido, como si le hubieran inyectado cafeína en vena, y da un salto hacia la cabecera de la cama, pegándose a la pared como si acabara de cometer un crimen. Me fijo en que todavía va vestida. Frunzo el ceño, porque no es la ropa que le presté en el garaje. Rose lleva un vestido blanco, ridículo, con plumas en la falda y restos de confeti en el pelo.

—¿Qué... qué demonios...? —Tartamudea mi hermana.

—A ver, ¿puedes calmarte? —Le digo a Camila, centrándome en la rubia que me mira espantada de despertar junto a mí.

—¿iQUE ME CALME!? —Camila grita como si le hubieran robado el coche con ella dentro—. ¿ME ESTÁS TOMANDO EL PELO

DOM?!

Se lanza hacia su amiga, y yo por un momento pienso que va a envolverla en una manta y sacarla rodando del dormitorio.

—Eh, Rose, mírame... —Le susurra, poniéndole las manos en los hombros con una intensidad dramática—. ¿Estás bien?

Rose asiente, todavía con los ojos como platos, me lanza una mirada fugaz y luego vuelve a centrarse en mi hermana.

—Sí... estoy bien. No me sorprende que Matt me fuera infiel, porque ahora comprendo que lo nuestro se acabó mucho antes... Aunque yo me negara a aceptarlo. —Le confiesa con la mirada perdida en la pared de la habitación, mientras se lleva una mano a la cara y lo que yo veo, tampoco le pasa inadvertido a mi hermana. Ambos le miramos la mano.

—¡Ahhhhhh! —Grita alarmada.

—¡DIABLOS! —Me quejo, llevándome las manos a los oídos—. ¿Quieres dejar de gritar?

Camila suelta su mano y cruza la habitación como un tornado. Me agarra mi mano con brusquedad, mostrándome un anillo igual que el de Rose.

—¿¡Qué cojones habéis hecho!?

Y yo... no tengo ni la más remota idea de cómo responder a eso. Parpadeo confuso y miro a mi hermana, siendo incapaz de decirlo en voz alta porque no recuerdo cómo diablos hemos llegado a este punto. Luego me fijo en Rose, que sigue inmóvil mirándose la mano y en ese momento siento una presión en el pecho que me obliga a buscar pruebas... Necesito respuestas y necesito... café, tal vez triple.

Hago lo primero que puede arrojar un poco de luz, sobre lo ocurrido la noche anterior y empiezo a buscar a tientas mi móvil. Lo desbloqueo, dispuesto a llamar a Taylor, pero justo en ese momento... en la pantalla de mi móvil, lo veo.

Seis mensajes de Jack.

Todos en mayúsculas.

Uno con un emoji de anillo y junto a él un vídeo.

Le doy al *play* y subo el volumen.

Una música de *rock and roll* suena con fuerza, como si acabara de meterme en una película de los ochenta con resaca y pantalones de lentejuelas. Taylor está sentado en primera fila, aplaudiendo con una copa en la mano y cara de «esto es una decisión pésima, pero entretenidísima». El vídeo tiembla y es porque Jack se está descojonando mientras graba y ahí estamos nosotros.

Rose y yo.

De pie en una diminuta capilla con luces de neón, mientras un tipo disfrazado de Elvis nos sujeta de las manos con expresión solemne, y está hablando.

—Mañana os vais a arrepentir —dice Jack desde detrás de la cámara—. ¡Pero hoy vamos a celebrarlo! ¡Vivan los novios! —Grita después como si esto fuera una boda real.

Y lo peor de todo, es que lo es. Elvis nos pregunta si aceptamos ser marido y mujer y Rose ríe nerviosa, está guapísima. Tiene la mirada vidriosa y está tan borracha como yo.

—Sí... sí, quiero. —Asiente con una voz tan suave que me atraviesa el pecho.

Y yo... joder, ahí estoy. Con el ceño fruncido como si no me creyera lo que está ocurriendo, pero no aparto los ojos de la increíble chica que tengo delante de mí.

—Sí, acepto. Rose eres el amor de mi vida —digo con voz ronca.

Me creo cada palabra que he dicho y lo jodido que estoy diciendo la verdad. La ceremonia sigue. Firmamos un papel, hay más risas de fondo. Jack enfoca los bancos de la capilla, donde hay un grupo de chicas que no conozco y me tenso. Trago saliva, al ver que Elvis se acomoda la peluca, cierra el libro que tiene en las manos y nos mira a ambos con cara de quien ha visto ciento de errores cruzarse en su camino.

—Puedes besar a la novia.

Y en ese momento, justo cuando me inclino para besarla los gritos y aplausos estallan, junto con confetis que caen sobre nosotros. El vídeo se detiene justo antes de que nos besemos y me quedo mirando la pantalla hasta que se pone en negro.

Miro preocupado a Rose, que parece no saber si reír, llorar o arrancarse las plumas del vestido blanco que lleva puesto, el mismo con el que aparece en el vídeo de la boda... y entonces bajo la mirada de nuevo hacia mi mano. En mi dedo anular de mi mano izquierda, hay una jodida alianza de oro. La giro con los dedos, como si eso fuera irreal, pero no desaparece. Joder, estoy casado.

—Esto no puede ser legal, ¿verdad? Tal vez, no tiene validez ninguna... —Murmura Rose, con voz bajita, mirando a Camila.

Mi hermana la abraza, como si se hubiera encontrado un cachorro abandonado y luego me mira a mí como si todo fuera culpa mía. Rose se deja caer en la cama con un suspiro y salgo de la habitación, feliz y a la vez preocupado por Rose. Porque siento que voy a perder la poca cordura que me queda.

Llamo a Taylor. Nada, después de cinco tonos me salta el buzón de voz y luego llamo a Jack, pero tampoco tengo respuesta. Entonces, hago lo que más temo, entro en el buscador del móvil y escribo: «Dominic Spencer boda en Los Ángeles». Le doy a buscar y entonces la pantalla del móvil se llena de decenas de fotos.

—Joder...

Hay una foto de Rose en mis brazos, sonriendo y mirándome con los ojos brillantes. Hay fotos de ambos saliendo de la capilla cogidos de la mano. De los dos saliendo felices entre desconocidos, seguidos de Taylor y Jack y hay una foto en particular que me deja perplejo, y es Rose de puntilla, sujetándome de la camisa que llevo medio desabrochada y besándome como una completa enamorada. Mierda... y lo peor de todo, es que parezco jodidamente feliz. ¡Dios! Quiero pegarme una hostia a mí mismo, porque Rose ahora me odiará aún más.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa la cabeza. Me apoyo en la pared del pasillo y respiro hondo. Si Rose me odiaba antes... esto no me lo va a perdonar jamás y lo peor es que, legalmente... esto es válido. Porque este tipo de bodas son más frecuentes en Las Vegas, pero también en algunos sitios habilitados de Los Ángeles, joder, si hasta hay capillas móviles con licencia. Y las ceremonias que se celebran en ellas son legales y vinculantes si se firma el acta y según aparece en el vídeo, nosotros lo hemos

firmado. Borrachos como cubas, pero lo hemos firmado. Aunque lo peor de todo no es eso, es que en la maldita boda había chicas desconocidas que aplaudían y seguramente ellas subieron esas fotos.

Vuelvo a llamar a Jack.

Una vez.

Dos.

Tres, y por fin, responde con voz rasposa.

—¿Acaso está ardiendo el paseo de la fama para que me llames con tanta urgencia?

—Lo que va a arder es tu bar, Jack. Como no me expliques cómo coño hemos acabado casados Rose y yo —gruño cabreado.

—Colega... yo no hice nada. —Me responde riéndose divertido.

—¿Nada?! Tengo un puto anillo en el dedo. ¿Nada dices, cabrón?! ¡No me jodas que he visto el puto vídeo!

—Vale, vale. Quizá... quizá os ayudé un poquito a dar el paso.

—¿Cómo que un poquito? —Le pregunto, tensando mi mandíbula con tanta fuerza que no me extrañaría que me salte un empaste.

—Estábais bebiendo... bailando... había química entre vosotros, tío. Ese tipo de atracción no se tiene con cualquiera. Llevas hablándome años de Rose, y haberla rescatado de su boda, era una señal... Entonces pensé en daros un pequeño empujoncito para que fuerais más valientes.

—Pero... ¿Tú te estás escuchando? La llevé al bar para ser yo mismo y estar relajados, no para que amaneciera casado con ella. —Ladro.

—Lo sé... pero llevo años oyéndote hablar de esa chica, y joder... Tú no le eres indiferente, entonces lo hice...

—¿Qué diablos hiciste Jack? —Le pregunto con brusquedad y él guarda silencio—. Jack. —Repito su nombre con hastío.

—Solo os di un... ¿ligero aditivo? Digamos... que la última copa os la mezclé con un cuarto de pastilla de MDMA-Light. Es flojísima y solo agudiza los sentidos. ¡Ni siquiera es una droga de

verdad! ¡No es éxtasis! ¡Es más como una vitamina feliz! —Me confiesa tan rápido que me cuesta trabajo comprender lo que dice.

—¿¡QUÉ!?

—¡Sólo vosotros fuisteis consecuentes con esa boda! ¡Yo solo puse la chispa! ¡Vosotros pusisteis el fuego, tío!

—Te voy a matar. —Le aseguro antes de colgar.

Respiro hondo, una... dos... tres veces... pero no sirve. La presión que siento en el pecho crece, camino hacia la cocina y Lauren, ya me tiene un café doble puesto en la encimera. Sé que me habrán oído desde la planta de arriba.

—Buenos días... —Le digo sentándome en un taburete alto junto a la isla de la cocina.

—Buenos días señor Spencer. ¿Necesita una pastilla para el dolor de cabeza? —Me pregunta y niego.

—Necesito mis gafas de sol.

—Enseguida, aviso a Chefry que vaya a por ellas.

—Gracias.

No soy capaz de procesar la noticia bomba que acaba de explotar en mis narices esta mañana. Con una mano sujeto la taza de café y la otra... En la otra hay un puto anillo. Me miro la mano tan extrañado, como si tuviera seis dedos.

Joder, la he cagado.

Estoy casado con Rose. Ambos lo hicimos bajo sustancias y todo internet está lleno de fotos de nuestra boda. Me pellizco el puente de la nariz... y sí, he tomado malas decisiones en mi vida, pero llevar a Rose anoche al bar de Jack, ha sido la peor de todas.

—Dime que esto es Photoshop. —Me exige Tom, que entra como un vendaval en la cocina, con cara de llegar a un funeral con una carpeta en la mano.

—Mierda —murmuro.

—Sí, estás nadando en ella chico. —Abre la carpeta y saca una foto impresa en papel satinado.

La lanza encima de la encimera. La imagen cae boca arriba. Rose está en mis brazos, riendo con la cabeza apoyada en mi hombro, el vestido blanco lleno de plumas y confeti, y yo... joder. Yo estoy

sonriéndole como un imbécil. Como si fuera el día más feliz de mi vida.

—¿Qué mierda es esto?

—Es la portada del *Star Love* y también tengo la del *Hollywood Cuore*, por si la quieres ver. Ya ha salido en varias revistas del corazón y portales. Probablemente a estas horas esta noticia haya saltado al otro lado del mundo. —Me informa.

Me revuelvo incómodo en el taburete, sintiendo cada vértebra de mi columna como si pesara una tonelada y el aire en mis pulmones es denso. He jodido mi vida y he complicado la suya en menos de doce horas.

—Tom... ¿tiene validez esto? —Le pregunto aún sabiendo la respuesta.

—Sí. Las bodas en capillas con licencia en todo el estado de California, sea en Las Vegas o aquí en Los Ángeles, tienen la misma validez que si hubieras reservado el Ritz y firmado frente a un juez. Solo necesitas el certificado de matrimonio... y está firmado por ambos.

—Joder. —Bufo derrotado.

—¿Y qué vais a hacer? —Me pregunta él con una tranquilidad asombrosa, como que es experto en arreglar mis escándalos... Aunque este, no creo que lo resuelva tan fácilmente.

—No lo sé, ¿divorciarme antes del desayuno? —Le sugiero con sarcasmo.

—O seguir con esta mentira y hacer de esto un *reality*. Ya sabes, «matrimonio por accidente entre el actor rebelde y la novia fugitiva del famoso diseñador infiel». Tiene gancho.

—Vete a la mierda, Tom. —Mascullo desesperado.

—Ahí es donde estás tú. Porque te recuerdo Dom, que ya estás casado y no te puedes ir a la mierda solo. Ahora ella se va contigo.

—Te juro que no era mi intención... —Le soy sincero.

—Pues tendremos que cambiar el discurso que vas a dar para la prensa y luego tienes reservado un almuerzo y una reunión con el productor de la serie. —Me informa con frialdad y asiento, sabiendo que debo de ser responsable de mis consecuencias.

—Jamás quise complicarle la vida a Rose. —Le confieso a mi amigo y manager, sintiendo el peso de esas palabras en el pecho. Lo que ha ocurrido es más que un error de borrachera. Esto... Esto no se borra con una ducha fría o una disculpa.

—Pues ya tienes que seguir adelante, los fans están divididos pero la mayoría están prendados con vuestra historia de amor, mientras que otros ya han apostado a que no duraréis ni hasta la luna de miel. —Me informa y suspira cansado de mí.

—No voy a arrastrarla a más líos, Tom. Te lo juro. Hoy mismo cuento la verdad en la rueda de prensa y haré un directo en mis redes sociales, explicaré que fue un accidente. Que estábamos borrachos e hicimos esta locura. Porque no la voy a meter en esta farsa.

—¿Eres consciente de lo que eso va a significar para tu carrera? —Me pregunta, cruzado de brazos—. Estás en el ojo del huracán y si cuentas la verdad, esto va a ser carnaza para sacar noticias durante meses. Se te cancelarán contratos con las marcas, y el proyecto de la serie con la Warner Bros Studios.

—No me importa. —Mi voz suena firme y clara—. No pienso obligarla a vivir una mentira solo porque mi imagen pública se tambalee. Ya bastante le he fastidiado su vida en menos de veinticuatro horas.

—Quiero hacerlo —afirma una voz detrás de mí. Me giro atónito y ahí está Rose que me mira de forma fugaz, antes de centrar su atención en Tom. Ella está quieta en el umbral de la puerta de la cocina con el jodido vestido blanco de plumas corto. El cabello recogido en un moño desordenado, sin maquillaje y sin embargo la veo más guapa que nunca. Y yo... joder, ¿cómo fingir que me es indiferente, cuando apenas me mira y ya lo siento todo?

—Voy a ayudarte —añade, con una serenidad que me desarma—. Al menos hasta que pase la tormenta y dejemos de ser el foco de atención... supongo que serán unas semanas.

—Pueden ser meses... —añade Tom. No sé qué responder. No me salen las palabras, parezco un idiota que no es capaz de dejar de mirarla. Ese vestido... recuerdo un letrero de neón parpadeando, era una tienda de disfraces que

estaba junto a la capilla. Recuerdo a la dependienta entregándole el vestido. También a Rose que estaba en el probador y cuando salió, me pareció un puto cisne y lo pagué sin ni siquiera mirar el precio. Otra mala decisión... que se siente increíblemente bien cuando la miro.

—¿Estás segura? —Logro murmurar.

—No, pero ya estamos casados. Solo es aguantar un tiempo para que tu carrera no se vea resentida y yo no quede como una auténtica loca. —Me explica y veo el enfado en su mirada.

Asiento, sin ser capaz de decir nada más, mientras sonrío agradecido de que, a pesar de todo, haya decidido ayudarme. Camila entra lanzándome una mirada asesina, mientras guarda su móvil en el bolso.

—Esta vez te has pasado de la raya, Dom. —Se planta frente a mí—. Mamá y papá me acaban de llamar. Vienen para acá para felicitarte por vuestra boda.

—Joder... —susurro. Porque claro, esto solo necesitaba más caos.

Como si no fuera suficiente despertar con una alianza en el dedo, casado con Rose. Además, con la prensa sacando de contexto todo, la productora preparada para despedirme y la única mujer que he querido de verdad... intentando salvarme de mi propio desastre.

Capítulo 7



Estoy casada.

La verdad me cae como un cubo de agua helada, directo al corazón. Menos mal que mi tía abuela, la que me crio y fue lo más parecido a una madre que tuve, no está viva para verlo, de lo contrario se volvería a morir del disgusto.

Me dejo caer sobre la cama inmensa, mullida y lujosamente ridícula de la habitación de invitados en la mansión de Dominic Spencer. Joder... Dominico... Actor rebelde y estrella dorada de Hollywood. Causante de la migraña que tengo y para colmo... Ahora, es mi marido. ¡Mi marido! Me vuelvo a repetir mentalmente intentando digerir esta nueva realidad.

—Estoy casada —digo en voz alta, por si acaso repetirlo lo hace menos absurdo.

Camila me ha oído repetir esas dos palabras más de un centenar de veces, así que me ignora y me mira con su habitual expresión de hermana mayor furiosa y me lanza el móvil a la cama, seguido de una bolsa de viaje.

—Te traje cuatro mudas de ropa, zapatos y algo de maquillaje.

—Camila... —suspiro, tomando mi teléfono como si fuera radioactivo. Sigue bloqueado, pero la pantalla está llena de notificaciones que prefiero no abrir. Mi amiga sabe que estoy aterrorizada y se sienta a mi lado.

—Estás pálida y eso que eres blanca por defecto. Toma —me ofrece una botella de agua.

—Estoy en shock.

—¿No me digas? —Ironiza—. Te casaste con el mismísimo Dominic Spencer.

—Estábamos drogados. Jack nos drogó. —Le repito lo mismo que Dom nos explicó en el desayuno.

—Ya, ya, el clásico cuento de la abuela. —Me dice en tono aburrido—. Pero nadie os obligó a decir: «Sí quiero». Tal vez vuestros corazones guardaban secretos inconfesables...

—Te odio, ¿sabes? Se supone que eres mi amiga y necesito que me apoyes. No que me hundas más en esta desgracia. —Me quejo y ella se ríe.

—¿Te acuerdas cuando teníamos diecisiete años y Dom te rompió el corazón? Sé largó y se portó como un capullo. Recuerdo que me dijiste que no lo perdonarías en la vida... La de vueltas que da la vida, ¡eh! —Me recalca divertida y claro que me acuerdo.

—Y ahora estoy casada con él. —Me tapo la cara con ambas manos.

—Sí, esto es un giro dramático de los acontecimientos — responde Camila, divertida.

Su risa, hace que se me escape una carcajada nerviosa... pero tenerla aquí conmigo, es un bálsamo para calmar la incertidumbre que siento.

Esta mañana cuando me desperté a su lado, por un instante pensé que era una pesadilla y resulta que era la cruda realidad. El pánico en su rostro fue lo que más me impactó, fue como mirarme en un espejo. Comprendí que ninguno de los dos quería esto, pero ahí estábamos. Casados.

Y lo peor... es que no puedo culparlo del todo. Yo también ayudé a esta catástrofe. Recuerdo algunos *flashes* sueltos de la noche anterior. La adrenalina, la rabia, el vacío que me dejó Matt cuando escapé de esa maldita iglesia... desaparecieron por un rato. Me sentí capaz de todo... Me sentí tan libre, que fui yo quien le pidió parar frente a esa capilla. Yo le di la idea de ver una boda cualquiera en directo, pero no sé en qué momento de la noche pasamos de ser observadores a protagonistas con anillo incluido. Porque lo que empezó como una idea ridícula y ligeramente romántica... terminó

con nosotros firmando un papel y besándonos delante de un Elvis, con un traje blanco con lentejuelas.

Los ruidos en la planta baja, me sacan de mis pensamientos y sé que ha llegado la hora de comenzar con esta farsa. Miro a Camila que me observa preocupada, ella me conoce bien y sabe que detesto mentir.

—Han llegado —murmura ella con una calma fingida.

—Ya sabíamos que venían... —Le susurro como si repetirlo bastara para evitar calmar mi nerviosismo.

Me quito el vestido de plumas y me pongo uno de tirantes en color rosa nude más discreto. Bajamos las escaleras y entonces la veo. La madre de Cami y de Dom. Guapísima, con el pelo perfecto y ligeramente maquillada, me observa con ese brillo en los ojos de madre ilusionada. Siento que me dan ganas de huir y encerrarme de nuevo en el dormitorio. Junto a ella está el señor Spencer que me sonríe con afecto. Trago saliva, respiro y me acerco a ellos con fingida tranquilidad. La madre de Dom, me abraza tan fuerte, que juraría que acaba de alinearme los chakras.

—Mi niña. ¡Tú eras la única mujer que él necesitaba! Siempre lo supe. —Su voz suena emocionada, triunfal, como si acabara de ganar la lotería de las nueras—. Temía que terminara casado con una actriz sin alma, de esas que sólo quieren fama y cirugía... De esas con las que ha dado tantos escándalos, pero tú... —Me coge la cara con ambas manos, como si fuera su mayor tesoro—. ¡Tú eres de la familia! Te conozco desde que llevabas trenzas y te enfadabas con él cada vez que te tiraba del pelo.

—Gracias, señora Spencer... —consigo decir, tragándome una cucharada de culpa del tamaño del estado de California.

No podía decirle nada sobre el pacto con Tom, que además de ser su representante es el abogado de Dominic, porque me dejó claro que cuanto menos sepan la verdad, mejor.

—Llámame Carol, por favor —añade, dándome una palmadita maternal en la mejilla—. ¡Ya eres una Spencer!

Esa aclaración, me hace sentir un escalofrío por toda la espina dorsal, como si fuera cómplice de un crimen emocional.

—Felicidades hija —comenta el padre de Dom, que es una versión suya, treinta años más mayor.

—Gracias señor Spencer.

—Señores, tenéis preparado un aperitivo en el jardín trasero.
—Nos informa Chefry.

—Enseguida vamos —responde Carol, la madre de Dom.

Nos sentamos a comer con tanta naturalidad, que me siento como una intrusa en estos momentos. Había comido cientos de veces en casa de Camila, cuando éramos pequeñas... pero llevaba años, evitando las comidas familiares, porque Dom estaba en ellas.

Reencontrarme con sus padres en esta situación, lo complica todo un poco más y se me va el apetito. Miro el tartar de atún rojo que tengo frente a mí y trago saliva, pensando que es el menú perfecto para una digestión imposible.

Camila, sentada a mi lado, me lanza miradas de «resiste hermana». mientras el padre de Dominic, que es idéntico a él pero con menos músculo y más barriga. Enciende la televisión aún sabiendo que posiblemente salga noticias de su hijo, y así es. Dom aparece en pantalla. Traje negro, pelo revuelto con estilo, y esa maldita mirada intensa que podría derretir acero.

Dominic está dando la rueda de prensa, vestido con un traje oscuro y el pelo perfectamente peinado. «*Maldita sea, parece salido de un catálogo de Hugo Boss*».

Mi boca está seca y trago saliva, para intentar digerir el nudo de nerviosismo que me oprime la garganta e intentar calmar mi corazón que late frenético como si estuviera corriendo una maratón en tacones.

Me fijo en como la cámara enfoca directo a su rostro, a esos ojos negros que parecen tener todo controlado. Me cuesta respirar, porque yo he visto esa mirada a centímetros de la mía... anoche en nuestra boda.

Mis manos tiemblan cuando sujetan la cuchara y cojo un poco de atún, mientras sigo mirando a Dom.

—Y bueno —dice Dominic en la tele, con su tono grave y seguro—. Ha sido un fin de semana lleno de sorpresas, para todos.

Supongo que no hay una forma correcta de enamorarte... sólo ocurre.

Me atraganto, y siento que me ahogo con un trozo de atún.

—¿Estás bien? —pregunta mi amiga, que me observa preocupada y me ofrece un vaso con limonada.

—Sí, sí... sólo fue... un poco de atún que se me atravesó. —Mi amiga asiente, mientras me da unas palmadas en la espalda.

—Voy a morir. —Toso y ella sonrío feliz.

—No por favor, que esto se está poniendo interesante. —Me comenta volviendo a centrar su atención en la pantalla.

En la televisión, siguen mostrando imágenes de nosotros besándonos y riéndonos, como si de verdad hubiese ese amor que Dom les dice. Me fijo en mi cara de felicidad junto a él, sonriendo como si no tuviera un reciente ex prometido y mi carrera como futura diseñadora a punto de irse al traste. Doy un sorbo al vaso de limonada que me ofrece mi amiga mientras sigo mirándolo expectante.

—La he amado desde siempre —confiesa Dominic, tan serio como encantador, mientras la sala entera enmudece—. Y cuando la vida te lanza una segunda oportunidad con esa persona, no la desperdicias.

Y justo ahí me atraganto con la limonada como si fuera ácido.

Tos.

Estornudo.

Lagriméo.

Me convierto en un desastre completo mientras los padres de Dominic me sonrén como si yo fuera un cachorrito adorable recién adoptado.

—Ay, cariño... Es normal que estés tan nerviosa... —Me comenta Carol, riéndose y acariciándome el hombro con afecto—. El amor siempre revoluciona el estómago.

—Creo que para que podamos comer tranquilos, sin que Rose muera ahogada, es mejor que cambiemos de canal. —Sugiere mi amiga, marcando otro número del mando de la tele al azar, pero lo que aparece es aún peor.

Está Matt, mi ex en la pantalla, a la salida de su boutique. Varios paparazzis sedientos de drama lo persiguen y le hacen cientos de preguntas sobre nosotros, pero él no dice nada. No abre la boca y se sube al coche de la mano de Angy que cierra la puerta.

El silencio se hace sepulcral en la mesa y yo intento seguir respirando... Aunque la culpabilidad crece, me abraza, me aprieta y me ahoga. Porque no soy esa persona que la prensa dice. No soy la chica impulsiva que deja a su prometido por un actor sexy y se casa ese mismo día con él. Pero aparentemente para la sociedad... lo soy. Miro mi móvil... dudo y respiro de nuevo.

—Sí me disculpáis... Vuelvo enseguida. —Le comento a los padres de Dom.

—Sí cariño, sin problemas —afirma su madre.

Mi amiga me observa con el ceño fruncido y veo la confusión en su mirada, le sonrío y salgo despavorida hacia mi habitación. Subo las escaleras casi a la carrera y cuando entro en mi dormitorio, desbloqueo el móvil. Me tiemblan los dedos, respiro o al menos lo intento y busco su número. Estoy a punto de darle a llamar, cuando Camila aparece y me arrebató el móvil de las manos.

—No. No. No. ¡Sé lo que ibas a hacer!

—Camila, devuélveme el móvil.

—Ese cabrón se merece esto. Ayer estaba follándose a Angy, antes de pasar por el altar contigo.

—Necesito explicarle... decirle... —Me callo y suspiro derrotada—. Yo no soy así. —Le confieso, con la voz rota.

—Da igual. El mundo cree que sí.

—Me da igual el mundo, me da igual la prensa. Necesito...

—Recuerda lo que te ha advertido Tom. —Me comenta y sé que hay mucho en juego—. Si le hablas a tu ex, puedes cargarte la carrera de Dom. Tú eliges, Rose.

Sus palabras son un golpe directo a mi corazón, respiro y me paso una mano nerviosa por el pelo. Pienso en que septiembre se acerca y tendré que volver a la universidad para acabar el último año de diseño.

—¿Cómo voy a mirar a Matt a la cara cuando entre a la clase de sastrería avanzada? Si antes era complicado ser su novia y su

alumna... Ahora ser su ex... La que lo dejó plantado en el altar, será peor. Me va a suspender, como venganza y terminaré cosiendo para un circo. —Le explico a mi amiga y ella abre sus brazos para que me refugie en ellos.

—Lo harás todo tan bien, que no tendrá más remedio que aprobarte mi pequeña *gamusina*. —Me intenta animar—. Además, Dom le ha ordenado a Tom que se encargue de solicitar un cambio de matrícula para que Matt, no tenga que darte ninguna asignatura.

—Ojalá sea así. —Deseo—. No llamaré a Matt, lo prometo. Voy a escribirle a tu hermano.

—¿En serio? —Me pregunta sorprendida.

—Lo desbloquearé y le enviaré un WhatsApp. —Le informo con una tranquilidad que no siento y sé que suena raro, hasta yo misma no me reconozco.

—Está bien, pero deja de torturarte por el capullo de Matt. El Karma está haciendo de su parte... Tú solo déjate llevar. —Me dice separándose de mí—. Y Rose... Ten cuidado en este desastroso plan de escape que os ha diseñado Tom, porque mi hermano puede parecer muy encantador, pero no olvides que es un puñetero actor de Hollywood.

—Lo tendré en cuenta Cami. —Le digo con una sonrisa que no me llega a los ojos, pensando en el eco que hacen sus palabras en mi interior.

Me siento en el filo de la cama, dudo en volver a bloquear el móvil, pero, algo en mí... Llamémosle corazonada, me dice que Dominic necesita recordar que aunque ambos la hayamos cagado a niveles estratosféricos, no nos queda otra que apoyarnos el uno en el otro.

Miro la hora. Dominic debe estar saliendo de la rueda de prensa y dirigiéndose a la reunión con la productora. Desbloqueo su contacto, leo su nombre en la pantalla y escribo un escueto mensaje.

Suerte.

No pasa ni un minuto antes de que responda.

*Gracias, rubia. *

Y esas dos palabras me hacen cosquillas en cada poro de mi piel. Miro el móvil como si fuera una bomba de relojería emocional y luego a Camila, que me observa con los brazos cruzados y una ceja peligrosamente arqueada. Me muerdo el labio inferior, en un intento inútil por contener una sonrisa de idiota que amenaza con salir disparada de mis labios.

—Siento... cosquilleo en el estómago. Creo que... son mariposas —confieso, bajando la voz.

Camila no dice nada. Se limita a asentir y va hacia la mesita de noche. Me ofrece un vaso de agua, mirándome y sonriéndome con malicia igual que lo haría la madrastra de Blancanieves justo antes de ofrecerle la manzana envenenada.

—¿Qué haces? —Le pregunto, ya medio riéndome.

—Toma, bebe. —Me pide, extendiéndome el vaso como si me estuviera entregándome parte de mi destino—. Bebe agüita y ahógalas.

Capítulo 8



El logotipo de la productora a relieve 3D, me da la bienvenida en cuanto cruzo el umbral de la sede principal de la *Warner Bros.* De pronto me siento como un adolescente entrando a su primer examen oral sin haber abierto el libro de texto en todo el curso.

Trago saliva y noto cómo la corbata me aprieta el cuello. Respiro y finjo tener todo bajo control. Tom va unos pasos por delante, saludando con esa seguridad que a mí me gustaría tener ahora mismo. Cuando llegamos a la oficina del director, mi amigo y manager me palmea la espalda como si me lanzara a un foso lleno de cocodrilos.

—Dom, tranquilo. —Me pide como si fuera fácil—. Ya has dado la rueda de prensa y ha ido genial, esto no va a ser más difícil.

—¿Tú crees? Si Ashley consigue dejarme en evidencia con su padre, fin de toda esta historia. —Le recuerdo y él asiente.

—Lo sé, pero mientras tú actúes como un completo enamorado de Rose, Mauro pasará por alto todo este escándalo. — Me dice sin perder su maldita sonrisa de tiburón político.

Entramos en la sala y frente a mí está el señor Mauro Gibson, con su taza de café *Blue Mountain*, sentado a la mesa como si fuera el rey del entretenimiento de todo el País, y es que joder, así es. A su derecha, su hija Ashley Gibson, actriz, *influencer* y mi ex novia.

—¡Dominic, muchacho! —Exclama Mauro, levantándose para darme un apretón de manos efusivo—. ¡Felicidades! Qué bomba lo de tu boda. ¡Esto es oro puro para la promo! Los fans están encantados con la noticia de esta mañana.

—Gracias, señor Gibson —respondo tenso.

—¿Rose es la chica, cierto? —Me pregunta y asiento—. Es una chica preciosa, normal que la secuestraras de su otra boda. —Bromea y nos reímos porque es lo que se hace en este tipo de situación. Si Gibson se ríe, reímos.

—Sí, señor. Rose... —digo su nombre y se me aprieta el pecho. No porque esté enamorado, sino porque tengo un nudo en el estómago desde que vi su cara de horror esta mañana que no logro olvidar.

—Vaya, nunca pensé que te casarías antes de cumplir los treinta, Dom. —Me dice con recelo Ashley con esa voz dulce que esconde un látigo de veneno en cada palabra—. Y menos con *ella*, que ya estaba prometida para casarse y has roto una pareja... Tom tose y yo sonrío. Es una sonrisa falsa, de esas que me enseñaron a poner para los photocalls de las fiestas.

—El amor llega sin avisar, ya sabes cómo es —digo con una tranquilidad que ni yo me creo.

—Claro —responde Ashley, girando un mechón de su cabello cobrizo con dramatismo de telenovela—. Por cierto, papá, ¿no es peligroso para la producción que uno de los actores principales esté en medio de un escándalo? Hace una semana hablaban sobre rumores de putas y drogas, y ahora... Una boda exprés.

—¡Tonterías! —interrumpe su padre, se levanta hasta llegar a mi lado y me da una palmada en la espalda tan llena de afecto, que me hace avanzar medio metro—. Eso solo son especulaciones. Lo importante es que la audiencia está enganchada a la serie, hemos triplicado las horas de *streaming* en veinticuatro horas y eso solo es gracias a su salida de guion con esa chica.

—Gracias señor Gibson, la verdad es que me siento muy comprometido con mi trabajo y con mi esposa —añado con una sonrisa torpe.

Siento que me estoy vendiendo como si fuera un maldito detergente en oferta en el supermercado. Mauro comienza a mirar en su *tablet*, y supongo que está comprobando las opiniones del público tras mi rueda de prensa. El silencio congela el aire, toco con mi dedo pulgar la alianza y respiro expectante.

—¡Esto es fantástico! Este salseo, es lo que la gente necesitaba. Los fans te adoran y creo que demostrar esta nueva faceta tuya de galán enamorado, las va a enloquecer del todo. —Me asegura y asiento con una sonrisa de pegatina.

El resto de la reunión pasa entre informes, datos, fechas y comentarios sobre cómo aprovechar la ola de la fama por la que estoy pasando. Yo asiento, finjo que tomo notas, y cuando me traen un café ni lo pruebo. No soy capaz, porque tengo el estómago agitado, como si me hubieran metido una licuadora dentro.

¿Estoy nervioso? Sí.

¿Es por Rose? También.

¿Es porque Ashley no ha dejado de mirarme con cara de que no se traga esta farsa? Bueno... eso también.

Termina la reunión y al fin respiro. Salgo del edificio con Tom a mi lado, que sonrío satisfecho como quien ha logrado que un gato adore el baño.

—Buen trabajo. Tienes a Mauro de tu parte, eso es primordial para cerrar los contratos con las marcas. —Me informa y asiento—. Aunque Ashley, parece desconfiar de cada palabra que has dicho.

—Lo sé. Me va a intentar clavar un tacón en la espalda en cualquier alfombra roja —respondo mientras me aflojo la chaqueta y nos subimos al coche.

—Posiblemente —dice Tom, sacando algo de su carpeta—. Pero al menos no ha podido demostrar que tu matrimonio con Rose sea falso.

—No ha tenido tiempo suficiente, menos mal. —Le confieso, porque Ashley es peligrosa y es capaz de cualquier cosa.

Tom, espera que tenga las puertas del coche cerradas y el motor arrancado, para entregarme un sobre blanco y lo miro confundido.

—¿Qué es esto?

—Vuestro viaje de luna de miel. —Me dice, como quien habla de comprar pan.

—¿Nuestro qué?

—Dom, si quieres que esto sea creíble, hay que hacerlo bien.

—Me informa—. Necesitas fotos en redes sociales, historias en

Instagram y mucho romanticismo. Ya has oído a Mauro, adoran vuestra historia de amor.

—Rose no va a querer —respondo enseguida.

—Ya se ha casado contigo y ha accedido a ayudarte. Esto... — señala el sobre— no puede ser peor. Esta noche cena con ella, los dos solos y propónselo.

—Si le pido que se suba a un avión conmigo como si esto fuera *El diario de Noah*, probablemente me clave un tenedor en el ojo antes de llegar al postre.

—O quizá te bese. —Me dice mostrándome una foto de nuestra boda—. La prensa ya está escribiendo vuestra historia de amor —dice con una sonrisa perversa.

—Esto no es una historia de amor. —Le recuerdo, pulsando el botón de contacto para que el coche arranque y dejo caer el sobre en su regazo como si me quemara los dedos.

—¿Seguro?

—Segurísimo —respondo sin dudar. Demasiado rápido.

—Entonces, ¿por qué respondiste a su mensaje en dos segundos?

Me callo.

Touché.

Porque no tengo una buena respuesta, o tal vez porque la única que tengo me da miedo decirla en voz alta.

Porque la verdad es que... no tengo ni puta idea de lo que estoy sintiendo. Y eso me asusta más que cualquier periodista husmeando en mi historia. Más que los fans obsesivos. Más que los titulares que saquen de nosotros.

Tom no añade nada más. Solo sonrío. Esa sonrisa de cabrón satisfecho que tiene cuando algo va según su plan y no el mío. Miro el sobre blanco en su regazo y aparto la vista enseguida, como si fuera una granada con la anilla medio suelta.

Luna de miel con Rose.

Con la chica que me ha odiado durante años, porque me porté con ella como un gilipollas olímpico. La misma chica que no me soporta y aunque ella no lo sepa, es todo lo que yo siempre he querido.

Capítulo 9



—¿¡Estás loco!?

—Loco por ti, pastelito. —Dom sonrío como si esta situación fuera graciosa, no lo es.

—No pienso ir contigo de viaje y deja de actuar, estamos solos. —Le digo exasperada.

—Técnicamente, no. Mis padres están abajo, y mi hermana por algún que otro lado de la casa. —Me lanza un puñetero guiño.

—Me importa una mierda, Dominic —respondo sin paciencia, cruzándome de brazos—. No pienso ir contigo ni a la vuelta de la esquina.

—Hicimos un trato. —Me recuerda con un tono seductor como si con eso pudiera derretir mis neuronas y conseguir lo que quiera.

—Sí, el trato consistía en guardar silencio, sonreír en un par de actos públicos y no incluía desaparecer contigo a la otra punta del mundo para seguir alimentando esta farsa y hacer dinero.

—A mí me importa una mierda el dinero —masculla—. Sabes que es por mi trabajo. Es la productora la que lo pide.

—¿Y mi opinión no cuenta? ¿Qué soy yo entonces? ¿Un cero a la izquierda?

—¿Un cero? No seas ridícula. Tú eres la constante molesta que mi ecuación emocional no sabe resolver —dice con una sonrisa divertida que me saca de quicio y lo fulmino con la mirada.

—Te lo digo por última vez, Dominic Spencer... mi respuesta es no.

Él se acerca con esa estúpida sonrisa torcida que solía volver locas a las chicas en el instituto... Y seguro que le sigue funcionando, pero no pienso caer.

—No quiero tener que secuestrarte otra vez... —murmura con voz baja y... sexy.

—No serías capaz.

—¿Quieres apostar algo gatita?

—No me llames así.

—Como quieras, rubia.

Levanto la cabeza mirando al techo con tanta brusquedad que me duele el cuello. Él da un paso más, acortando la distancia entre nosotros y puedo oler su perfume, ese que huele a madera, cítricos y decisiones erróneas.

—¡Vamos! —Insiste—. Es un viaje de lujo. Cualquiera en su sano juicio lo aceptaría. Dos semanas con todo incluido, en una playa paradisiaca. En un resort de cinco estrellas, excursiones llenas de adrenalina... Y a la vuelta, Islandia y sus auroras boreales.

—Y tú. —Lo interrumpo—. Se te olvida ese detalle que arruina todo el plan.

Dom, me mira divertido con la ceja arqueada, maldito encantador de serpientes con cuerpo de superhéroe y ego del tamaño de California.

—Si tanto me odias... —Se apoya contra la pared, con los brazos cruzados—. ¿Por qué no has contado la verdad en tus redes sociales?

—Porque no soy una mala persona —respondo con firmeza—. A diferencia de ti, yo sí pienso en las consecuencias.

—¿Las consecuencias? —Me pregunta con esa sonrisita que debería estar prohibida por ley—. ¿Acaso temes volver a enamorarte de mí, Rose? ¿Y revivir esos sentimientos de adolescentes que tan mal disimulabas?

—Imposible. Porque los arranqué de cuajo hace años, nunca significó nada para mí. —Miento y lo sabe.

He usado la misma frase exacta que él me soltó cuando yo tenía diecisiete años, destrozando mi corazón y dejándolo más roto que una figurita de porcelana tras un terremoto. Él sonríe despacio, casi como si degustara el amargo recuerdo.

—En ese caso, no tienes nada que perder... y mucho que ganar —susurra con voz seductora.

—Ah, ¿sí? ¿Qué gano yo? —Le pregunto aburrida.

—Un viaje pagado a un paraíso tropical. Limpiarás tu reputación después de dejar plantado en el altar a *McPerfecto*, y lo más importante... Ganarías el respaldo mediático y necesario, para convertirte en una futura gran diseñadora de alta costura. —Me informa con tranquilidad y sonrío un poco más. Maldito Dominic—. En resumen... Tu futuro profesional está en juego, pastelito.

—¿Y tú qué ganas, Dominic? ¿Aparte de mis ganas de estrangularte con un pareo de lino?

—Tu encantadora compañía —responde, inocente como si no acabara de manipularme con toda la sutileza de un vendedor de aspiradoras que va de puerta en puerta.

—Esta vez no vamos a romper ninguna norma pactada. —Le advierto con una mirada afilada—. Y tampoco nada de alcohol, drogas sorpresas, ni besos. —Recalco—. Y no vayas a insistir, porque no pienso beber contigo, ni un solo sorbo. ¿Entendido?

—Entendido —responde.

Dejo en el aire una posibilidad de irme con él, mientras nos retamos con las miradas en un duelo silencioso. Él se cruza de brazos, apoyado contra la pared con la confianza de un tipo que cree que lo ha ganado todo... y yo, intento aparentar una confianza que no siento, porque hay líneas que es mejor no volver a cruzar, sobre todo cuando mi corazón tiene mucho que perder.

—He hablado con Taylor y Jack. —Me comenta de repente.

—¿Y?

—Taylor estuvo en contra de lo que hizo Jack, y bueno... Aunque no estuvo bien lo que hizo, no voy a tomar represalias contra ellos, son mis amigos de la universidad y la verdad es que no les guardo rencor por haberme casado contigo.

—¿Lo dices como si fuera culpa mía?

—Tú fuiste quien quiso parar a ver una boda de esas — responde, encogiéndose de hombros.

—Me hacía ilusión —confieso.

—¿Tanta que tuviste que hacerla conmigo? —Me lanza esa pregunta con una mirada traviesa, como si acabara de ganar otro punto. Como si supiera que esa pregunta me descoloca. Porque todavía no comprendo cómo quise que nos casáramos.

—Eso fue rastrero, Dominico.

—Lo sé. —Y por primera vez su voz no suena burlona—. Pero... no creo que todo fuera mentira. Algo nos impulsó a ambos a hacer esa estupidez.

Asiento, estoy de acuerdo con él y en este instante, siento que algo se rompe dentro de mí o se reconstruye. No lo sé, pero duele un poco y quema.

—Mira... —empieza él, dando un paso más cerca y aprovechando que tengo la guardia baja—. No voy a obligarte. Solo quiero que sepas que... si vienes, me comportaré. Prometido. Ni intentos de besarte, ni copas de más, ni meteduras de pata. Solo un viaje para que el mundo crea lo que necesita creer... y tú puedas cumplir tus sueños a nivel profesional.

—¿Y si me enervas en las primeras veinticuatro horas?

—Tienes derecho a meterme en una maleta y facturarme de vuelta. —Me responde como si eso fuera posible y sonrío, en contra de mi voluntad.

—¿Y si roncas?

—Usa tapones —responde con una sonrisa satisfecha.

—¿Y si...? —Comienzo a decir y me interrumpe.

—Si me odias, me aguantas durante lo que dura el viaje. Ignórame si quieres cuando estemos a solas, total lo haces muy bien. Llevas años evitándome cada vez que he vuelto a casa.

—No es verdad. —Miento—. Es solo que... He estado muy ocupada.

—Claro, pastelito.

Frunzo el ceño, luchando entre la lógica, mi orgullo y esa maldita sensación que me sube por la garganta cuando me mira de esa forma tan despreocupada y auténtica, sin filtros ni medias tintas. Sino como el Dom que siempre conocí.

Entonces, como si el universo disfrutara de arruinar mis momentos de lucidez, mi móvil vibra y veo que es un mensaje de Tom.

**Vuestro vuelo sale mañana a las 10 de la mañana. Os esperan en el resort. Buen viaje tortolitos. PD: De nada*.*

Levanto la vista. Dom también mira su móvil y supongo que Tom, también se lo ha enviado a él, que lo lee, me mira y espera.

—Lo haré —digo al fin.

—¿Lo harás? —Me pregunta como si no terminara de creérselo.

—Sí, pero ya te he dicho que será bajo mis condiciones. Nada de jueguecitos. —Le advierto.

—Lo prometo, rubia.

Nos quedamos en silencio y él sonríe, como si no estuviéramos complicándolo todo más. Y yo... caigo en la cuenta de que he perdido el control de mi vida. Otra vez...

Capítulo 10



—Te juro que, si vuelve a darme un ultimátum, lo dejo. —Me dice Camila cuando cuelga su teléfono y lo lanza con dramatismo a los pies de la cama.

—¿Otra vez habéis discutido? —Le pregunto, tomándome otra cucharada del helado de chocolate y pistacho que reposa en mi regazo.

—Sí, dice que lo estoy dejando de lado, que prioricé quedarme contigo antes que ir con él a ver un partido de béisbol.

—¿Y lo hiciste?

—Obvio —resopla tumbándose a mi lado—. Mi mejor amiga se casó en Los Ángeles con mi hermano, y no precisamente de la manera romántica en la que creíamos que pasaría su boda.

—Fue un desastre —confieso y ella me mira con cariño.

—Lo sé.

Estoy en pijama, con el pelo hecho un desastre y la espalda apoyada contra el cabecero de una cama que bien podría salir en la portada de una revista de mansiones de lujo. Levanto la vista y me detengo en la decoración con tonos suaves en las paredes, muebles color crema y una alfombra tan esponjosa y cara, que probablemente cueste más que todo lo que tengo en mi cuenta bancaria. En una esquina del dormitorio hay un espejo de cuerpo entero que refleja una versión de mí misma que aún no termino de reconocer. Y me pregunto... ¿cómo sería ahora todo si no hubiese subido al coche de Dom para huir de Matt?

Seguramente ahora no estaría casada con él. No llevaría esta alianza en el dedo, ni tendría que fingir que lo nuestro es real por el bien de su carrera... y de la mía. Ojalá pudiera rebobinar, volver

atrás, parar un taxi y huir en dirección contraria a esta locura, pero no lo hice. Y ahora, en medio de este escándalo mediático que amenaza con devorarnos, solo me queda avanzar... y fingir que lo nuestro es real.

—¿Te has dado cuenta de todo esto? —Le pregunto a Camila, señalando con la cuchara de helado a nuestro alrededor—. Cada rincón, cada detalle... todo grita «rico con buen gusto y que cuando se aburre se distrae comprando cosas caras».

Camila suelta una risa floja, con la mirada medio apagada por la discusión telefónica con su nuevo novio. Yo, en cambio, estoy atrapada en mi propia cabeza, y me cuesta no pensar en Dominic. En lo que fue y en lo que es ahora.

La verdad es que hay dos versiones de él, que aún habitan dentro de mí. Una parte, recuerda al niño humilde que ayudaba a su padre en la frutería, con la camiseta manchada de frutas. Que llegaba siempre tarde en bici al instituto y soñaba en voz alta con ser actor. Y luego está la otra versión, la que es ahora... El tipo que se viste con trajes a medida y conduce coches que podrían financiar un curso entero en mi universidad. Ese chico es muy diferente al que conocí en mi adolescencia... y sin embargo, a veces, en su mirada me parece ver al mismo de siempre, al chico del que me enamoré, pero más arrogante, más maduro, más perdido y más solo...

—Camila... —susurro, con la voz un poco más baja de lo normal. Me muerdo el labio inferior nerviosa, porque hacerle esta confesión me hace sentir como una mierda de persona, pero no puedo mentirle a mi mejor amiga.

Mi amiga me mira, esperando que diga algo. Trago saliva, saboreo una nueva cucharada de helado y comienzo a darle vueltas con la cucharilla al helado derretido en el bol, como si ahí pudiera encontrar las palabras exactas. Respiro hondo y me lleno de valor para decirle la verdad.

—Cami, creo que cuando pillé a Matt con Angy... Lo que me dolió de verdad no fue el corazón, fue el ego.

—¿Qué? —Me pregunta, entre sorprendida y confundida.

—Sí. Verlo con ella, tan rápido, tan cómodo... Me dolió, pero no porque lo amara, como pensaba. Sino porque me di cuenta de

que yo a él no le importaba.

—Rose... —susurra, pero continúo.

—Estaba conmigo porque yo era una opción segura. Predecible. Fácil de encajar en su vida. —Hago una pausa y sonrío con tristeza—. Y yo... yo quise convencerme de que eso también me hacía feliz. Me agarré a la idea de la estabilidad como si fuera amor. Y la boda solo fue mi intento desesperado de reflotar algo que llevaba hundido mucho tiempo.

—¿Desde cuándo lo sentías? —Me pregunta con atención, en voz baja.

—No lo sé. —Le confieso encogiéndome de hombros—. Tal vez desde que dejamos de vernos y pasaban semanas sin ni siquiera besarnos. Nunca discutíamos, porque ya ni coincidíamos. Lo peor de todo... Es que creí que casarnos iba a arreglar algo, pero no se puede rescatar un naufragio cuando ya no queda ni barco.

Camila no dice nada, tan solo se lanza sobre mí y me abraza. Como si supiera que es justo lo que necesito. Y yo... dejo que ella me abraze mientras admito que llevaba tiempo sobreviviendo a algo que ya no existía.

—Somos un desastre en el amor —susurra y asiento.

—Un desastre con tacones—respondo, riendo con la voz rota—. Que comemos helado a las doce de la noche en la mansión de tu hermano mientras nuestras vidas son una calamidad.

Nos reímos un poco más fuerte, pero el silencio que sigue pesa. Es ese tipo de silencio incómodo que intenta maquillar las grietas de la realidad.

—Por cierto... —dice Camila, dejando la cuchara en la tarrina vacía—. ¿Sabías a dónde te ibas con Matt?

—No. —Le respondo y me enderezo un poco—. Recuerdo que me dijo que nuestra luna de miel iba a ser inolvidable, pero era una sorpresa el destino ya que era un regalo de sus padres, que nos lo darían en la fiesta de celebración —confieso.

—¡Qué curiosa es la vida! ¿Verdad? Mañana te vas de luna de miel con otro tío y todas las redes sociales arden con esa noticia. — Me dice enseñándome el móvil. La última cucharada de helado se

me queda atragantada en la garganta. Toso un poco y Camila me da un par de palmadas.

—Es una mala idea.

—Es *la única* idea. Ya os lo ha dicho Tom. —Me recuerda—. Además, en tres semanas comienzan las clases en la universidad. Este es tu último año de carrera, Rose. El mundo no va a detenerse para que tú sanes. Si quieres salvar tu reputación, relanzar tu nombre como futura diseñadora, y que no te entierren viva en Google con titulares crueles, vas y punto.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer allí? ¿Sonreír? ¿Pasearme en bikini fingiendo que somos felices?

—Exacto. —Me guiña un ojo—. Pero con protector solar y cócteles en la mano. Mira el lado bueno... Playas paradisíacas, habitaciones cinco estrellas, comida de escándalo y fotos que van a enloquecer a la gente.

—No soy una *influencer*, Camila.

—Pero ahora eres *la esposa* del actor más fotografiado del momento. Y créeme, los fans ya están creando *hashtag* como #Romic.

—¿*Romic*? —Le pregunto horrorizada.

—*Ajam*, han unido tu nombre y el de él, es muy tierno. —Exagera con voz dulce y pongo los ojos en blanco, mientras suspiro derrotada.

—Es todo una farsa.

—Ese anillo que no te has quitado es real y el escándalo también.

—Camila, esto es una locura.

—Lo sé, pero lo mínimo que puedes hacer es pasarlo bien.

Me hundo entre las sábanas, cerrando los ojos con una mezcla de resignación y vértigo. Siento que una vez que suba a ese avión... algo en mí va a cambiar. No sé si será bueno o malo, pero sé que será irreversible. Y eso me da más miedo que cualquier titular. Tres golpes suaves en la puerta interrumpen mi espiral de pensamientos.

—¿Esperas a alguien? —Le pregunto a mi amiga.

—¿Quién va a venir a estas horas? ¿El espíritu del helado derretido? —responde Camila, arrastrándose hasta la puerta. Abre y

ahí está.

Dominic Spencer. Apoyado en el marco de la puerta, como salido de una portada del corazón, con ese pelo perfectamente desordenado, la camisa blanca desabrochada y una sonrisa de medio lado. Esa que sólo aparece cuando está a punto de decir algo que me saque de quicio.

—Pastelito, mañana te espero con las maletas hechas, a las ocho en punto para irnos al aeropuerto. —Me dice, sin saludo, ni anestesia... Sino directo al grano.

Asiento lentamente, y le lanzo una mirada que grita. «Te odio un poco más por arrastrarme contigo». Él sonríe con picardía, como si me leyera la mente y luego mira a su hermana.

—Cami, nos conocemos bien y ni se te ocurra intentar sabotear este viaje o montar una fuga digna de una novela de esas que lees. Esto es importante. Mi carrera está en juego y su futuro también. —Le advierte, sabiendo que, aunque sus padres duermen en la otra ala de la casa, nosotras juntas, somos capaces de desaparecer antes de la hora acordada.

—Que sí, pesado —responde Camila tumbándose de nuevo en la cama, y se tapa con las sábanas la cara, como si una reina estuviera harta de sus súbditos—. Hasta mañana, diva de Hollywood.

Dom sonríe, ante el último comentario de su hermana y se le forma ese maldito hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Buenas noches, rubia. —Me lanza una última mirada, de esas que te desnudan sin tocarte—. No te olvides del pasaporte. Y se va, sin más. Como si no acabara de lanzar un misil directo a mi paz mental. Dejándome con el corazón golpeándose las costillas y la cabeza hecha un lío.

Veo como se cierra la puerta y oigo una risita malévola de Camila debajo de las sábanas. Yo me hundo un poco más en el colchón y siento el nerviosismo y la inquietud crecer en mis entrañas. Mañana me voy de viaje con Dominic Spencer. Actor famoso, capullo integral y mi esposo improvisado.

Y lo peor, lo verdaderamente jodido... es que está más guapo que nunca, con esa maldita sonrisa y esa seguridad de ser capaz de

fingir que me ama ante el mundo. Qué complicado es todo cuando el hombre al que deberías de odiar, sabe exactamente cómo provocarte mariposas y que tengas ganas de estrangularlo al mismo tiempo.

Estoy jodida y para colmo, lo sé.

Capítulo 11



Ocho mil seiscientas treinta y cinco millas, eso es lo que nos separa desde Los Ángeles a las Maldivas. Y el vuelo podría durar cerca de 26 horas, pero Tom consiguió dos billetes en un vuelo privado con pocas escalas, para pasajeros selectos.

Lo vi genial, porque claro, si iba a fingir una luna de miel mediática con una boda inesperada y la esposa más guapa del planeta, lo haces con todo lujo de detalles o no lo haces.

Así que, si los cálculos no me fallan, son muchas horas que voy a estar encerrado con Rose. No me ha dirigido la palabra está mañana más allá de un gruñido cuando llegamos al aeropuerto.

Me recuesto en el cómodo asiento mientras el avión empieza a rodar por la pista. Giro la cabeza para mirarla y ahí está. Recta en su asiento, como si en vez de estar cómoda, estuviera sentada encima de un cactus, mirando por la ventanilla y fingiendo que no existo.

—¿Vas a estar todo el viaje enfadada conmigo o es que te da miedo volar? —Le pregunto y niego para mí mismo al ver que no responde.

Es imposible, pero al menos veo como su mandíbula se tensa justo como esperaba. Bien, el hielo de su coraza de indiferencia se empieza a resquebrajar. Ella me mira de forma fugaz y aprovecho para lanzarle una sonrisa lenta, de esas que siempre funcionan en entrevistas. Aunque dudo que funcione con ella, probablemente solo aumente sus ganas de que quiera clavarme el tenedor en el muslo.

Al menos, cuando estuvimos en la puerta de mi casa no me lanzó la maleta por la cabeza. Solo abrazó a Camila, luego se despidió de mis padres fingiendo ser una esposa enamorada, y se

subió al coche de Tom como si fuera de camino a su propia ejecución.

Sé que no me soporta. No le gusto, pero también es lista y sabe que estoy jugándome mucho.

Una azafata se acerca a mí y me saca de mis pensamientos cuando me ofrece champagne, le pido dos copas y le acerco una a su mesa.

—El viaje será largo, Rose. Podríamos al menos fingir que no nos odiamos.

—Estoy fingiendo que no quiero lanzarte por la salida de emergencia. Creo que voy bastante bien. —Me dice por primera vez en el día y sonrío. Qué guapa está incluso enfadada.

—Sabía que este viaje iba a ser divertido —respondo, pero no dice nada más.

El avión sigue avanzando, veo como se abrocha el cinturón y se agarra a los reposabrazos del sillón. Y en ese momento, justo cuando el avión despegue, sucede lo impensable. Un niño pequeño, de unos tres años que va en el asiento de delante. Asoma su cabecita por encima de su sillón, la mira con cara de indisposición y vomita, pero no lo hace hacia su madre. No, nada de eso. El pequeño vacía hasta la primera papilla directamente sobre Rose. Ella se queda congelada, como una estatua de mármol, toda cubierta de papilla y con un olor muy desagradable.

La madre de la criatura se vuelve al instante y se disculpa horrorizada cuando ve a Rose bañada en vómitos. Creo que la mirada que ella le lanza, es lo que hace que la mujer deje de parlotear y disculparse, volviendo a mirar hacia delante en silencio. Yo intento no reír, lo intento de verdad, pero me sale un ruido que es una mezcla entre gracia, compasión... y un poquito de satisfacción.

—¿Estás... bien? —Le pregunto intentando sonar realmente afectado. Ella gira la cabeza muy, muy despacio y veo el fuego brillar en sus ojos azules, como un puto incendio capaz de arrasar un bosque entero.

—Dame algo para cambiarme. Lo que sea. —Me pide con urgencia y sonrío relajado.

—¿Necesitas una servilleta o un lanzallamas?

—Dame una jodida camiseta Spencer, o juro por Dios que me voy en bragas hasta las Maldivas.

Ella quiso facturar todo su equipaje, así que yo soy su única opción. Abro mi bolsa de mano y cojo una de mis camisetas blanca básica.

—He soñado muchas veces con verte con mi ropa, pero este escenario no estaba en mis fantasías. —Le confieso, con una mirada cargada de ilusión.

Ella me arranca la camiseta de la mano, se levanta sin decir nada y desaparece hacia el baño. Cuando vuelve, no hay rastro de vómito en ella, se ha debido de asear y mi camiseta le queda... bueno, bien no, lo siguiente. Está para hincarle el diente. Las mangas le llegan hasta los codos y el dobladillo apenas le tapa los muslos, en definitiva, es una jodida fantasía de cualquier hombre, ver a su chica así. «¿He dicho su chica?»

—No digas nada —Me advierte sacándome de mis pensamientos y volviéndose a abrochar su cinturón.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando.

—Sí, eso sí. Mucho.

Rose, me fulmina con la mirada y luego saca un libro de su bolso. Finge que lee y trata de crear un escudo *anticonversación*. Pero estoy aburrido la verdad, así que incordiar es mi mejor distracción hasta el momento. Me inclino un poco hacia ella y curioso invado su espacio.

—¿Qué lees? —Le pregunto incluso sabiendo que es una novela romántica.

—Es un manual sobre cómo asesinar a tu marido durante la luna de miel y que parezca un accidente.

—¿Incluye técnicas con cocos y pareos?

—Sí, capítulo tres. —Me dice sin parpadear.

—Qué sexy. A este ritmo, terminamos en la lista de crímenes de series de Netflix.

—Tranquilo, tú serás mi episodio favorito.

No puedo evitar sonreír. Rose clava sus ojos en el hoyuelo de mi cara de forma fugaz y enseguida vuelve a centrarse en mí con irritación. Y ahí está esa chispa, esa tensión entre ambos tan

inflamable como la gasolina. La adoro y me vuelve completamente loco.



Después de muchas películas, dos siestas y un intento fallido de conversación con mi esposa, finalmente aterrizamos y el karma decide continuar con su espectáculo. En la cinta de equipaje, todas las maletas aparecen. Menos una. La de Rose. Ella me mira como si yo tuviera la culpa de todas sus desgracias, como si acaso yo hubiera sobornado a la aerolínea para reírme un poco más de ella, haciendo crecer su enfado por segundos.

—No está. No está —repite—. *¡NO ESTÁ!* —Grita exasperada.

—Relájate bizcochito, quizá venga en el siguiente vuelo. —Le comento relajado recogiendo mi maleta de la cinta. Sigo llamándola pastelito, gatita y rubia solo porque sé cómo le molesta y a mí eso me encanta.

—¡Eso es dentro de dos días Dom! No tengo ropa, no tengo cepillo de dientes, ni crema solar, ni bragas limpias, ¡DOMINICO!

—Tranquila. —Le pongo una mano en la espalda con suavidad—. Solo significa que tendrás que usar unos días más mi ropa. —Le digo dándole un vistazo a lo sexy que está con ese vestido-camiseta.

—Me niego a pasar todo el viaje disfrazada de ti. —Se queja.

—Pero estás preciosa. —Le confieso, aunque ella no me cree.

Rose resopla y entonces sin pensar, la cojo de la mano y para mi sorpresa no se suelta. Tiro de ella por la terminal, hasta llegar a una tienda de ropa del aeropuerto. Es una especie de boutique para viajeros que tienen ganas de dejar aquí un riñón o para esposas desesperadas con ropa de hombre. Ella no dice nada, tan solo comienza a mirar en los percheros. Veo que mira las etiquetas para comprobar el precio, guarda silencio y finalmente agarra un par de camisetas, unos vaqueros, un paquete de bragas, un pareo, unas sandalias y un bikini. La dependienta comienza a pasar las prendas por caja y cuando Rose saca de su bolso la cartera para pagar, me adelanto y le doy mi tarjeta de débito a la dependienta.

—¡Eh! No tienes que pagar esto.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Le confieso.

Rose guarda silencio como si no esperara que fuera a tener este gesto con ella. Vale que sea un capullo y me gusta llevarla al límite, pero tampoco pretendo llevarla a la ruina. Sé que anda justa de dinero para pagar la universidad y que trabaja durante el curso en una cafetería del campus, no voy a dejar que se deje lo que cuesta su matrícula en cuatro prendas de ropa. Ella frunce los labios y toma la bolsa sin protestar. Mientras salimos de la tienda, me lanza una mirada.

—Gracias.

—Cuando no eres tan borde, estás más guapa.

—Y cuando no hablas... eres casi perfecto.

Sonrío y ella también, joder qué sonrisa. Nos miramos un segundo más de lo necesario y ahí está. Esa electricidad que nos envuelve en silencio con un deseo que está escondido bajo siete capas de sarcasmo y orgullo. A este ritmo, no sé si vamos a terminar la luna de miel vivos... pero definitivamente, no la vamos a olvidar.

Capítulo 12



Llegamos a las Maldivas, y todo lo que contemplo parece sacado de un vídeo turístico de esos que te aparecen en redes sociales y piensas que ojalá alguna vez visites ese lugar tan increíble.

Arena blanca, mar turquesa, cabañas de madera de lujo sobre el agua cristalina y una humedad que promete acabar hasta con el rímel más resistente del mercado. Y por si fuera poco, me he sentido ridícula con esta camiseta de Dom, caminando por todo el aeropuerto hasta que me ha comprado la ropa.

Dominic camina a mi lado con esas gafas de sol caras y esa sonrisa de «soy guapo y lo sé», que tanto odio. Saluda con un gesto casual a una pareja de individuos que claramente no son turistas, sino dos tipos con cámaras gigantes y miradas de sabuesos.

—Paparazzis —murmuro entre dientes y él asiente.

—Bienvenida a tu luna de miel pública —responde él, sin dejar de sonreír como si no acabara de confirmar que estamos en medio de un campo lleno de minas.

Nos dirigimos al resort mientras él saluda a todo el mundo con esa soltura de estrella de Hollywood, mientras que yo voy mirando el suelo e intento no tropezar con mis propias chanclas para que no me vayan a tomar una foto besando el suelo. Ya sería el colmo.

En recepción, nos recibe una mujer con una flor detrás de la oreja y una sonrisa tan brillante que me hace dudar de si está influenciada por sustancias ilegales.

—¡Bienvenidos al paraíso! Les informo que tienen contratado el paquete completo de pasión en el mar. —Nos dice, y yo ya empiezo a sudar, nerviosa y sin necesidad del clima tropical.

—¿Paquete... de qué? —Le pregunto, tratando de no hiperventilar.

—Todo está preparado para una experiencia inolvidable como recién casados. —Me informa con una sonrisa de pegatina—. Tenéis organizadas excursiones, talleres de bailes sensuales en la playa, sesión de fotos con trajes tradicionales de la zona, clases de yoga en tablas de paddle surf...

—Perfecto —interrumpe Dominic, con una sonrisa de encantado de la vida—. Fortalecer el vínculo conyugal es mi prioridad.

Yo lo fulmino con la mirada y él parece no inmutarse de mi disconformidad, porque me lanza una sonrisita de esas que podrían ser ilegales en algunos países. Apoya un codo en el mostrador como si estuviéramos comprando entradas para el cine y no fingiendo una relación frente a cámaras que parecen estar por todos lados. Finalmente, la recepcionista nos entrega unas pulseras doradas de acceso y la llave de nuestra villa.

—La habitación está ambientada para el romanticismo absoluto. —Nos comenta como si eso me fuese a tranquilizar lo más mínimo.

Y la verdad, es que la mujer no mentía...

Abro la puerta del dormitorio y me topo con una cama redonda en el centro, pétalos de rosa que forman un sendero hasta la cama, una ventana de cristal corredera que va de pared a pared y está abierta a una piscina infinita que se mezcla con el mar. Encima de la cama hay una bandeja con chocolates y lo más incómodo de todo... Es que en el techo hay un espejo.

—Oh, por favor... —susurro, queriendo morirme lentamente.

—Este sitio entiende la importancia del detalle —responde Dominic, llegando tras de mí y mirando todo con el entusiasmo de un niño en Disney.

—Una sola cama...

—Rubia, estamos casados. ¿Esperabas literas?

—Esperaba no tener que soportarte tanto tiempo.

—Pues se siente, porque me vas a tener que aguantar un montón.

Antes de que pueda responderle con lo que realmente pienso de toda esta pantomima, suena el teléfono de la habitación, veo cómo él responde y asiente un par de veces.

—En quince minutos comienza la primera actividad del paquete romántico. ¿Adivina cuál?

—No quiero. —Le digo queriendo dormir y despertar de esta pesadilla.

—Taller de baile sensual en la playa. —Me informa sonriente como si de verdad le hiciera ilusión.

—Pues ve tú —respondo tumbándome en la cama y viéndome reflejada en el techo.

Escucho unos pasos que se apresuran y captan mi atención. Me doy cuenta de que cerca de nuestra terraza, uno de los paparazzis se oculta detrás de un enorme macetero, como si fuera nuestra pesadilla personal. Camiseta hawaiana, cámara al cuello y sonrisa de «busco una exclusiva». Dom finge que no lo ha visto, se gira hacia mí y sonrío.

—Cariño, ¡vamos, no seas tímida! ¡Nos vendrá bien mover el cuerpo después del vuelo! —Me dice con efusividad y con la voz lo suficientemente alta para que le oigan. Lo mataría.

—Estoy cansada mi amor —miento, sonriendo falsamente enseñando los dientes.

—Vida mía —dice él, acercándose a la cama con una sonrisa tan maliciosa que me da ganas de gritar—. No es lo mismo sin ti. —Y sin previo aviso, me coge en brazos y me carga como un completo enamorado.

—Te voy a matar —susurro.

—Pues que sea a besos, rubia —responde con un guiño y una sonrisa radiante.

Quince minutos después, estoy de pie en la orilla de la playa, con una faldita ridícula de pareo que me han regalado en la recepción. Estamos junto a seis parejas más y un instructor local que se llama Kai, el cual tiene abdominales imposibles y desde que hemos llegado, se empeña en decirnos que nos va a enseñar a «bailar con el alma».

Comienza a sonar una música de instrumentos de percusión, y Dom, por supuesto, se mueve como si el alma ya le bailara sola. Yo en cambio, debo de parecer que me están dando calambres, el ritmo nunca ha sido lo mío e intento no pensar en lo sexy que se ve. Porque no lo es. ¿Verdad? No lo es. ¡Es Dominico! Mi odioso esposo. Estamos en mitad de un giro torpe cuando él da un mal paso y se desequilibra. No me suelta la mano y aunque intento aguantarlo...

—¡Dom! —grito, pero ya es tarde.

Cae de espaldas en la arena... y en el proceso, me arrastra con él. Termina encima de su pecho, con medio cuerpo lleno de arena y con la falda torcida.

—Genial —susurro—. Ahora sí que vas a salir en portada —mascullo cabreada.

—Si salgo contigo, vale la pena pastelito.

Lo miro con mala cara y él sonríe feliz, de nuevo me fijo en ese maldito hoyuelo y en su maldita forma de mirarme como si esto no fuera un teatro. Aunque por un segundo me olvido de lo ridículo que debemos de estar y de los paparazzis que estarán sacando fotos fuera de contexto. Sonríe. Nos quedamos quietos, arenados, con las risas de los otros compañeros participantes de fondo y la marea subiendo poco a poco.

Me pierdo en su mirada ébano y por un segundo... Tal vez, es apenas un instante, en que siento que su mano sujeta mi cintura con una suavidad que no esperaba. Su mirada sostiene la mía y todo el teatro, toda la mentira que nos abraza y el sarcasmo que siempre flota entre ambos... desaparece. Por un segundo, solo somos dos personas que no saben si están bailando, fingiendo una relación... o cayendo al vacío sin paracaídas.

—Disculpad... ¿Llegamos tarde?

Esa voz tan familiar, se clava en mi espalda como una daga. ¿Qué diablos hace aquí? El destino tenía un sentido del humor muy macabro. Entre miles de lugares en el mundo... habíamos coincidido aquí. No podía ser, no podía tener tanta mala suerte, pero sí.

Intento respirar, pero me tensa y al mirar ahí está. Matt, mi ex prometido con esa sonrisa suave, de chico bueno como si no me

hubiese roto el corazón hace apenas unos días. Como si no lo hubiese visto con Angy, mi ex amiga enredándose en su cuerpo. Angy va agarrada de su mano. Intenta sonreír, pero cuando me ve su expresión es la de alguien que acaba de meter el pie en un nido de serpientes y con razón.

—Rose... ¡Qué sorpresa! —Dice Matt aturdido.

Me levanto de encima de Dominic como si me hubiese caído sobre las brasas. Me sacudo la arena con dignidad, levanto la barbilla con orgullo y trago saliva para diluir el nudo de fuego que me oprime la garganta. Respiro hondo o al menos lo intento y pongo mi mejor sonrisa.

—Sí, una de esas sorpresas que apetece devolver. —Le digo con sarcasmo.

Matt parpadea y me sonrío tenso. Angy se queda un poco atrás, bajando la mirada y por un instante, pienso que tal vez le pesa la culpa; o tal vez solo le pesa el miedo a que le quiera sacar los ojos con una concha marina por haberme sido infiel antes de nuestra boda. Pero no merece la pena, ninguno de los dos. Así que mantengo mi sonrisa y agradezco sentir los brazos de Dominic rodearme por la cintura y atraerme hacia él, como si fuera mi escudo protector y antes de que pueda esquivarlo, me planta un beso cálido en la mejilla.

—Cariño, ¿va todo bien? —Me pregunta, con voz melosa y una mirada cargada de intención.

Teatro: nivel Óscar. Angy carraspea, incómoda y Matt se tensa.

—Vaya —dice Matt, tragando saliva—. No sabía que... pasarías vuestra luna de miel aquí, sobre todo después de esa boda tan... apresurada.

—Sí, fue todo muy rápido. —Sonrío, como si estuviera contando que compré un bolso de marca en oferta, no que estoy fingiendo un matrimonio con una estrella de televisión para sobrevivir al escándalo mediático—. Ya sabes... Cuando es amor, se nota.

—Y tanto que se nota —dice Dominic, apretándome un poco más—. Fue subirse a mi coche esa tarde y saber que no la iba a dejar escapar.

Lo miro sorprendida por sus palabras y él mantiene la compostura como un auténtico profesional en interpretación. «¡Qué cabrón irresistible!»

—No sabía que... tú y Angy... —Le lanzo una mirada a ella que parece querer que la tierra la trague—, bueno, que continuáis juntos.

—Lo nuestro también fue rápido —dice él, nervioso. Como si quisiera justificar lo injustificable.

—Claro. Algunos hombres tienen prisa cuando se trata de acostarse con las amigas de universidad de sus prometidas. —Le respondo con dulzura venenosa.

—Rose, yo no... —empieza a decir Angy incómoda.

—No te preocupes. —La interrumpo—. Lo importante es que ahora sois felices, ¿no? Total, lo nuestro llevaba meses hundido... aunque siempre pensé que las ratas eran las primeras en abandonar el barco.

A mi lado, Dominic suelta una risa contenida y por primera vez en días, siento que puedo respirar un poco mejor. Mirar a Matt y darme cuenta de que su traición fue, en realidad, una liberación... Me hace ver lo ciega que estaba. Si me hubiese casado con él, habría terminado sola, frustrada y con un anillo que no importaría nada. Un sin sentido.

Entonces Kai, el instructor de sonrisa luminosa y abdominales sacados de una campaña de ropa interior, se acerca con el entusiasmo de quien ha ignorado a propósito la tensión que podría derretir el suelo ahora mismo.

—¡Perfecto! Me encanta que ya os conozcáis. —Aplaude con las manos—. ¡Eso hará que la actividad de hoy sea todavía más divertida! ¡Vamos a bailar con vuestras parejas!

Intento retroceder, pero Dominic ya me ha cogido de la mano y me hace girar sobre mis talones para que quede de nuevo frente a él.

—¿Qué ha sido eso? —Le susurro, mientras nos colocamos de nuevo.

—¿Qué ha sido qué?

—Ese abrazo y ese beso en la mejilla. —Le comento entornando los ojos—. ¿Ahora también eres un gorila de espalda

plateada marcando territorio? —Le pregunto y él sonríe, encantado con mi comparación.

—Creí que siempre me verías como un mono capuchino. Al menos estoy evolucionando. —Me responde y no puedo evitar sonreír.

—Eres idiota.

—Y tú estás preciosa defendiéndote con amor propio.

—¡Cambio de parejas! —Kai aplaude para captar nuestra atención.

Lo que me faltaba. Siento la tensión recorrerme la espalda cuando Matt, aprovecha la ocasión y se coloca delante de mí. Me ofrece una mano y la tomo con cara de *póker*. Siento el calor de su piel en la palma de la mía y me dan ganas de soltarme como si fuera ácido que me quemase.

—Rose... —empieza a decirme con ese tono ligero de arrepentimiento que solía usar.

Y aprovecho que estamos en mitad de un giro y le doy un pisotón con toda la intención del mundo. Matt se queja, suelta un quejido ahogado mientras se agarra el pie y yo sonrío satisfecha.

—Ups —disculpa—. ¡Qué torpe soy! Deberías de recordarlo —susurro con fingida inocencia y una sonrisa de santa.

—¿Estás loca?

—Solo un poco. —Le lanzo un guiño—. Ya sabes, secuelas del trauma.

Dominic, mientras tanto, baila con Angy. La pobre parece tan cómoda como si estuviera compartiendo pista con un león hambriento. Sé que él le sonríe amable, pero solo por cortesía.

—¡Ey, ey! —Se acerca a nosotros Kai—. ¡A ver, ven conmigo, rubia peligrosa!

Kai me aleja de Matt con un movimiento suave pero firme, y antes de que pueda girarme de nuevo o soltar alguna barbaridad que arruine todo, me toma de la mano y me envuelve en el siguiente paso de la coreografía. Inhalo profundo, cuento los compases, y me dejo llevar por el ritmo del reguetón romántico que suena de fondo.

Desde la distancia, mis ojos se posan en Dominic. Él se mueve con su maldita elegancia natural, guiando a Angy con una

seguridad descarada, como si hubiera nacido para esto. Cada paso que da parece ensayado con días de antelación. ¿Por qué es bueno en todo? ¿Por qué se ve tan condenadamente bien haciendo algo tan ridículo?

Entonces, como si lo sintiera, gira la cabeza. Me busca en el mismo lugar donde me dejó... pero no me encuentra. Ve a Matt apoyado en un cocotero, con la expresión de quien acaba de morder un limón podrido y su mirada se oscurece un segundo. Me busca entre las parejas y cuando nuestras miradas tropiezan Dominic sonríe.

No una sonrisa cualquiera. No.

Una lenta, peligrosa y deliciosamente sexy, que me golpea directa en el estómago. Esa sonrisa que te dice «sé lo que estás pensando» y, peor aún, «vamos a darles un espectáculo». Y, joder, sonríó como una idiota. Como si me hubiera hipnotizado con su carisma.

Y es justo ahí, donde la fina línea de lo real y lo fingido comienza a desdibujarse, porque una parte de mí, una que me niego a aceptar... ya empieza a pensar que en todo esto, hay algo peligrosamente real.

Capítulo 13



El sonido de la ducha cesa y sé que es cuestión de tiempo que salga, pero yo no quiero mirar. En serio. Me lo repito una y otra vez, mientras llevo más de diez minutos preparada fingiendo mirar un catálogo de actividades que han dejado sobre la cama, sobre buceo, una excursión en *quads*, masajes en pareja... La puerta del cuarto de baño se abre y entonces lo veo.

Él aparece con una toalla blanca envuelta en la cintura y las gotas de agua resbalando por su torso desnudo. Dominic Spencer, irradia seguridad y sensualidad. Disfruta de estar provocándome, mientras se seca el pelo con otra toalla.

No voy a mentir, no sería honesto por mi parte, lo miro y se me seca la boca. Joder, lo vuelvo a mirar con el descaro de quién lleva en ayunas ocho meses que es el tiempo que hace que no tengo nada con... un hombre.

—¿Te gusta lo que ves, rubia? —Me pregunta con esa sonrisa de diversión sexy y pícara, que debería de odiar... pero en cambio me hace sentir algo que me confunde.

Entrecierro los ojos, disimulando lo mejor que puedo el rubor que me trepa por el cuello.

—Solo me preguntaba si eso es real... o es alguna de esas operaciones estéticas que los ricos os hacéis. —Levanto una ceja, tan digna como puedo.

Dom se queda quieto, no dice nada y parece... ¿sorprendido? Perfecto. Lo pillé desprevenido, luego sonrío con malicia y sé que solo he lanzado tablitas al fuego de su mirada. Maldita sea.

—¿Quieres tocar y así lo compruebas tú misma? —Me sugiere, con voz grave.

—Ni en tus mejores sueños —mascullo y él chasquea la lengua divertido.

Me doy la vuelta antes de que mi cerebro cometa un crimen hormonal y me impulse a acortar la distancia para meterle mano como si estuviera desesperada. Camino hasta el armario, fingiendo que busco algo de abrigo para la noche... Aunque todos sabemos que en este clima tropical eso es tan innecesario como un paraguas en el desierto, pero necesito distraerme. Necesito recordarme que soy una mujer fuerte, independiente e inmune a unos abdominales mojados y una sonrisa capaz de fundir glaciares.

Veinte minutos después, entramos juntos tomados de la mano al restaurante del resort. El ambiente parece sacado de una postal romántica, la iluminación tenue es relajante y hay velas flotando en cuencos de cristal en los centros de mesas como si fueran luciérnagas domesticadas. Sus llamas se mueven perezosas en un pequeño baile que produce la música suave de fondo pareciendo que estamos entrando en el Olimpo y que voy a encontrarme a Eros sirviendo vino.

La mayoría de las mesas están ocupadas, por parejas que disfrutan de su luna de miel. También hay celebridades que simplemente desconectan de la rutina en sus vacaciones y por supuesto veo al fondo a Matt y a Angy, como un recordatorio de que nada es perfecto.

Angy me ve primero, finge una sonrisa y se aferra al brazo de Matt como si fuera la enamorada perfecta. Él, se da cuenta del gesto, mira a su alrededor y cuando me ve, se tensa. Siento que mis pasos flaquean por un segundo, pero Dominic aprieta mi mano y me sostiene. No me dice nada y tampoco me mira, pero siento que es como si a través de ese pequeño gesto me dijera... *Tranquila, estoy aquí.* Y eso... eso me calma.

—¿Cena romántica? —Me pregunta una chica del staff con demasiada energía, que para ser las nueve de la noche, yo a esta hora ya estoy agotada—. ¿O van a ir primero al concurso de parejas?

—¿Concurso? —Le pregunto como si me estuviera tomando el pelo.

—¡Sí! Un juegoito. Se llama: sin manos y con cocos. Les aseguro que es muy divertido. —Nos dice con entusiasmo—. Pueden aprovechar la ocasión y luego el restaurante estará más tranquilo.

—Claro, suena muy bien. —Le comenta Dom—. ¿Y en qué consiste?

—Las parejas tienen que pasarse el coco desde el vientre hasta la cabeza y encestarlo en la cesta sin que se caiga. La pareja ganadora, se lleva un masaje y baño de chocolate.

Dominic me mira como un niño al que le acaban de ofrecer una consola nueva.

—Cuenta con nosotros —dice Dominic sin consultarme, antes de tirar de mí en dirección contraria al restaurante—. Vamos, pastelito.

—Ni loca —respondo, clavando los talones como si eso fuera a frenarlo.

—Rubia... hay prensa, paparazzis, y tu ex pululando como un tiburón herido. —Me lanza una mirada significativa.

—Uff... Está bien, joder. —Me quejo y él sonrío.

—Esa boquita tuya... Voy a tener que lavártela con jabón.

—Inténtalo si eres capaz.

—Me estás provocando, cariño. —Me dice en plan socarrón.

—No, Dominic. Te estoy avisando de que podrías arrepentirte de esto.

—Tss... pareces nueva, gatita. Yo nunca me arrepiento de nada... al menos, no si es contigo.

Cinco minutos después, estoy de pie en una tarima de madera, rodeada de dos parejas más que parecen muy felices e incluso llevan camisetas a juego. Frente a nosotros, el resto de los huéspedes del resort nos observa como si fuéramos los protagonistas de su entretenimiento nocturno y en cierto modo... lo somos.

—¡Y ahora, con ustedes... la pareja número tres! ¡Dominic y Rose! —Anuncia, haciendo un gesto teatral mientras coloca un coco justo en mi ombligo, frente al torso de Dominic.

Aplausos, silbidos y risas que hacen que mi dignidad huya por la playa, y mi mente grite que se niega a ser cómplice de esto.

—¿Lista? —Me susurra Dominic al oído y su voz acaricia mi cuello como una promesa peligrosa.

—Voy a matarte. —Le murmuro entre dientes, mientras le muestro una sonrisa tan tensa como la cuerda de un violín.

—Que sea a besos, rubia —responde con una sonrisa tan descarada que me dan ganas de lanzarle el coco a la cabeza.

Comienza a sonar la música tropical y el juego empieza. Dominic se pega a mí como si su vida dependiera de ello, sujetando el coco entre ambos cuerpos con una habilidad vergonzosamente natural. Lo elevamos centímetro a centímetro, rozando piel con piel, con mi cara a milímetros de su pecho y su aliento acariciando mi cabello.

—Deja de sonreír así. —Le gruño, entre concentrada y sofocada.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras disfrutando esto —mascullo.

—Es que lo estoy disfrutando. —Me responde con total descaro.

El coco se resbala un poco, pero no se cae porque Dom lo sostiene con su pecho y ahogo una carcajada nerviosa. Cada vez que resbala o se atora entre nosotros, terminamos chocando, girando y moviéndonos como si estuviéramos sintiendo una descarga eléctrica.

El coco llega a nuestros pechos e intento atraparlo con mis tetas. Él se echa hacia atrás y lo sostiene con su pecho. Nuestros cuerpos están tan pegados que siento cada respiración suya.

—No te rías —susurro.

—Y tú no te muevas tanto —contesta, y sus labios casi rozan los míos por pura proximidad.

—Esto debería ser ilegal —murmuro y veo el brillo en su mirada.

—Estoy de acuerdo. —Me responde con voz grave.

Nuestras barrigas se tocan y el coco está a la altura de nuestras gargantas.

—Vale, casi estamos. —Le digo agachándome con cuidado, tocando el coco con mi boca y subiéndolo por su cuello hasta su boca.

Dom sonríe con malicia y hace un movimiento a propósito que hace que el coco caiga a nuestros pies.

—  Oh!  Eliminados! —Grita el animador.

— Qu  pena! —Añade Dom con una sonrisa despreocupada y entonces me sujeta por la cintura, para que no me aparte de él y me besa.

Es un beso rápido, inesperado y furtivo. La gente aplaude feliz, y él me toma de la mano para ayudarme a bajar del escenario. Trago saliva, e intento procesar lo que acaba de pasar, pero lo único que sí es que durante ese instante olvid  cómo respirar.

Cuando nos apartamos del foco de atención, me sonríe de esa forma tan desenfadada que me desarma y a la vez me hace reaccionar.

— Qu ... ha sido eso? —Le pregunto casi sin aire.

—He improvisado, por si acaso había algún paparazzi cerca.

—No había ninguno, lo has hecho porque te ha dado la gana.

—Me quejo y él sonríe relajado.

—Puede ser. —Me susurra, mientras se encoge de hombros y sus dedos siguen a mi mano—. Pero creo que tampoco te ha disgustado tanto.

Maldita sea, eso es lo peor de todo, no me ha disgustado nada. La música sigue, las otras dos parejas siguen concursando, mientras la gente se ríe. Y en medio de todo ese caos, me encuentro intentando no sentir que me arden los labios.

Matt nos observa desde una mesa, con el ceño fruncido. No s  el tiempo que lleva ahí, pero por su expresión deduzco que nos ha visto besarnos y sonrío satisfecha por ello.

—Nosotros vamos a participar también —dice Matt, con voz lo suficientemente alta cuando pasamos por su lado.

—No creo que sea buena idea Matt. —Le dice Angy, sin moverse de su asiento.

—Claro que s , cariño. Vamos a hacerlo mejor que estos dos —añade él, mirando directamente a Dominic con arrogancia.

Dom le sostiene la mirada y aunque parece que est  a punto de saltar a su yugular, hace algo inesperado para mí. Me abraza por la cintura y tira de mí sin decir ni una sola palabra, sacándome del bar.

—¿A dónde vamos? —Le pregunto, caminando apresurada para aguantar su ritmo.

—A cenar —responde, sin mirar atrás—. No voy a quedarme a ver a ese imbécil regodearse, queriendo hacernos creer lo bien que está sin ti.

—Gracias —respondo, sonriendo. No sé si por lo que dice... o por cómo lo dice y añadido con sinceridad—. Pero no me importa.

—Claro, porque estás en negación. —Me dice frenando en seco y mirándome con el ceño ligeramente fruncido.

—No. Soy realista, Dominic. Tengo clarísimo que no era feliz con él y ahora me siento mejor —confieso.

—Claro, porque ahora estás conmigo. —Me dice con soberbia y arrogancia.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar que una risa traicionera se me escape.

—Solo me siento cansada de fingir —susurro bajito—. De tener que actuar todo el tiempo y eso que es el primer día aquí.

—Pues haz como yo... —Me sugiere dando un paso más cerca.

—¿Qué? ¿Convertirme en actriz? —Le pregunto con sarcasmo y él niega con calma, mientras clava sus ojos negros en los míos.

—Sé tú de verdad, sin fingir.

Esas dos últimas palabras se cuelan por una rendija que no sabía que tenía abierta. Trago saliva, incapaz de responder de inmediato. Dominic siempre ha tenido esa forma de decir las cosas, directa, sin anestesia, como si no le pesara el riesgo de romper algo en el proceso.

Lo peor es que lo dice con calma. Con esa tranquilidad suya que desarma. Como si no supiera lo peligroso que sería eso para mí. Porque si dejo de fingir... tendría que admitir que su mano en la mía ya no me incomoda, que su beso en el escenario me gustó demasiado. Que su forma de provocarme empieza a gustarme aún más y que no tengo ni la más mínima idea de cómo protegerme de eso.

Guardo silencio, esperando que el nudo en mi garganta se deshaga por sí solo. Él me observa un segundo más, como si

estuviera a punto de decir algo, pero no lo hace. Solo niega levemente, como si supiera que no es el momento y se gira para abrir la puerta del restaurante.

—Vamos. Te prometo que dentro no hay más juegos de cocos —comenta con una sonrisa traviesa, de nuevo escondido bajo su máscara de rompecorazones encantador.

—Me muero de hambre —miento. Porque la verdad es que tengo el estómago hecho un nudo y el corazón en plena estampida. Entramos en ese oasis de luz cálida, música suave y mesas vestidas con elegancia, rodeados de parejas que parecen vivir felices. Su mano está entrelazada con la mía y su pulgar se mueve apenas en una caricia sobre mi piel, como si lo hiciera sin pensar y ese sencillo gesto hace que algo dentro de mí tiemble.

Respiro hondo, alzo la barbilla y sonrío cuando veo un par de paparazzis tomarnos fotos mientras camino a su lado. Pero mientras finjo ser la esposa perfecta, una voz en mi mente me grita una sola verdad... Todo es mentira.

Capítulo 14



La cena se alarga más de lo esperado y es por ella, Rose. Ella es la culpable con su risa y su manera de levantar las cejas, sorprendida cada vez que alguien del resort nos pregunta cómo nos conocimos. Me divierte ver cómo improvisa historias con más drama que una telenovela venezolana. La veo que por primera vez desde que llegamos está disfrutando y joder, yo también.

Me sorprende cada vez más, pensaba que pasar esta luna de miel falsa iba a ser una auténtica tortura, un castigo autoimpuesto por el bien de mi imagen y mi carrera, pero me equivocaba. Rose tiene una manera de complicarme todo y a la vez hacer que me encante. Creo que estoy loco por ella.

La observo mientras charla con una pareja de recién casados de Texas, tan natural, tan encantadora, que podría venderles hielo a los esquimales. Les miente y les cuenta sin pestañear, que nos conocimos en una biblioteca peleando por el último ejemplar de *Orgullo y prejuicio*. Y lo peor es que se lo creen.

No entiendo cómo logra hacerlo sonar tan convincente. Supongo que tiene algo que ver con la forma en que se ríe después. Esa risa suya... joder, esa risa podría convencer al mismísimo diablo de que se quite los cuernos, se ponga una camisa guayabera y reserve una suite con vistas al mar en este paraíso.

Y yo, como un idiota, me quedo mirándola fascinado. Cómo si estuviera viendo algo único y precioso, sabiendo que no me pertenece... pero no puedo apartar la vista.

Cuando por fin volvemos a la habitación, ya es bien entrada la madrugada y el calor pegajoso del trópico se cuela por cada poro de

la piel. Me quito los zapatos nada más entrar y me lanzo en la cama redonda con un suspiro exasperado, estoy agotado.

—¡Dios! La cama gira y no estoy borracho. —Le aseguro porque la cama gira sobre sí misma.

Rose se queda de pie en la entrada del dormitorio con los brazos cruzados y ese gesto en la boca que me dice que está reprimiendo una sonrisa.

—No te emociones tanto, que no vamos a usarla.

—Una pena... —Le lanzo un guiño y ella suelta un bufido, mientras se gira sobre sus talones y se marcha.

Se encierra en el baño, no sé el tiempo que se toma y lucho por no quedarme dormido hasta verla de vuelta a mi lado. Cuando sale, lleva esa maldita camiseta que le presté en el avión y ahora me doy cuenta de que no le cubre demasiado. Trago saliva. Guardo silencio y me cuesta trabajo no mirarla. Es más, no pienso dejar de hacerlo porque está buenísima. Si fuera un santo, estaría en un altar y no en una jodida cama que se mueve e incita a pecar.

Ella me ignora y se mete en la cama con movimientos rápidos. Veo cómo se tensa cuando toca el colchón y sonrío al pensar que tal vez no le soy tan indiferente.

—Escúchame bien, Dominic. —Se gira hacia mí mientras se arropa hasta el cuello, como si eso la hiciera invisible a mis ojos—. Puedes ocupar tu mitad de la cama e incluso roncar si te hace feliz, pero no se te ocurra cruzar la línea. —Me advierte muy seria.

—¿Qué línea? No veo ninguna, y te recuerdo que esto es una cama redonda.

—Imagínala y no la cruces. —Me advierte—. Si intentas algo, te juro que te clavo el codo donde más te duele. —Intenta intimidarme, pero no lo consigue.

—¿Dónde? ¿En el ego o en las pelotas? —Le pregunto divertido solo para fastidiarla un poco más.

—Eres imposible —masculla.

Se da la vuelta enfadada y me da la espalda. Sonrío, mientras sigo tumbado boca arriba mirando nuestro reflejo en el espejo del techo. Ella parece olvidar que la puedo ver desde aquí, extendiendo mi mano

para apagar la luz y en la penumbra de la noche escucho su respiración agitada que va relajándose poco a poco.

Yo no consigo dormir, es imposible sintiendo su cuerpo tan cerca del mío y su aroma dulce a crema de coco envolviéndome. Es una maldita tentación. No logro relajarme, no al saber que con solo estirar mi brazo podría tocarla y quizás, solo quizás, ella no se apartaría de inmediato.

Mis pensamientos dan vueltas, como la cama bajo nosotros. Alargo la mano hasta el botón en el cabecero y la detengo, anclándola al suelo, esperando que eso también calme lo que siento.

A mi mente regresa el sonido de su risa en la cena y el rubor que le subió a las mejillas cuando le robé aquel beso en el juego del coco. Fue breve, apenas un roce... pero cuando nuestras miradas se cruzaron justo después, sé que no estábamos fingiendo y ambos lo sentimos.

—Dom... —susurra.

—¿Mmm?

—Gracias. Por lo de esta noche. —Hace una pausa, como si aún dudara si decir lo siguiente—. Por sacarme del salón antes de tener que ver a Matt y a Angy con el coco.

—Matt es un idiota. —Le digo sin pensarlo.

Ella se ríe bajito ante mi comentario, esa risa suya que me jode y me salva al mismo tiempo.

—Aun así... gracias —repite.

Sonrío en la oscuridad, con esa sonrisa tonta que se me escapa cuando está cerca, aunque no me esté mirando. Sé que está agotada y no puede dormir.

—Rose... —La llamo al cabo de un rato y mi voz es apenas un susurro entre las sábanas.

—¿Qué?

—No estoy fingiendo tanto como crees.

Me quedo quieto, saboreando el instante, con su respiración pausada a mi lado y su cuerpo a unos centímetros del mío, junto al eco de su silencio retumbando en mi pecho. Ella no contesta, sé que no lo va hacer, pero necesitaba decirle la verdad y me basta saber que la ha oído.

Capítulo 15



¿Quién demonios dijo que los viajes románticos eran relajantes?

Miro el reloj, son apenas las ocho y media de la mañana y Rose ya ha conseguido meterse en el baño para maquillarse “un poco”, lo que en su idioma significa salir veinte minutos después oliendo a flores exóticas solo para volverme loco. No me quejo, me gusta olerla y verla preciosa, pero aún no he asimilado que estamos en mitad del océano Índico, en un resort de lujo, fingiendo estar enamorados.

Y lo peor de todo, cada vez me resulta más difícil distinguir qué parte de esto es mentira y qué está empezando a ser jodidamente real.

Nos traen el desayuno a la habitación. Ella pide frutas y yo tostadas con huevos revueltos. Rose se limpia la comisura de los labios con una servilleta sin saber que eso hace que mi cuerpo se tense y para colmo se pasea en bikini mientras prepara el bolso para la próxima excursión, intento distraerme pensando en otra cosa. Llevo mi pensamiento a ballenas y a un inocente pony. Lo que sea que me ayude a no mirarla porque quiero comérmela a besos, tumbarla sobre la mesa y perderme en cada curva de su cuerpo.

—¿Listo para bucear querido? —Me pregunta con un tono falso y sonrío.

—Siempre, querida esposa —respondo meloso.

Me dedica una de esas miradas que deberían intimidarme, pero no lo consigue y salimos para ir a la recepción del hotel, donde el grupo nos espera.

Navegamos en un barco privado, que nos lleva mar adentro. El sol calienta demasiado y me quito la camiseta, en un intento de

soportar un poco mejor el calor.

No soy el único que no ha dormido poco, porque todos tienen cara de... «este viaje es increíble, pero necesito dormir». Me río solo, viendo que todo el conjunto es un maratón de experiencias por la obsesión de aprovechar hasta el último segundo del viaje.

Rose está sentada frente a mí con el pelo suelto y húmedo por el salitre del mar. Miro la copa vacía que tengo en mis manos y casi sin pensar, cojo la flor de decoración que me pusieron en la copa y trato de colocársela detrás de la oreja.

—¿Qué haces? —Me pregunta, sorprendida.

—Poniéndote guapa. —Me encojo de hombros—. Aunque ya lo estás, así que no cambia mucho.

Sé que me odia cuando hago algo inesperado. Lo sé y lo noto en cómo entrecierra los ojos, pero no se la quita y eso me gusta.

Cuando el patrón del barco ve adecuado apaga el motor, mientras que un par de monitores, nos dan las máscaras de buceo, las bombonas de oxígeno y las aletas. Además, nos explican cómo debemos hacer la inmersión.

Lo hacemos en parejas, Rose y yo nos sentamos de espaldas al mar, le cojo la mano y caemos al agua. Buceamos y vemos peces de colores, corales que parecen salidos de otro planeta y un jodido universo bajo el mar.

Para mí es la mañana más relajada que he tenido en mucho tiempo y la más feliz que he tenido en meses y todo, porque ella está a mi lado.

No pienso en el trabajo, ni en la serie, ni en Tom. Ni siquiera en Matt, que está a un par de metros con Angy, en plan «profesor caído en desgracia con su alumna amante». Lo observo a veces, no voy a negarlo y sé que Rose también lo ha hecho, pero al menos él hoy no se ha acercado a ella. No sé como hemos tenido la mala suerte de coincidir con él. No podía creer que habíamos coincidido como un capricho del destino con ese imbécil que le había hecho daño a mi Rose.

Una vez dentro del agua, me fijo en mi chica, en cómo mira maravillada los peces y cada pequeño detalle que nos envuelve. Y yo... yo la miro a ella. Me distraigo en observar sus curvas y pienso

en cómo sería pasar mi lengua por su piel para saborearla. Recordando el lunar que tiene en la cadera y que volví a ver de refilón cuando se quitó la camiseta.

Y entonces cuando terminamos la excursión, el karma me castiga por baboso, porque vuelvo al resort como una gamba cocida. Noto la espalda ardiendo y me duele hasta respirar.

—¿En serio que no te pusiste protector solar? —Me riñe Rose, mirándome como si fuera un crío de siete años mientras abre la puerta de nuestra villa.

—Pensé que el sol no estaba tan fuerte.

—Pues parece que decidió demostrarte lo contrario y te ha asado como en una barbacoa.

Dice algo más que no logro oír y veo cómo me prepara una toalla fría, me limpia con cuidado la sal y me aplica crema de aloe vera en las quemaduras. Me quejo y ella me lanza una mirada de advertencia.

—No te muevas, Dominico o te lo pongo con una espátula de cocina.

—Serías capaz, ¿verdad? Así me torturarías un poco más.

—Eres un quejica, no te muevas.

No lo hago y ella sigue untándome la crema con paciencia. Siento alivio y también veo que hay algo íntimo en todo esto. Algo que no tiene nada que ver con el acuerdo, ni la farsa, ni los paparazzis... Es ella, conmigo, cuidándome sin público, sin drama y sin preguntas.

No quiero, estoy agotado. No quiero ir a la siguiente actividad que es yoga, en tablas de paddle surf. Le pregunto si le apetece, pero Rose niega y agradece no ir. Pasamos la tarde en la habitación, yo poniendo al día mis redes sociales y ella recibe su maleta extraviada. La abre como una niña abriendo regalos el día de reyes y la veo probarse un conjunto detrás de otro. También la oigo hablar por teléfono con Camila. Luego se da un baño en la piscina, me pongo duro solo de verla y se me seca la garganta al observar cómo se tumba en la hamaca de la terraza para seguir leyendo en su *Kindle*. Cuando el sol se pone, le sugiero cenar aquí en intimidad y ella acepta sonriente por no tener que bajar y seguir fingiendo. Así que pedimos que nos traigan la cena a nuestra villa.

Es relajante echar el freno dentro de estas cuatro paredes y poder ser nosotros mismos. Cenamos pizza y té helado. Estamos agotados, pero aún así, necesito más de ella.

—¿Jugamos a verdad o atrevimiento? —Le propongo y Rose me mira como si acabara de invitarla a asaltar un banco.

—¿Qué somos, adolescentes?

—Bueno, tú tienes veintidós años y yo veintisiete, aunque me duela la espalda como un señor de setenta... Aun así, me siento joven. ¿Jugamos?

—Vale —responde finalmente, y coge una botella del mini bar para servir un par de chupitos—. Empieza tú.

—¿Verdad o atrevimiento? —Le pregunto mirándola a los ojos.

—Verdad.

—¿Cuándo fue la última vez que pensaste en besarme? —Le pregunto y veo cómo traga saliva, mira el vaso y luego me mira a mí.

—Paso —dice y se bebe el chupito.

—No vale, así no va el juego.

—Claro que vale. —Me asegura y sonrío porque solo ella es capaz de hacer lo que le dé la gana conmigo—. Es mi turno.

—De acuerdo, rubia mandona.

—¿Verdad o atrevimiento? —Me pregunta con una sonrisa ladeada, esa que me dice que está tramando algo.

—Verdad —respondo, recostándome en el sillón sin apartar la mirada de ella.

—¿Alguna vez has pensado en mí... de forma no tan inocente? —Me pregunta como si nada, mientras gira el vaso entre sus dedos.

—Define, no tan inocente —comento con una ceja alzada y la muy pilla sonrío.

—Ya sabes —dice y se humedece el labio inferior—. Desnuda, en tu cama y sudando.

Esa jodida imagen me golpea como un tren. Hace que mi cuerpo reaccione y mi corazón se acelere. Me aclaro la garganta, respiro e intento parecer relajado.

—¿Quieres la verdad? —Le pregunto, intentando no comérmela con los ojos.

—Claro, así es el juego, ¿no? —Añade risueña.

Me incorporo un poco, acercándome lo suficiente como para invadir su espacio, buscando provocarla, ver si retrocede... pero no lo hace. No parpadea. Se queda ahí, con la espalda recta y la barbilla alta. Tan jodidamente descarada.

—Sí —digo por fin—. Más veces de las que quiero admitir.

Su expresión cambia. Ya no está jugando. Sus ojos, grandes de zafiro, se abren un poco más, brillan como si acabara de descubrir algo que no esperaba. Ya no hay burla en su mirada... tan solo pura sorpresa. Le mantengo la mirada y sé que no hay vuelta atrás. No pienso retroceder.

—¿Verdad o atrevimiento? —Le pregunto sabiendo que llega su turno.

—Verdad —responde, sin pensar.

—A veces, cuando me miras como ahora... me confundes y no sé si sigues fingiendo... ¿O de verdad me deseas?
Ella no baja la mirada. Aprieta los labios por un segundo, como si sopesara cuánto decir, cuánto dejarme ver... Y entonces, responde con una sonrisa coqueta y ladea la cabeza.

—Solo finjo, ¿a qué se me da bien? —Me responde y una carcajada rota se escapa de mi garganta. Joder, sé que miente—. Si sigo fingiendo así, puedo ser la coprotagonista en tu próxima serie —añade, cruzando las piernas con aire provocador.

Bebo el chupito, sin apartar los ojos de ella y sonrío sabiendo que estoy perdiendo el juego. Ella parece darse cuenta de que juega con ventaja y entrecierra los ojos divertida, como si realmente analizara si sus palabras han calado en mi interior.

—¿Verdad o atrevimiento? —Rompe el silencio con una sonrisa peligrosa.

—Atrevimiento

—Acuéstate en la cama. Boca abajo. —Me ordena y me levanto para hacerle caso—. Te voy a poner más crema.

—Eres una sádica.

—Y tú estás rojo como una langosta, calla.

Obedezco, con un gruñido teatral. Noto sus dedos que extienden con cuidado la crema y siento el frescor en la piel que arde y se me eriza al sentir su tacto lento y delicado. Una tortura que se siente bastante bien.

—Listo —dice en un susurro.

Me giro hacia ella despacio y la encuentro ya de espaldas evitando mirarme.

—Se acabó el juego. Estoy agotada y voy a dormir. —Me comenta—. Y ni se te ocurra cruzar esa línea imaginaria en medio de la cama.

—¿Y si tengo una pesadilla?

—Gritas —contesta, acostándose de espaldas a mí.

—¿Y si necesito agua?

—Te levantas.

—¿Y si necesito abrazarte?

Mi pregunta le pilla desprevenida y sonrío al ver que se queda callada. Porque es la única persona que me hace sentir tranquilo últimamente. Me quedo mirándola, ella guarda silencio y no se gira, pero sé que lo ha oído.

—Si alguna vez me abrazas, solo te pido que sea de verdad.

Sonrío, joder. Eso me basta, aunque sea por ahora. Su respiración se vuelve más suave, hasta que se queda dormida. Me quedo boca abajo mirándola, con el corazón acelerado y pensando en esa línea imaginaria que ella me recuerda que no debemos cruzar... porque tal vez no sea tan infranqueable como ella asegura.

Capítulo 16



—Joder... —gime Dominic, con la voz ronca recién despertado —. Creo que me han arrancado la piel con una lija.

Abro un ojo y lo encuentro tumbado boca abajo, con las sábanas enredadas en las piernas y la espalda completamente al aire. Sigue roja, demasiado roja.

—Te dije que si te dolía a media noche intentases ponerte crema como pudieras.

—Me dijiste muchas cosas, pero no recuerdo ese consejo. — Se queja.

—También dijiste que no ibas a ocupar toda la cama y mírate.

—Estoy a medio metro de la línea invisible —exagera—. No me he movido, tú invades mi espacio.

—Dominic... —suspiro, porque no quiero empezar el día discutiendo.

—¿Sí, rubia?

—Sí seguimos discutiendo, llegaremos tarde al desayuno. Dúchate y te pongo un poco de crema antes de salir.

—Gracias —murmura como si mi cambio de conversación lo pillara desprevenido.

Se levanta, y me quedo embobada mirándolo, con su bóxer puesto. Es demasiado sexy. Aparto la vista y me obligo a no mirarle demasiado. Fingir que no me afecta su presencia, ni dormir a centímetros de su cuerpo caliente, con su voz grave desequilibrando mi sentido común. Debería de ser considerado un ejercicio de autocontrol a nivel olímpico.

Creo que ninguno de los dos habíamos leído las actividades que nos esperaban por la mañana. Porque pude ver la sorpresa en

su mirada cuando el monitor nos informó que la actividad del día era un juego llamado: «*Desafío de supervivencia en pareja*». Que suena a prueba de un *reality* barato. El juego consiste en que nos llevan de excursión a una zona apartada del resort. Una zona rodeada de vegetación y selva, en la que encontraremos obstáculos pensados para fortalecer el vínculo conyugal, justo lo que no tenemos. Pensaba negarme, juro que lo intenté... pero solo fue ver a Matt cogido de la mano de Angy, que mi mente colapsó y decidió que era una buena idea.

—¿Preparada para ser rescatada por tu valiente esposo? —Me pregunta Dom, abrochándose el chaleco como si fuera Indiana Jones.

—Preparada para patearte el culo si intentas darme órdenes. No puedo evitar fijarme en Angy, que lleva el pelo recogido en dos trenzas de boxeadora, como si estuviera a punto de subirse al ring. Y él... él se remanga las mangas de su camisa como si eso fuera a convertirlo en alguien más rudo o intimidante. Sonríó al pensar que solo parecen dos aspirantes a una película de acción de bajo presupuesto.

Dominic me mira de reojo, para ver si me afecta su presencia y yo finjo que estoy distraída en mis pensamientos. Disimulando que no me doy cuenta de como Matt la abraza por la cintura y la atrae hacia él.

El monitor nos informa que deberemos atarnos nuestras muñecas con la de nuestra pareja para comenzar las pruebas.

—¿En serio? —murmuro, mirando a Dominic.

—¿Te da miedo quedarte atada a mí? —Me pregunta él, arqueando una ceja.

—Me da miedo que aproveches para tirarte pedos cerca de mí.

—Rose, por favor. Soy un caballero.

—Un caballero que ronca como un tractor y duerme en diagonal. —Me quejo y él sonríe con picardía.

El monitor se acerca a nosotros y ata mi muñeca con la suya. Cuando todas las parejas están listas, toca el silbato y nos indica que empieza el juego.

La primera prueba, es sencilla. Trata de buscar objetos escondidos entre las palmeras. La segunda, debemos cruzar un mini puente colgante que es muy estrecho de forma lateral sin perder el equilibrio y caernos. Pasamos las dos primeras pruebas mejor de lo que esperaba, pero la tercera, se trata de construir en media hora un refugio. Parece fácil, el problema es que estamos atados y no podemos ir cada uno por su lado.

—Ese palo es demasiado corto. —Me quejo.

—Como tu paciencia.

—¿Puedes dejar de pisarme?

—¿Puedes dejar de mandar?

Pero a pesar de nuestras diferencias, construimos un refugio improvisado bastante decente. No somos el equipo perfecto, pero lo conseguimos. Y entonces, en mitad del juego mientras estamos colocando la lona final, escucho una voz que me desconcentra.

—¿No crees que están construyendo su refugio demasiado cerca de nosotros? —Le pregunta Angy que nos mira molesta.

—Están donde el monitor les ha dicho Angy —responde Matt que no aparta su mirada azul de mí y me sonrío.

—¿Quieres que les diga algo? —Susurra Dom, sacándome de mis pensamientos cuando se inclina hacia mí.

—No. No vale la pena.

—Joder, solo quieren provocarnos.

—Tienes que ignorarlos. Si haces una escena, ellos ganan.

Él se calla, sabe que llevo razón, pero su mandíbula está tan tensa que casi escucho cómo crujen sus dientes. Terminamos la prueba unos segundos antes que ellos.

El monitor nos nombra vencedores de las tres pruebas y sonrío feliz, pero cuando miro a Dom, veo que a él todo parece no importarle nada y sí me mira con una intensidad que me desarma.

Ya sin la cuerda atada, caminamos hambrientos hacia el buffet improvisado que han montado con frutas tropicales y cócteles de colores, pero Dominic sigue sin decir una palabra.

—¿Qué te pasa? —Le pregunto, harta del silencio.

—Nada. —No me lo creo.

—No Dominic. ¿Qué pasa? —Insisto agarrándolo del codo y obligándolo a que me mire.

—Me molesta cómo te mira ese capullo.

—¿Matt? —Le pregunto sorprendida y él asiente.

—Y me molesta más que finjas que no te importa.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué le tire una piña a la cara?

—Quiero que seas honesta conmigo, Rose. —Me dice serio.

—¿Sobre qué?

—Si todavía sientes algo por él —masculla y mira a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie nos oye.

—Cuando lo miro, creo que siento decepción, pero no es amor. —Le confieso.

—¿Y por mí? ¿Qué sientes?

—No me pongas en esa posición.

—¿Por qué no?

—Porque esto es una farsa, Dominic. Nada es real —susurro.

—¿Tú sientes que no es real?

Sé que mis palabras le duelen, pero ese era el trato. Debía de ser así, solo era un trámite burocrático por el bien de nuestras carreras profesionales. Dom espera a que le diga la verdad y ni yo misma la sé, o al menos no soy capaz de decirlo en voz alta.

—Mírame —Me pide él, bajando un poco la voz y lo miro—. No soy tan bueno fingiendo, Rose.

Y yo tampoco, pero antes de poder decírselo veo que Matt se acerca y guardo silencio por temor a que nos descubra.

—Buen trabajo en la prueba. —Nos dice, con esa sonrisa de manual que siempre parece tener ensayada.

—Gracias —respondo, seca.

—Angy no quería venir, pero le dije que sería divertido —añade ignorando a Dom que lo asesina con la mirada.

—Qué bien que seas tan persuasivo. —Ironizo con una sonrisa vacía.

—¿Rose, podemos hablar? —Me pregunta esperanzado.

Y antes de que pueda contestar, Dominic se adelanta dando un paso al frente y se interpone entre los dos.

—No puede. Vamos a comer. —Ladra y me agarra de la mano, para alejarme de él, sin darme opción a replicar. No es hasta que estamos lo suficientemente lejos de Matt y del grupo que me suelto de su agarre y lo miro molesta.

—No tenías que hacer eso —susurro.

—Sí, tenía que hacerlo —masculla.

—Puedo tomar decisiones por mí sola. —Le aseguro molesta, cruzándome de brazos.

—Lo sé —asiente, pero su voz baja un tono—. Y también sé que ese capullo solo quiere confundirte.

—Tengo las ideas claras. —Le aseguro.

Él niega despacio, como si no pudiera creérselo, como si leyera algo distinto en mi rostro. Entonces me mira, con esa intensidad suya que me desarma.

—¿De verdad? —pregunta, dando un paso hacia mí—. Entonces dime por qué insistes en que todo esto es solo teatro... Tu y yo. Porque, joder, Rose, yo siento que algo ha cambiado entre nosotros.

—¿Y si yo no lo veo así? —Le pregunto, en un vago intento de proteger lo poco que me queda de cordura.

—Entonces esperaré —dice con calma—. Esperaré a que dejes de mentirme a ti misma.

No sé qué responder. Me quedo de pie frente a él, sintiendo que dice la verdad. Y lo peor es que, por primera vez en todo este viaje... creo que hoy mientras participábamos en el juego, yo dejé de fingir.

Y no puedo hacer eso. No cuando mi corazón está en juego. Porque cuando el viaje termine, la prensa se aburra y regresemos a nuestras vidas... Pondremos punto y final. Así lo acordamos, pero cuando llegue ese momento... ¿Qué seremos? ¿Qué voy a hacer con todo lo que estoy volviendo a sentir, si luego no hay un guion que nos obligue a seguir juntos?

Capítulo 17



Cierro los ojos, mientras sigo acostada en la tumbona junto a la piscina infinita que se funde con el mar. El *Kindle* descansa sobre mi vientre con la pantalla aún encendida en una escena de romance que no me ha atrapado como otras veces y eso en mí, es extraño. Adoro las novelas románticas, sobre todo las comedias. Son mi refugio, mi lugar seguro y ahora mismo no soy capaz de concentrarme en la lectura.

Mi cabeza vuelve una y otra vez a la conversación con Dominic, y eso que lleva toda la tarde encerrado en el salón de la villa en una vídeollamada con Tom y parte del equipo de producción. La verdad es que agradezco que esté ocupado y yo pueda estar un rato a mi aire. Me viene bien.

Paso la tarde relajada. Me doy un baño en la piscina y más tarde decido dar un paseo por la orilla de la playa. Cuando me siento más relajada, decido volver a la habitación para cambiarme y veo un mensaje suyo en el móvil.

Perdona por desaparecer tanto tiempo, pero la reunión se está alargando más de lo esperado. Si quieres te veo en el restaurante para cenar. *

Le respondo diciéndole que no se preocupe, lo esperaré en el chiringuito que hay en la playa. Paso por la puerta del salón, donde está reunido y oigo su voz amortiguada. Sonrío al pensar en lo fácil que es todo con él, aunque me niegue a aceptarlo.

Me doy una ducha rápida y me suelto el pelo. Me molesto en ponerme un poco de brillo en los labios y cuando me miro al espejo,

no veo a una falsa esposa. Tan solo veo a una mujer confundida y enamorada que se está empezando a dejar llevar por las circunstancias.

Llego al chiringuito, que está decorado con pequeñas luces colgantes que parecen pequeñas luciérnagas revoloteando y que sería romántico si no tuviera un enjambre de cámaras ocultas por cada esquina.

Veo a Matt, apoyado en la barra, con un cóctel en la mano y esa sonrisa que antes me parecía encantadora y ahora solo me resulta... hipócrita.

—No pensé que te quedarías sola —dice, como saludo.

—Dominic está trabajando —respondo, sin querer entrar en detalles.

—Vi lo de esta mañana —agrega, dando un sorbo a su copa—. Parecías... tensa.

—Ah, ¿sí? Qué observador —respondo, sin molestarme en disimular el sarcasmo.

—¿Eres feliz, Rose? —Me pregunta creyendo que aún puede afectarme su presencia.

—Sí. Lo soy. —Le respondo y Matt me observa, como si no supiera si creerme o no, pero digo la verdad.

—Me alegro por ti —susurra, aunque su tono no coincide con sus palabras—. Yo solo... quería hablar de lo que pasó...

—No necesito hablar del pasado, Matt —respondo tranquila y sonrío sintiéndome valiente—. Pero sí debo darte las gracias por enseñarme lo que no quiero en mi vida.

Y sin más, me giro y me alejo de él. Camino por la orilla solitaria y me abrazo a mí misma, no hace frío... pero mi corazón tiritita de inquietud. No le he mentado, puede que en su momento me doliera encontrarlo acostándose con Angy.

No di crédito que me estuviera pasando a mí, pero ahora comprendo que siempre hay un por qué, aunque en ese momento no lograra entenderlo. Solo el tiempo, ayuda y te da esas respuestas que no encuentras. Me quedo sentada en la orilla, hasta que de pronto lo siento detrás de mí.

Dominic.

No hace falta que diga nada, su presencia y su perfume marino es inconfundible. Se acerca y se sienta detrás de mí. Me rodea con los brazos y sus piernas sin decir nada. Mi espalda reposa en su pecho y cierro los ojos, dejándome envolver por esta agradable sensación.

—No hay paparazzis aquí —murmuro.

—Lo sé —responde él, pegando su mejilla a la mía—. No es actuación, Rose, solo quiero hacerlo. Recuerda lo que me dijiste anoche.

—Te dije muchas cosas —confieso confundida y él sonríe. Mi cuerpo se relaja y me apoyo en su pecho, soy capaz de oír su corazón que galopa como un caballo desbocado.

Bum. Bum. Bum.

—Me dijiste, que cuando te abrazara... Lo hiciera de verdad y eso hago —confiesa—. ¿Estás bien? —Me pregunta, en voz baja y asiento.

—Creo que sí. Matt me ha preguntado si soy feliz —susurro.

—¿Y qué le has dicho?

—Que sí. —Hago una pausa y lo miro—. Y me he dado cuenta de que es verdad.

Él me sonríe, de esa forma tan suya que me traslada al pasado, a nuestra infancia, a nuestra adolescencia... Al Dominic, del que me enamoré en el instituto.

—Estoy hecha un lío, Dom. —Le confieso sin ser capaz de ocultarlo más—. Esto se suponía que era más fácil. Odiarte era más fácil...

—Sigo intentando darte razones —bromea.

Noto la vibración de su pecho contra mi espalda cuando se ríe y sin poder evitarlo, sonrío.

—Eres un idiota.

—Pero soy tu idiota.

—No vayas tan rápido. —Le pido sintiendo el vértigo crecer en mi estómago.

—No te preocupes. Estoy dispuesto a ir lento —afirma—. Bueno, relativamente lento.

—¿Relativamente?

—Soy un hombre con necesidades, Rose.

—Ya.

Nos quedamos así, entre el murmullo de las olas y la música lejana que proviene del hotel. Me calma y me relaja estar en sus brazos, mi cuerpo empieza a pesar y el agotamiento de los últimos días parece multiplicarse por mil y de pronto, mis ojos se cierran sin que me dé cuenta.

—¿Rose? —Susurra él.

—*Hmm...*

—¿Te estás quedando dormida?

—No...

Lo siguiente que siento son sus brazos deslizándose por debajo de mis rodillas. Dom me coge con facilidad y noto que me levanta de la arena.

—Dominic, puedes bajarme... puedo caminar —susurro, sin mucha convicción.

—Sí, pero no quiero.

—No hemos cenado... —murmuro y oigo su risa que me calienta el corazón.

—Ya cenaremos más tarde, el restaurante no cierra en toda la noche. —Me comenta y asiento relajada, cerrando de nuevo los ojos. Me aferro a su cuello, y aunque la lógica me dice que debería poner distancia, mi corazón late tranquilo por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 18



Me despierto antes que ella y no puedo evitar fijarme en cada pequeño detalle que me vuelve loco. Rose duerme a mi lado, con sus piernas enredadas en las sábanas como una sirena. Su cabello suelto y su respiración tranquila. Parece... en paz. Y esto me desarma más que cualquier mirada, cualquier roce o cualquier pulla suya. Anoche, algo cambió en ella, pude verlo en su mirada. La vi vulnerable.

Tal vez esa conversación con Matt, le sirvió para cerrar por completo un capítulo de su vida que sentía como inacabado, pero cuando la encontré sentada en la orilla estaba relajada y parecía que todas las dudas que la rondaban se habían disipado. Lo único que yo necesitaba era abrazarla.

Después de la discusión, por mí ataque de celos de Matt, tuve que estar toda la tarde entre reunión y reunión con los productores. Sabía que había actuado como un capullo y pensé que se merecía una disculpa... bueno, ella se merecía el mundo entero y yo quería dárselo. Lo único es que no sabía por dónde empezar. Entonces comprendí que a veces sentarte junto a una persona en silencio, es justo lo que necesita y así fue. Rose, se durmió en mi pecho. La traje de vuelta a nuestra villa y me olvidé hasta de que no había cenado, no necesitaba nada más que estar a su lado. La miro una vez más y pienso que no hay nada de falso en lo que siento por ella. La quiero, siempre la he querido, pero ahora lo reconozco. Ya no soy aquel cobarde que la dejó ir.

—Una foto dura más... —murmura con voz ronca, casi sin abrir los ojos y una sonrisa radiante.

—Quién no dice que ya te haya hecho alguna con la baba recorriendo tu barbilla.

—Imbécil...

Abre un ojo, me lanza esa sonrisa perezosa que me gusta más de lo que debería y se estira como una gata recién despertada.

Intento fingir que no me afecta verla tan sexy y relajada en nuestra cama, así que miro en la aplicación del resort la actividad que tenemos contratada. Hoy toca excursión en *quads* por la selva en una isla cercana.

Estoy reventado de tantas actividades.

Una hora y media después, hemos desembarcado en una playa desierta de arena blanca, donde nos esperan nueve *quads*, para pasearnos y disfrutar de la maravillosa naturaleza que nos abraza.

Después del tercer adelantamiento que me hace Matt, siento el cabreo crecer en mí, porque este tío va compitiendo como si estuviéramos en las carreras de Mónaco. Y yo, como buen idiota territorial que soy, acelero para no quedarme atrás e intento adelantarlo de nuevo.

—¿Te parece normal ir así de rápido? —Grita Rose detrás de mí, agarrada fuerte a mi cintura.

—¿Confías en mí?

—¡¡No!! —Me asegura y sonrío.

—¿Te excita no tener el control?

—¡Lo que me excita es seguir viva!

Pienso decirle que conmigo siempre va a estar segura, pero me tengo que tragar las palabras. Justo cuando tomamos una curva más cerrada de lo que esperaba, el *quad* patina y acabamos volando por el aire.

—¡Mierda! —grito mientras caemos.

Por suerte, caemos en una charca de agua sucia y barro. Digo suerte, porque sería peor habernos estampado contra una palmera. Busco a Rose, que se aparta el pelo mojado de la cara y me busca con la misma urgencia que yo a ella.

—¿Estás bien? —Le pregunto.

—Sí... creo... ¿y tú?

—También. —Le respondo acercándome a ella que levanta las manos en señal de advertencia.

—¡No te muevas! —Me pide ella.

—¿Qué ocurre rubia? —Le pregunto relajado, pero ella sigue inmóvil.

—Hay caimanes en esta zona, lo leí en el folleto. —Me asegura y trago saliva.

—Joder... —mascullo alertado y miro a nuestro alrededor. Miro a Rose, que sigue quieta y me sostiene la mirada, hasta que una sonrisa traviesa la delata y luego se echa a reír.

—¡Era broma! Por Dios, tu cara...

—Muy graciosa, rubia. —Le digo, pero esta vez soy yo quien cambia de actitud en un segundo—. No te muevas. —Le pido dejando de reír.

—Muy buena Dom, pero no voy a caer.

—No, en serio. No te muevas. —Le vuelvo a pedir—. Hay una serpiente a tu lado.

—No me jodas —masculla y veo cómo su expresión se congela.

—Voy a acercarme lentamente, no te muevas. Está justo a tu lado...

Ella empieza a ponerse pálida, mientras me acerco muy lentamente, con una seriedad absoluta. Paso una mano por su cuello, como si fuera a apartar algo... y sin previo aviso, la agarro por la cintura y la acerco hacia mí.

—Tranquila, ya estás a salvo. —Le aseguro con una carcajada que me delata.

—No había ninguna serpiente, ¡serás mentiroso! —grita, riendo también, pero sin apartarse de mí.

No sé en qué momento el aire comienza a volverse más denso, nuestros cuerpos siguen pegados y siento su respiración contra mi piel.

En este instante todo cambia.

Ella me mira y noto la tensión entre ambos.

El deseo crece y las dudas desaparecen.

—Tenemos que volver —susurra, como si eso ayudara a romper la tensión.

—Sí, deberíamos —respondo, pero no me muevo. No puedo. Mi mano sube por su espalda como si tuviera voluntad propia, y acuno su rostro, para acariciar con mi pulgar su mejilla. Sus ojos azules me desarmen y me atrapan sin remedio. Me inclino hacia ella y algo en su mirada me dice que quiere lo mismo. Nuestros labios se rozan en un suspiro. Rose cierra los ojos y yo ya saboreo el momento de volver a probar esa boquita que me vuelve loco.

—¿Están bien?! —Grita una voz detrás de nosotros.

—¡Sí! —responde ella con rapidez, su tono entrecortado, como si también necesitara anclar los pies a la realidad.

El monitor de los *quads* aparece entre la maleza, seguido por las parejas que venían con nosotros. Nos observan con rostros preocupados, pero todo me parece lejano. La noto tragar saliva y se humedece los labios, como si intentara borrar el temblor que aún le sacude el cuerpo. Yo cierro los ojos un segundo, frustrado, intentando calmar el pulso que todavía late desbocado bajo mi piel, al comprender que nuestro momento mágico se ha roto, por culpa del monitor inoportuno.

Con la ayuda de tres *quads* y un par de cuerdas conseguimos sacar el nuestro del barrizal. El monitor nos da instrucciones como si estuviéramos rodando una misión de rescate. Matt sonríe con esa cara de «lo sabía» y Angy no nos quita ojo de encima desde el minuto uno. Francamente, podrían haber tardado más en encontrarnos, aunque fuese un par de horas más...

Retomamos la excursión por una ruta alternativa que nos lleva a un pequeño pueblo costero, adonde hay música, banderines de colores y un par de chiringuitos locales, en los cuales la música tropical suena. Aparcamos los vehículos a la espalda de la cabaña de madera de uno de los bares y todos acuden a la barra para tomar algo.

—¿Esto es real? —Me pregunta Rose, con los ojos iluminados y sonríe con esa mezcla de sorpresa y ternura que me desarma.

—Así es, rubia. Ni una sola cámara. Ni un solo flash. Solo nosotros.

Nuestras miradas se encuentran y sin pensarlo dos veces, le tomo la mano. Es instintivo, como si lo hiciéramos todos los días. La arrastro hacia una pista improvisada de baile donde unos altavoces anticuados suenan con música de timbales y maracas a todo volumen.

Bailamos y su cuerpo se amolda con el mío, sin esfuerzo. Me sigue el ritmo y sonríe feliz. No hay actuación, solo el calor de su risa y la cercanía de su piel. Y por un rato, somos solo eso... Dos personas que se escapan de su propia vida para vivir un instante que no necesita testigos.

Más tarde, nos unimos al grupo para comer en mesas de madera, entre platos llenos de sabores con nombres imposibles de pronunciar. Terminamos la tarde en camas balinesas junto a la playa, donde un par de chicas locales nos dan masajes mientras el sonido del mar hace de banda sonora involuntaria.

Cuando el sol empieza a caer, un pequeño bote del resort viene a recogernos. El monitor de la excursión de *quads*, nos vuelve a pedir disculpas, y Rose le asegura una vez más que estamos bien. Cenamos en la embarcación bajo farolillos de papel que nos alumbran bajo un cielo cubierto de estrellas. Volvemos al resort exhaustos, cubiertos de sal, arena y ese tipo de felicidad que cansa el cuerpo pero que aligera el alma. Cuando llegamos a la cabaña, lo hacemos en silencio. Ella se ducha, mientras yo hago una llamada a Tom.

Ya duchados nos metemos en la cama, el silencio no pesa... pero tampoco se disuelve. Estamos de lado, separados por un metro exacto de todo lo que aún no decimos.

—¿Estás despierta? —susurro.

—Sí —responde ella, bajito.

Y entonces, por segunda vez en el día, siento que estamos a punto de cruzar una línea... o que quizá ya lo hicimos hace rato.

—Desde que soy famoso... —murmuro, sin mirarla aún—, todo es más difícil. Las amistades y las relaciones, porque solo se fijan en el Dominic Spencer que sale en las pantallas y ni se esfuerzan realmente en conocerme.

—¿Y a cuál de los dos, crees que miro yo? —Me pregunta. La miro en la penumbra y sonrío.

—Contigo es distinto. Sé que no eres superficial y tal vez por eso todo ha sido más fácil. Incluso cuando estás en plan borde o me amenazas con clavarme un tenedor. Eres la única persona con la que no siento que tengo que fingir nada.

—Me alegro de que sea así —susurra. Ella guarda silencio un segundo. Luego respira hondo y su voz suena más suave—. A mi me pasa que... contigo no tengo que fingir ser fuerte todo el tiempo.

—Eso es porque yo siempre voy a sostenerte cuando no puedas.

No dice nada, solo me mira y veo que sonrío. Entonces, se incorpora y acorta la distancia que nos separa, cruza la línea que ella misma marcó desde el primer día y me besa.

No es un beso tímido ni cuidadoso, es primitivo y lleno de todo lo que no nos hemos permitido sentir hasta ahora. Rose me planta otro beso suave, cálido y decidido. Cuando nuestros labios colisionan, siento que mi mente colapsa y todo a nuestro alrededor deja de existir. La rodeo por la cintura y la atraigo hacia mí. Su lengua acaricia la mía y siento un hambre insaciable por seguir besándola hasta quedarme sin aliento. Su perfume tan dulce me envuelve y hace que necesite más de ella. Mi mano la agarra de la cintura y la sube a horcajadas sobre mí, su cuerpo encaja con el mío, mis manos buscan la liguilla de sus bragas.

Toc, toc.

—Mierda —mascullo.

Nos separamos de golpe. Ella, con la respiración acelerada y yo, queriendo romper la puerta.

—¿Quién es...? —Grita mi chica.

—Servicio de habitaciones —dice una voz desde fuera—. Champagne y fruta, cortesía del resort.

Estiro la mano para encender la luz de la habitación y miro frustrado a Rose, pero ella sonrío divertida. Me levanto con desgana y camino hasta la puerta para abrirla con cara de pocos amigos.

Un chico trae un carrito con dos bandejas, una botella metida en hielo y flores. Acepto el carrito, el chico sonrío y yo fuerzo una

mueca.

—Gracias. Muy oportuno —digo, entre dientes.

Cierro la puerta y cuando regreso a la habitación ella ya está sentada en la cama, con el teléfono en la mano.

—¿Qué haces? —Le pregunto queriendo pedirle seguir por donde íbamos.

—Voy a... voy a llamar a tu hermana. —Me responde sin mirarme.

—¿Para qué necesitas llamarlas a estas horas?

—Para que me recuerde que todo esto es un puro teatro y que liarme con mi falso marido por un beso y un par de bailes en la playa, es muy mala idea.

—¿Y qué pasa si te digo que no quiero que sea falso?

—Esto no...

—Vamos Rose, no pensé que eras tan cobarde.

—No lo soy, pero sí soy realista.

—Rose, la realidad puede ser la que nosotros queramos —susurro convencido de mis palabras

—¿Y qué quieres tú? —Me pregunta sin pestañear, tan asustada como un cervatillo delante de un rifle y yo sonrío como un idiota.

—A ti.

Capítulo 19



—¿Qué es esto para ti, Dominic? —Le digo señalándonos a ambos.

—Lo que tú quieras que sea.

—No digas eso —susurro viendo lo difícil que me lo pone—. Lo que yo quiero, lo complica todo más. —Le aseguro. Siento cómo todas las barreras que he creado durante años con él, se derrumban. Mi corazón ha cogido carrerilla y está latiendo como en una maratón.

—Entonces quiero ser tu complicación favorita. —Me dice con voz ronca y sonrió al oírlo—. Rose...

—Esto... esto solo puede acabar mal —susurro, aunque mi voz apenas suena convincente.

—¿Por qué? —pregunta él con esa calma que me desarma.

—Porque ya no sé fingir contigo —confieso, sintiendo cómo las palabras me queman al salir—. Porque esto empezó como una mentira para la prensa y la sociedad. Y lo que siento por ti es real, me guste aceptarlo o no. Y eso... lo complica todo. Quererte es como caminar al borde de un precipicio con los ojos vendados, sin saber en qué momento me vas a dejar caer.

Sus dedos cálidos y firmes acarician mi mejilla, y su mirada oscura está llena de tanta ternura que me estremece.

—Nunca voy a dejar que te caigas —me dice con firmeza, como si fuera un juramento.

—¿Y si todo se acaba cuando volvamos? —Logro preguntarle, temblando. Es la pregunta que más miedo me da.

—Pues entonces volveremos a empezar —afirma muy serio.

Y en ese instante, todo en mí se rompe. Las dudas, los miedos, los muros que tan cuidadosamente había construido para protegerme... se desploman como castillos de arena bajo una ola imparable. Y salto al vacío con los ojos abiertos, porque sé que él va a ser mi paracaídas.

Lo beso como si mis labios fueran la única forma que tengo de decirle que con él lo quiero todo. Dom me rodea con sus fuertes brazos y me estrecha contra él, con esa mezcla perfecta de necesidad y ternura que me desarma. Sus labios se curvan apenas en una sonrisa traviesa justo antes de que me alce en el aire, como si no pesara nada e instintivamente, rodeo su cintura con mis piernas y me aferro a su cuello.

Mi corazón late tan fuerte que me retumba en los oídos. Dom camina conmigo en brazos hasta la cama, sin dejar de besarme. Sus labios devoran los míos con una urgencia que me roba el aliento, como si quisiera memorizar cada parte de mí.

Mis dedos se hunden en su cabello, tirando de él suavemente y él gruñe en respuesta. Dom pasa su lengua por mi labio inferior y luego lo muerde, haciendo que un gemido suave se me escape de placer.

Me tumba con cuidado sobre la cama y por la forma en que me mira, me siento valiosa. Se sitúa entre mis piernas y pone sus grandes manos a cada lado de mi cabeza. Nos volvemos a besar y su lengua bailando una danza seductora con la mía hace que el deseo crezca en mí.

Cierro los ojos cuando Dom, mete una de sus manos por debajo de la tela de mi camiseta y acaricia mis pechos desnudos. Levanto las manos con una sonrisa traviesa para que me desnude, él gruñe mientras da tirones a la camiseta hasta que logra quitármela para dejarme solo en braguitas delante de él. Sus manos acarician mi cuerpo y se despiertan un sinfín de emociones en mi piel.

Nuestras bocas se buscan sedientas y se devoran hambrientas. Dom me acaricia con una mano el vientre y sube lento de nuevo hasta mis pechos, su pelvis encaja con la mía y siento su excitación clavada en mis muslos. Su mirada se enciende aún más y vuelvo a besarlo con la necesidad de seguir sintiendo sus caricias

por todo mi cuerpo. Le ayudo a deshacerse de su ropa y se queda solo en bóxer. Acaricio con mis manos su musculosa espalda y noto como nuestros cuerpos se atraen por el deseo. Sé que esto es una locura, pero no puedo frenar lo que siento por él. Por un instante deja de besarme y me observa como si esperara que yo le diera permiso para llegar hasta el final.

—No te detengas —susurro volviendo a atraerlo hacia mí.

Él me besa, esta vez sin contenerse. Su lengua roza mis labios con provocación y luego me invade con hambre. Su boca se convierte en mi oxígeno. Mis caderas se arquean involuntariamente buscando su cuerpo, pero antes de quitar la fina tela que separa nuestros cuerpos, sus manos recorren mi cuerpo con adoración y deseo, como si quisiera asegurarse de que cada parte de mí sabe lo que está sintiendo, mientras yo lo noto duro sobre mí.

Sus labios bajan por mi cuello, por mi clavícula y entonces, sin dejar de mirarme, como si mi placer fuera su única prioridad, él me quita las braguitas y acaricia mis pliegues húmedos haciendo que toda mi espalda se tense. Hunde un dedo dentro de mí de forma lenta, mientras que con la otra traza pequeños círculos en mi clítoris. Cierro los ojos excitada y él se aparta un poco para verme perder el control.

Desciendo mis manos por su duro cuerpo arrastrando sus bóxer por sus piernas y libero su erección. Me muevo para guiarme e incorporarme, haciendo que él se tumbe. Me subo a horcajadas encima de él y su mirada se enciende aún más, mientras sujeta mis caderas y me detiene.

—Espera un segundo... —Logra decir y se estira para coger del cajón de la mesita de noche un preservativo.

Sonrío y pienso que al menos, uno de los dos todavía le quedaba algo de cordura. Dom vuelve a tumbarse y yo vuelvo a subirme a horcajadas sobre él, rasgo el envoltorio y se lo pongo a lo largo de su miembro. Me coloco sobre su erección y dejo que poco a poco se adentre en mi interior.

Joder, estoy en el mismísimo cielo.

Durante varios minutos me muevo despacio, disfrutando del roce tan placentero de sentirlo tan dentro de mí. Dom acaricia mis

pechos y tira de mí para besarme con hambre, mientras que nos movemos al unísono. Sus embestidas se vuelven más exigentes. Me aprieta las nalgas con fuerza y gimo de placer. Segundos después el orgasmo nos alcanza a ambos. Exhaustos nos miramos a los ojos y descubro que no hay nada de mentiras aquí, tan solo nosotros... Amándonos de verdad.

Me tumbo a su lado y cuando consigo recuperar un poco la razón, alzo la cabeza que la tenía enterrada en su cuello y lo miro soñolienta. No recuerdo la última vez que me sentí tan plena y feliz después del sexo. Aunque también, hay otro sentimiento igual de intenso y difícil de ignorar, el miedo. La simple idea de que esto no salga bien y que lo nuestro se acabe... Eso me forma un nudo en la garganta.

—No te vayas a cansar de mí... —Le susurro.

—Nunca lo haría —susurra, dándome un beso en la sien—. Te he echado de menos, no sabes cuánto.

Capítulo 20



Rose duerme sobre mi pecho y si el mundo entero se desmoronara ahora mismo, me daría igual. Sus pestañas tiemblan apenas, como si soñara con algo que no quiere soltar. Su respiración es tranquila, pausada, y su cuerpo encaja contra el mío como si siempre hubiese pertenecido aquí. A mí.

Joder.

Sé que esto no formaba parte del plan. No me apunté a este viaje emocional. Solo tenía que fingir un tiempo para proteger nuestras carreras profesionales. No enamorarme otra vez de ella, pero aquí estoy, con el corazón en la garganta cada vez que me mira como lo hizo esta noche. Sin fingir, es como si me viera de verdad, como aquella Rose que venía a casa siendo una cría a jugar con Camila. Aquella misma chica de la que me enamoré hace más de una década, la misma que quise dejar atrás porque fui imbécil.

La fama me llegó pronto y de forma inesperada, me llovían las citas, las mujeres y mi ego me pudo más que valorar lo realmente importante, que es estar al lado de alguien que te quiere de verdad y no por la fama. He tardado años en darme cuenta y cuando lo hice, era demasiado tarde. Rose me odiaba, me evitaba y me lo merecía.

El colmo fue cuando me enteré de que se había prometido con ese famoso diseñador de moda. Pensé que la había perdido y el día de su boda, estaba en mi casa lamentándome de mi existencia porque había perdido al amor de mi vida por gilipollas. Así que cuando mi teléfono sonó y vi que era mi hermana pidiéndome que sacase a Rose de la iglesia, sentí un subidón de adrenalina. Era una

puta señal del destino. Tenía que serlo y por eso no lo pensé, y acabé con ella regresando a Los Ángeles. Improvisé, quería que se olvidase de ese capullo infiel y la cosa se complicó...

Sonríó... Bendita complicación, por algún motivo inexplicable, dejó de verme como el egoísta, insensible y vanidoso por el que casi todos me tienen. Rose quitó capas de mí, hasta llegar al auténtico Dominic Spencer.

Dios, es que me mira como si yo fuera su refugio y le diera paz y es justo lo que quiero hacer. No por el acuerdo o por la prensa... La necesito porque siento que es mía y así debería de haber sido desde siempre. Le fallé una vez y no pienso volver a hacerlo. No la dejaré marchar, no esta vez.

Le acaricio el brazo desnudo con suavidad. Tiene la piel caliente, porque hemos pasado todo el día en la playa y la miro como si no necesitara nada más. Solo espero que ella lo sienta igual y que cuando regresemos a la rutina... Elija quedarse, necesito que se quede. Porque la deseo, la amo y no me imagino ya sin ella.

Respiro hondo y aparto la vista, porque oigo mi móvil vibrar en la mesita de noche. Me incorporo con cuidado para no despertarla, le acomodo una almohada debajo de su cabeza y salgo a la terraza con el móvil en la mano.

La brisa nocturna me recibe, con el sonido del mar como una constante. La pantalla de mi teléfono parpadea de nuevo y leo el nombre de Tom. Maldita sea, son las dos de la madrugada, aunque allí sean las doce de la mañana, algo urgente debe de ser, así que contesto con el ceño fruncido.

—Dime que me llamas porque me echas de menos y no porque hay algo urgente de lo que hablar —susurro, mirando la habitación para asegurarme de que Rose sigue dormida.

—Es importante Dom. ¿Tienes un segundo? —responde Tom con su tono seco de siempre.

—Tengo miedo de tenerlo —susurro.

—Dominic... salió un vídeo. —Me informa y me tenso.

—¿Qué vídeo?

—Al parecer os han grabado a hurtadillas, no sé de qué día es... Pero estáis hablando de que ahora todo es real, por lo que

dejáis claro que antes era una farsa. —Me comenta.

—Maldita sea... —mascullo cierro los ojos, mientras aprieto la mandíbula—. ¿De quién es?

—No es un paparazzi, ni nadie que haya pedido una suma de dinero por no publicarlo... Directamente lo ha subido, puede ser un trabajador del resort, cualquiera que anduviera cerca.

—¿Y qué quieres que haga? A pesar de la fama, soy un ser humano con sentimientos.

—Dominic... ¿Me estás diciendo que has cruzado la línea? —Me grita al otro lado como si fuera un crío.

—Me la salté hace días. —Le aseguro mirando a Rose que duerme ajena a todo.

Oigo que Tom resopla.

—¡Perfecto! ¡Fantástico! ¡Romántico incluso! —Me dice con ironía—. ¿Puedo darte mi opinión?

—Puedes no dármela. —Me niego a seguir escuchándolo.

—Te la doy igual. Disfruta mientras puedas, y cuídate. Porque como este capricho tuyo salga mal, no solo vas a destrozar tu carrera, vas a arruinar su vida también. —Sentencia y trago saliva.

—No pienso hacerlo. —Le aseguro.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —respondo.

—Muy bien. Vale que ignores a la prensa, las redes sociales y a tus fans, pero el productor quiere verte en dos días en las oficinas de Los Ángeles. —Me informa—. Así que se cancela el viaje a Islandia.

—Nadie en su sano juicio cancela su luna de miel por trabajo. —Le aclaro y él suelta una risa vacía.

—Tú sí. —Sentencia—. Porque tu productor ha adelantado la grabación de la nueva temporada. Será dentro de tres días, por temor a que todo el lanzamiento sea una catástrofe por tu culpa.

—Joder. —Me paso una mano por el pelo exasperado, no puede hablar en serio.

—Exacto, estás jodido. Así que deja de jugar a las casitas y regresa a Los Ángeles y recuérdales a todos por qué te adoran.

Sin esperar que le replique, me cuelga y me quedo ahí en silencio, mirando el cielo como si me fuera a dar las respuestas a todo este desastre.

¿Qué demonios hago ahora? Si confirmamos a la prensa que todo comenzó con una farsa, un plan de escape planeado, es admitir que hemos engañado a todos... Y la verdad, es que tal vez todo no estaba planeado, porque la quiero y siempre lo he sentido así y esto, ha sido una jodida oportunidad de la vida para recuperarla. No iba a perderla de nuevo.

Respiro hondo, intento calmarme un poco y vuelvo a entrar. Me siento en el borde de la cama, acaricio su cabello con cuidado y pienso en que ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre, pero la realidad siempre termina alcanzándonos. Hay que regresar. Rose se remueve como si sintiera mi inquietud, abre los ojos adormilada y me sonrío soñolienta.

—¿Estás bien? —Susurra.

—Sí. Solo tenía que atender una llamada del trabajo. —No le miento, al menos no del todo.

—Ven a dormir. —Me pide dejándome sitio a su lado y sonrío como un imbécil.

Me tumbo a su lado y ella me abraza como si fuera lo más natural del mundo y joder, qué bien se siente. Sé que mañana tendré que contárselo y puede que todo entre nosotros salte por los aires, pero por primera vez en años, siento que estoy exactamente donde quiero estar.

Rose me mira y en la penumbra de la noche nuestros ojos se encuentran. El deseo vuelve a crecer y sé que algo está cambiando entre nosotros para siempre. Ella se incorpora levemente y me observa en silencio de una forma tan intensa, que siento el corazón tamborileando en mi pecho frenético.

—¿Ocurre algo? —Me pregunta.

Me inclino y hago que se tumbe de nuevo, me incorporo sobre ella y apoyo mi frente en la suya, porque ahora mismo lo único que necesito es sentir el roce de su piel con la mía.

—Rose... —Susurro su nombre como una plegaria, como si al decirlo pudiera detener el vértigo de lo que siento—. Todo está bien

entre nosotros y es lo único que importa —confieso y sonrío feliz.

Me observa en silencio, como si intentara memorizarme. Sus dedos rozan mi barba incipiente con una ternura que me desarma y luego, sin apartar su mirada de la mía, con su otra mano la desliza hasta mi nuca y enreda sus dedos en mi cabello, tirando suavemente de mí hacia ella. Y entonces, nos besamos.

No es un beso fugaz ni precipitado. Es un beso lleno de deseo contenido y de querer recuperar el tiempo perdido. Sus labios se abren a los míos con una necesidad que me enciende desde dentro. Nuestras lenguas se encuentran y bailan al ritmo de un lenguaje que solo ellas entienden. La habitación se desvanece y solo quedamos nosotros, fundiéndonos con nuestras ganas.

Cada vez que nuestros labios se separan por un segundo, ese sonido húmedo y sutil que queda en el aire me enloquece. Me excita y me obliga a buscarla otra vez. Un gemido suave se le escapa y me derrite. Mis manos bajan por su espalda desnuda y siento como su piel arde, o tal vez soy yo el que está en llamas. La acaricio con una dulzura desesperada, como si con cada roce intentara memorizarla y sellarla en mi piel.

—Joder... —gruño, contra la comisura de su boca.

Porque lo que siento, no es solo deseo. Es algo más profundo. Más peligroso. Algo que me consume entero y no me importa.

Sus piernas se enredan con las mías y el ritmo de nuestro beso cambia, se vuelve más hambriento. Las manos de Rose trepan por mi espalda. Sus uñas se clavan suavemente en mi piel y me estremezco. Su respiración se vuelve errática, tan arrítmica como la mía y seguimos besándonos como si no existiera un mañana.

Sus dedos bajan por mi abdomen y baja la cinturilla de mi bóxer. Agarrando y envolviendo con su mano mi erección, provocándome un jadeo involuntario. Mi boca se desliza por su cuello, mordiéndola y un nuevo gemido me atraviesa como una descarga eléctrica.

Acaricio sus pechos desnudos y desciendo por su vientre. Sigo bajando y sus muslos se abren instintivamente bajo mis caricias. La siento húmeda y receptiva, como si su cuerpo ya supiera lo que necesita. Acaricio su clítoris con la yema de mis dedos y su espalda

se arquea, sus labios se entreabren y sus ojos se cierran. Es una Diosa. Mi Diosa.

Deslizo despacio un dedo dentro de ella y la siento tan apretada que me excita aún más. Rose gime mi nombre y me pongo más duro.

—Tócame, preciosa. —Le susurro con la voz cargada de deseo, ronca, quebrada.

Y lo hace. Rodea de nuevo mi erección con su mano y empieza a moverla con decisión. Me muerdo el labio y cierro los ojos, perdido en ese ritmo que me enloquece, aún más. Su otra mano se aferra a mi nuca cuando introduzco un segundo dedo en ella, esta vez con más profundidad para luego sacarlo lento, muy lento. Sus gemidos se mezclan con los míos, como una melodía secreta, solo nuestra.

Se mueve debajo de mí, busca en la mesilla el preservativo y me lo coloca con seguridad. Entonces la miro, y me pierdo en sus ojos aguamarina que arden de deseo, me inclino sobre ella y mi pelvis encaja con la suya cuando nuestros cuerpos colisionan por completo y entro en ella, siento que algo dentro de mí se recompone, como si una pieza perdida volviera a encajar. Siento paz, dejo de luchar y me rindo ante ella, como si su cuerpo fuera el lugar exacto donde siempre he debido estar. Le pertenezco.

—Dom... —susurra, temblando al pronunciar mi nombre. Me aferro a ella como un náufrago a su única salvación, moviéndome con la urgencia del que lleva años soñando con esto. Mis embestidas se vuelven más exigentes, más primitivas y entre jadeos, vaivenes, risas suaves y caricias que buscan calmar el placer, memorizo este instante. Guardo cada sensación que ella me produce, muy dentro de mí. Nos dejamos llevar. Su cuerpo tiembla contra el mío y el mío se rinde dentro del suyo, quedando solo el silencio... y nosotros.

Salgo de ella y la abrazo con fuerza, como si pudiera protegerla del mundo entero. Su respiración se va haciendo poco a poco más tranquila y sus dedos descansan sobre mi pecho, como si yo fuera su hogar.

Nos quedamos abrazados entre las sábanas revueltas y la miro maravillado. Acaricio su espalda desnuda con la yema de los

dedos, de arriba abajo, como si tocara un instrumento delicado,
mientras que Rose, se va quedando dormida abrazada a mí.

Y entonces lo sé.

No hay vuelta atrás.

No me importa lo que diga la prensa.

No me importa si todo a mi alrededor se derrumba.

Porque pienso proteger su mundo a costa del mío.

Ella es lo más valioso que tengo.

Capítulo 21



Me despierto con la luz del sol filtrándose en la habitación. Sonrío al recordar la noche tan intensa que hemos pasado, estiro mi mano hacia su lado de la cama, pero noto que está vacía. Me froto los ojos y me incorporo para buscarlo. Entonces lo veo nadando en la piscina, se hace un largo, luego otro y otro más... parece necesitar quedar exhausto para lo que sea que le ronda la mente. No sé el tiempo que me paso mirándolo maravillada mientras nada ajeno a mí, hasta que Dominic sale de la piscina con el cuerpo empapado y el sol acariciándole cada músculo como si él mismo fuera un Dios diseñado para pecar. Se pasa las manos por el pelo para sacudirse las gotas y cuando me ve, sonrío.

—¿Lista para nuestro último día aquí? —Me pregunta despreocupado.

Mi garganta se seca y trago saliva con dificultad.

Joder, míralo. Brillando bajo el sol, su pecho subiendo y bajando con cada respiración, las gotas deslizándose por su torso como si compitieran por recorrer su piel. Parece salido de una portada de revista... o de una maldita fantasía mía.

—Lista para un nuevo día —susurro.

Él camina hacia mí con la toalla al hombro, mientras que con una esquina de esta se seca el cabello sin apartar la mirada de mí, justo como lo haría un león antes de saltar sobre su presa.

Me quedo inmóvil, embobada, como si mis ojos pudieran capturar cada gota que resbala por su abdomen.

—Muy bien —dice al llegar frente a la cama—, no tardo y bajamos a desayunar... antes de que decida tumbarte otra vez y darme un festín con tu cuerpo. —Me lo suelta con esa maldita

sonrisa suya, que refleja pecado—. Además, hoy tenemos clase de cocina *dhivehi* a las diez.

—¿Podemos saltarnos la última actividad? —Le propongo, dejando caer mi cuerpo de nuevo sobre la cama como si él fuera la verdadera actividad del día.

Él se ríe, con esa voz ronca que parece diseñada para desarmarme. Se arrodilla en la cama, sin preocuparse por estar mojado y me besa.

Sus labios me reclaman y su lengua me trae recuerdos de la noche anterior. Dom me besa como si hubiera estado esperando toda la vida para hacerlo. Como si el mundo se fuera a acabar y solo tuviera un segundo más para demostrarme lo que siente.

—Contigo... siempre —susurra contra mis labios.

Se aparta de mí, mientras sus ojos negros parecen albergar una lucha interna por no continuar con el beso. Mi pecho sube y baja rápido. Siento la piel, hipersensible y mi boca me arde por ese maldito beso que no fue suave ni inocente. Fue uno de esos besos que saben promesas eternas. Cuando se incorpora y va hacia el baño, busco mi móvil. Llamo a Camila que responde al segundo tono.

—¿Estás viva? —Me pregunta sin saludar.

—Siento haber estado tan desconectada, te escribía a destiempo porque las excursiones son agobiantes y bueno... —Guardo silencio y sé que me conoce demasiado bien.

—¿Qué ha pasado?

—Me he acostado con tu hermano —confieso.

—¿Perdón?

—Todo se nos fue de las manos, dejamos de fingir y la verdad es que ha sido algo... inesperado.

—Inesperado para ti, yo llevaba días esperando esta llamada.

—¡Cami!

—¿Qué? O sea... No es malo, es lo normal. Siempre has estado pillada por mi hermano. Dom es un capullo que no supo valorarte en el pasado. —Me recuerda—. Han tenido que pasar los años para ver lo que se estaba perdiendo.

—Ya, pero no era parte del plan. Esto era una farsa, un trato para ayudarnos en nuestras carreras profesionales, pero... Él me besó, empecé a sentir cosas que pensé que nunca jamás volvería a sentir por él y...

—Estás pillada por él de nuevo. —Termina de decir.

—Tengo miedo de que me rompa el corazón. —Le confieso y la oigo cerrar una puerta, como si estuviera buscando algo de privacidad donde sea que esté.

—Mi hermano no es el mismo adolescente que se fue sin mirar atrás, creo que si ha dado el paso es porque de verdad ha madurado. Y si se atreve a hacerte daño, le corto los huevos. Aunque ya sabes que en el amor hay que arriesgarse.

—Pues espero que salga bien —confieso con una sonrisa.

—Seguro que sí. —ataja—. Bueno, y el imbécil de Matt, ¿ha dado mucha guerra?

—No, tan solo quiso hablar conmigo y le dije que ahora soy feliz.

—¿Y lo eres?

—Sí —digo, sin titubear—. Me asusta esto que estoy viviendo con Dom, pero sí.— Confieso y oigo a Camila suspirar.

—Te mereces lo mejor Rose. —Me dice con un tono más suave.

—¿Y tú? ¿Estás bien con tu novio? —Le pregunto queriendo desviar el tema de conversación.

—Sí, por ahora. Estamos yendo de nuevo despacio y me gusta no sentir que tengo que correr, que es lo que siempre hacemos y nos llevó a casi romper del todo.

—Me alegro.

Nos quedamos un rato más al teléfono, hablando de cosas banales. De las clases que están a la vuelta de la esquina, de que tendremos que buscar piso, porque en el que estábamos la casera lo ha vendido y esa conversación tan normal, me hace regresar a la realidad de mi vida.

Dom aparece en cuanto termino la llamada y por su sonrisa, algo me dice que ha oído más de la cuenta, pero no hace comentario alguno. Vamos a desayunar y lo hacemos con prisa,

porque la actividad que tenemos programada comienza en media hora.

La clase de cocina transcurre entre risas, especias y un chef que se esfuerza por hacernos sentir como si no estuviéramos en un resort de lujo, sino en su propia casa. La actividad está pensada para parejas, y cada dúo se convierte en equipo. Obviamente, Matt y Angy también participan. Como si el universo necesitara recordarme que incluso en el paraíso, no todo es perfecto y tengo que aguantarlos.

Dominic y yo nos aliamos como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Una sonrisa cómplice basta. Todo fluye entre nosotros ahora, la coordinación, la confianza y el deseo que se escapa por cada poro de nuestra piel. Mientras él pela mangos con una habilidad asombrosa, yo me concentro en mezclar ingredientes para hacer una salsa. Uso la batidora para remover bien los ingredientes, pero el recipiente es bastante llano y me salpica la camiseta.

—¿Eso es parte de la receta? —Me pregunta Dominic, con los ojos puestos descaradamente en mi escote.

—¿Quieres probar el sabor? —Le pregunto divertida y él ensancha su sonrisa.

—No me lo digas dos veces, mi rubia.

No puedo evitar reírme. Todo entre nosotros es ligero, natural. Sus dedos se rozan con los míos cuando pasamos ingredientes, y sus caricias aumentan electrificando mi piel. Dom me mira como si nada más existiera y por un instante, me lo creo. Nos tocamos sin querer... o quizás sí. La burbuja que hemos creado a nuestro alrededor parece impenetrable y no miramos el reloj que va en nuestra contra. No estamos solos.

Un estruendo me saca de mi ensueño. Un cristal estalla al otro lado del salón. Giro la cabeza justo a tiempo para ver a Angy retroceder con los ojos llenos de furia, mirando a Matt como si acabara de clavarle un cuchillo en el pecho.

—¡No es lo que parece! —Le grita él, con el móvil en la mano y la expresión llena de fastidio, pero sin rastro de culpa.

—¿Tú te escuchas, Matt? —responde ella, la voz hecha trizas—. ¡Claro que es lo que parece! ¡Como siempre!

Se forma un silencio incómodo entre todos los presentes, algunos fingen seguir a lo suyo, pero yo no puedo apartar la vista de ambos.

Angy se limpia una lágrima de un manotazo, furiosa y rota, pero es orgullosa. Creo que sus emociones están al borde del colapso, pero aún no se permite caer.

—¿Cuántas veces más, Matt? —su voz se quiebra—. ¡No lo soporto más! ¡Me has utilizado!

Matt guarda silencio, frunce el ceño y no la detiene cuando ella se da la vuelta y se marcha con paso firme, aunque sus hombros tiemblan. Él se queda quieto, con la mirada perdida mientras se pasa la mano por el pelo al darse cuenta de que todos hemos oído la discusión.

Cuando Angy pasa junto a mí, veo su cara descompuesta. No está llorando, pero su expresión me golpea con fuerza. Es esa expresión de quien lo ha dado todo y aún así no fue suficiente. La conozco, la he llevado yo también, durante demasiado tiempo.

Y no hay nada más triste que darte cuenta de que estás quedándote vacía de dar todo de ti, por alguien que no te valora.

—¿Estás bien? —Le susurro, cuando está a punto de pasar de largo.

Ella se sorprende, como si no esperara que le hablara. Asiente con la cabeza, solo una vez, pero sus labios tiemblan y luego se va apresurada sin decir nada.

Me quedo inmóvil.

Miro a Matt, lo observo y no siento pena, ni rabia, solo alivio.

Me alegro de no estar yo en el lugar de Angy.

Dominic roza mi mano por debajo de la mesa y me mira en silencio, sin apartar sus ojos de mí. Como si sintiera la tormenta que se agita en mi interior. Me aferro a su roce, busco su calor y entrelazo sus dedos con los míos para dejar que su piel y su calor me anclen. Porque lo nuestro, quiero pensar que será distinto.

Auténtico.

Y jodidamente real.

Capítulo 22



Después del numerito de Matt, todas las parejas continuamos con el concurso de cocina como si no hubiese pasado nada. No ganamos y nuestro plato quedó incomible, pero joder, lo disfruté como un niño. Hacía tiempo que no me sentía tan vivo.

Me olvidé de cómo debía actuar, de cuidar mis palabras, de pensar antes de reírme demasiado alto. Me dejé llevar. Rose también parecía más relajada y su sonrisa radiante me ayudaba a dejar a un lado los problemas que nos acechaban.

Desde que hablé con Tom no he podido dormir bien. Me pasé toda la madrugada leyendo artículos, foros, comentarios de mis fans y vi el vídeo infinidad de veces revisando cada ángulo como si eso pudiera arreglar algo. Nuestra mentira había salido a la luz, pero lo más jodido es que ya no es una mentira. Lo que empezó como una farsa es ahora lo más real que tengo.

Rose y yo estamos juntos, y eso nadie puede negarlo.

Esta mañana Tom me ha escrito para decirme que aún no dan con el autor del vídeo, pero que todo apunta a alguien del resort. Un empleado, un huésped... alguien que nos vendió por unos malditos dólares. Me hierva la sangre. ¿Cómo puede alguien ser tan rastrero?

Cuando amaneció necesitaba soltar la rabia y por eso me lancé a la piscina. Nadé una, dos, diez, veinte veces, largo tras largo. Desde que Rose apareció en mi vida, esta se ha trastocado entera.

Me había casado y me había olvidado de lo estricto que soy con mi nutrición y con entrenar. Seguí nadando, largo tras largo hasta que los músculos ardieron y los pulmones me pidieron tregua. Salí del agua y entonces la vi. Me la encontré con mi camisa blanca

puesta, que le llegaba hasta los muslos. Su pelo rubio revuelto, sus ojos adormecidos y esa expresión que me descentra por completo. Joder, parecía caída del puto cielo. Y en ese instante, supe que no quería perderla.

Ni ahora, ni mañana, ni nunca.

Durante el día, ella ha insistido varias veces y me ha preguntado si me ocurre algo. Le he dicho que no, porque todavía no soy capaz de decirle que mañana regresamos a casa. Tengo que decírselo, sí. ¿Cuándo? No lo sé.

De tanto posponerlo, llega la hora de la cena, por ser nuestra última noche aquí, la cena se sirve en la playa, y debemos de ir todos vestidos de blanco. Yo me he puesto una camisa blanca de lino con unos pantalones a juego, pero tengo la cabeza en otra parte. Estoy aquí dándole vueltas a todos nuestros problemas mientras la espero, Rose sale del baño y entonces todo se detiene.

Rose aparece con el pelo recogido en una trenza deshecha y un vestido blanco largo que resalta su piel dorada. Lo que os decía, un puto ángel. Sonríó embelesado y le silbo bajito.

—Estás preciosa. —Le digo, embobado.

—Tú tampoco estás nada mal —responde, mirándome como si quisiera desvestirme con la mirada.

Una risa ronca escapa de mi garganta. Me acerco, la sujeto por la cintura y la atraigo hacia mí. Beso su cuello, inhalo su perfume dulce y busco su boca con hambre.

Sus labios me reciben con deseo, como si me hubiera estado esperando todo el día. Su lengua caliente se funde con la mía y mi cuerpo reacciona al instante. Sentirla pegada a mí, hace que quiera arrancarle el vestido y no salir de esta habitación hasta que salga el sol. Mi erección se clava en su vientre y ella sonríe en mi boca.

Joder, me vuelve loco.

Ella parece adivinar mis pensamientos y se aparta de mí para mirarme con picardía. Se retoca el maquillaje como si no acabara de desarmarme y entrelaza sus dedos con los míos.

—Será mejor que vayamos ya a cenar, antes de que me tumbes en esa cama.

—Tampoco es mal plan... tenerte a ti de cena —susurro, y ella suelta una risita que me calienta un poco más.

—Prefiero ser el postre —dice, lanzándome un guiño que me termina de noquear.

A mi pesar, salimos de la habitación. No puedo evitar mirarla y pensar en cómo fui tan imbécil de dejarla marchar aquella vez. Podríamos haber tenido esto años antes, pero por suerte aquí estoy con ella. Es una mujer increíble, de curvas que te incitan a pecar, con una sonrisa luminosa y un corazón que me deja sin aliento.

La cena se celebra en la playa, junto a la orilla. Todo está iluminado con velas. Hay mesas bajas, cojines en vez de sillas y un violinista que toca una melodía que no reconozco, pero que hace todo más mágico.

Nos sentamos en una de las mesas libres, y miro a nuestro alrededor. Por suerte no veo a Matt por ningún lado. Lo prefiero así. No quiero ver a ese capullo que es como una hiena hambrienta.

La cena transcurre demasiado rápida o eso me parece a mí. Rose se está terminando el postre y sé que debo hablar con ella, no puedo posponerlo más.

—¿Por qué me miras así? —Me pregunta, bajito, cerca de mi oído.

—¿Así como?

—Como si yo fuera la ecuación más difícil de resolver de tu vida.

—Porque lo eres —confieso y ella frunce el ceño.

—¿Hay algo que quieras decirme, Dom? —Me pregunta y asiento. No puedo seguir escondiéndoselo.

—Hay algo que debería haberte dicho esta mañana, nada más despertarte —respondo, sincero—. Ven. Vamos a dar un paseo.

Le ofrezco mi mano que ella no tarda en coger, mientras que en la otra lleva las sandalias. Caminamos descalzos por la fina arena blanca, con el sonido del vaivén de las olas rompiendo en la orilla. Respiro hondo, veo como ella me observa expectante, pero no es hasta que estamos lo suficiente lejos del bullicio, que me preparo para hablar.

—¿Qué ocurre? ¿Es sobre nosotros? —Me pregunta preocupada.

—Nosotros estamos bien... al menos por mi parte —comienzo a decirle y ella me interrumpe.

—Y por la mía también —responde con una amplia sonrisa—. ¿Entonces qué pasa?

No quiero que esta noche acabe con una sombra, pero tampoco puedo seguir ocultándoselo. Sé que es nuestra última noche en las Maldivas, que podría ser diferente y pienso hacer que sea inolvidable, pero no puedo seguir ignorando la realidad que nos espera cuando regresemos a casa.

Le hablo del vídeo. De cómo la prensa nos llama farsantes, estafadores. Le cuento que mi productor exige una reunión, una declaración pública y que Tom ha cambiado nuestros billetes de avión.

Rose no dice nada, veo como su rostro va desde el asombro a la tristeza y no hace falta que le explique el resto porque ella sola lo deduce.

—No iremos a ver las auroras boreales —susurra, sin mirarme.

—No iremos por ahora, pero te prometo que tú y yo tenemos ese viaje pendiente. —Le aseguro intentando animarla.

—Más te vale cumplir tu palabra, Dominico —responde con una sonrisa triste que no le llega a los ojos.

Acorto la distancia que nos separa y la abrazo. Ella se aferra a mí, me rodea con sus brazos y solo sentimos nuestras respiraciones que hablan por sí solas. Ambos estamos alterados, pero entonces me doy cuenta de que no importa dónde estemos. Maldivas. Islandia. Los Ángeles. Lo único que importa es esto. Lo que sentimos y lo que somos.

Porque para mí, el paraíso no es un lugar.

Es una persona.

Es ella.

Capítulo 23



Los motores del avión zumban a nuestro alrededor como si intentaran avisarnos de todo lo que nos espera abajo. Afuera, el cielo es de una inmensa tranquilidad, sin nubes y mirarlo me da paz, pero siento que, dentro de mí, hay una tormenta a punto de desatarse.

Estoy acurrucada junto a Dom, su brazo rodea mis hombros como si pudiera protegerme del mundo entero y su camiseta beige se arruga debajo de mi mejilla. Siento cada vez que respira y eso también me calma.

Sus dedos trazan pequeños círculos en mi piel y me acarician el brazo. Pienso en cómo ha cambiado todo en la última semana y sonrío.

Me incorporo un poco, lo miro y me encuentro con su intensa mirada. Tiene una sonrisa relajada, la barba incipiente y ese gesto suyo de seguridad que me hace sentir en casa, aunque vayamos volando directamente hacia el caos.

—No quiero aterrizar —confieso en un susurro y él sonríe de lado, esa sonrisa que guarda solo para mí.

—Lo sé, yo tampoco.

Siento la incertidumbre de nuevo crecer en mi estómago y lo beso. Nuestras bocas chocan con necesidad. Su lengua busca la mía con ternura y hambre, su mano se desliza por mi cintura hasta anclarme a él, como si quisiera decirme que no me va a soltar nunca, pase lo que pase. Nos besamos como si ese instante fuera lo único que existe. Mis dedos se enredan en su cuello, mis piernas buscan las suyas y él suelta una risa ronca.

—Nos van a mirar raro si seguimos así —susurra, sin apartarse ni un milímetro.

—Que miren —respondo y vuelvo a besarlo—. Que vean que esto es real.

Él se separa apenas lo justo para mirarme y comprende todos mis miedos. Entonces me acaricia la mejilla pensativo y sonrío relajado.

—Todo va a ir bien, ¿me oyes? —Me dice, con esa voz grave que no admite dudas—. No hay nada de malo en todo lo que pasó. La realidad es que eres mi mujer. Eres mía, Rose y no hay ninguna mentira ahí.

Siento que un nudo invisible me aprieta la garganta, no por miedo a sus palabras, sino por lo mucho que me está costando creer que esto es verdad.

—Y yo soy tuyo, joder —añade, con su mirada oscura clavada en mí—. Solamente tuyo. Así que no tienes que preocuparte por nada, ¿vale? Juntos daremos la rueda de prensa y aclararemos los rumores, verán que lo nuestro es real. —Él guarda silencio, me acaricia la mejilla con la yema de sus dedos y al ver que no digo nada, continua—. Porque lo es, Rose. Lo nuestro es lo más real que he tenido en mi vida.

Mi corazón se encoge un poco ante su declaración. Dom acuna mi rostro entre sus manos y me besa con delicadeza, como si con sus labios pudiera sellar una promesa.

—Te quiero mi rubia. —Me dice con tanta seguridad que me estremezco y sonrío, sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho.

—Y yo a ti, Dominico. —Le aseguro y él me mira como si acabara de escuchar la canción más bonita del mundo.

—*Pasajeros con destino a Los Ángeles, abróchense sus cinturones, estamos descendiendo y preparándonos para aterrizar* —suena una voz por megafonía.

—¿Preparada? —Me pregunta, aunque ambos sabemos la respuesta.

—No, pero no tengo otra opción —respondo con sinceridad. Dom niega divertido y me aprieta la mano con cariño. Yo entrelazo mis dedos con los suyos y nos miramos como si en ese gesto

sencillo estuviera toda la fuerza que vamos a necesitar para lo que viene.

Capítulo 24



Apenas el avión aterriza y toca el suelo de Los Ángeles, siento que algo cambia. De repente es como si el aire se hubiera vuelto más denso y nuestra burbuja de paz hubiese desaparecido.

Rose sigue sentada a mi lado, se abraza las piernas y aunque todavía estamos en el avión, desde que la azafata indicó que estábamos a punto de aterrizar, se puso unas gafas de sol. Me pregunto si intenta esconderse de lo que nos espera y la verdad es que no la culpo. Ni siquiera yo quiero estar aquí.

Bajamos del avión y en cuanto salimos de la zona de desembarque un aluvión de flashes estallan en nuestras narices. Nos bombardean con preguntas mientras las cámaras se abalanzan sin miramientos.

—¡Dominic, ¿es cierto que fue un montaje?!

—¡Rose, ¿estás embarazada?!

—¡¿Qué tienen que decir a sus fans?!

—¡¿Siguen juntos o ya habéis roto?!

El sol pega fuerte, pero el calor no tiene nada que ver con lo que siento dentro del pecho. Solo la busco a ella y le cojo la mano de inmediato para acercarla a mí. Como si pudiera ser su escudo contra todos ellos, cuando sus dedos rozan los míos, noto que su piel está fría. Ella no dice nada, ni una palabra. Tan solo camina junto a mí, con la cabeza gacha como si quisiera desaparecer detrás de mi sombra. Mi instinto me grita que saque a mi mujer de aquí lo antes posible.

Tom nos espera a la salida en un coche negro, con las ventanas tintadas y con el motor encendido. Cuando llegamos, nos

abre la puerta trasera, Rose entra primero y yo la sigo. En cuanto estamos dentro del coche, Tom nos saca del bullicio.

—Dominic, tienes el discurso en tu correo. Léelo. —Me ordena—. Tienes una hora para aprenderlo.

—Vale... ¿y el de Rose? —Le pregunto mientras desbloqueo mi móvil y busco el archivo.

Tom suelta una risa divertida, como si le hubiera contado un chiste y me mira por el espejo retrovisor.

—Ella solo tiene que estar a tu lado y sonreír. Nada más. —Nos comenta.

Miro a Rose, que aún lleva las gafas puestas, pero sus labios forman una fina línea tensa. No dice nada, sé que esto no es para nada a lo que está acostumbrada. Trago saliva con dificultad y aprieto su mano en silencio, pero no la siento devolverme el gesto. El coche serpentea por las calles de Los Ángeles y el ruido del tráfico me incomoda un poco más.

Mientras atravesamos media ciudad, leo el discurso sintiendo cómo los nervios me bailan en el estómago. Me fijo en que está perfectamente estudiado, con palabras perfectas y frases cuidadas en las que explico que nuestra relación es real y que el amor surgió de forma inesperada. Todo preparado.

Rose apoya la cabeza contra el cristal, suelta un suspiro que parece llevar mucho rato conteniendo y mira distraída la ciudad como si su mente estuviera en otro sitio. Bloqueo el móvil y me acerco un poco a ella, acaricio con mi mano su muslo con delicadeza y capto su atención.

—¿Estás bien?

Ella asiente sin hablar y vuelve a mirar a la calle. No insisto, tampoco quiero agobiarla más de lo que debe de estar.

Cuando llegamos al edificio de la productora, cierro los ojos un instante e intento concentrarme, nos espera una rueda de prensa intensa. Me fijo en el rascacielos de acero y vidrio, donde he venido tantas veces, pero siento que esta vez todo es diferente. Tom baja primero, rodea el coche y nos abre la puerta. Cojo a Rose de la mano y cruzamos la recepción en dirección al ascensor que nos

espera con las puertas abiertas. Al entrar, veo que ya están dentro Mauro Gibson, el productor, y su hija Ashley.

—Dominic, bienvenido. —Me dice Mauro con su tono diplomático. —Señora Spencer, encantado de conocerla —. Le dice a Rose, mientras le da la mano.

—Un placer conocerlo, señor Gibson —responde mi chica con una diplomacia que parece ensayada.

Ashley en cambio no saluda, se mantiene a un lado y solo nos mira como si fuéramos un circo ante sus ojos. Me fijo en cómo observa a Rose con superioridad y me tensa. La observo de reojo y pienso en que si le dice algo para herirla, lo que sea, estoy listo para saltar, pero no lo hace. Solo se retoca el labial en el reflejo del ascensor. Así que prefiero ignorarla.

Subimos hasta el último piso. Tom me repite las frases claves como si yo no supiera hablar y Rose se mantiene en una esquina, en silencio. Ni siquiera me mira cuando las puertas del ascensor se abren. Veo que la sala de prensa está ya montada. Cámaras alineadas, periodistas sentados y focos encendidos. Rose sigue sin soltar mi mano y camino junto a ella para sentarnos a la mesa junto a los micrófonos.

La sala está llena y nada más me siento, me preguntan sobre el vídeo y sobre si fue un montaje. Una reportera de una revista del corazón asegura que por fuentes confiables, lo nuestro fue una campaña mediática para subir la audiencia de la próxima temporada. Siento cómo me hierve la sangre, sé que debo de ceñirme al discurso, pero no soy capaz.

—¿Está usted diciendo que me casé con mi mujer solo para subir números de audiencia? —Le pregunto, intentando no perder el control.

La mujer se queda en silencio, no responde y miro a Tom que ahora mismo estará deseando estrangularme, pero me da igual. No pienso ceñirme al discurso.

—Os aseguro que no hay montaje, ni engaños. —Les digo a todos con firmeza—. Solo somos una pareja que cometió errores, sí, pero que se ama de verdad. Rose es mi esposa, nos casamos una

noche de locura y sí, estamos juntos. Nadie puede decidir por nosotros lo que sentimos. Fin del comunicado.

Me levanto del asiento como si me quemara, busco la mirada de Rose que me sonríe ante todos, pero conozco su sonrisa, y veo que sus ojos zafiro están apagados. Se ve sobrepasada por todo lo acontecido, camina con la espalda recta a mi lado, en un gesto que parece impasible, pero yo la conozco y sé que no está tan tranquila como aparenta.

No respondo ninguna pregunta más, no soporto ver cómo algo en mi chica se está rompiendo. Nos reunimos en la oficina del director y Tom me sonríe satisfecho y Mauro me felicita como si acabáramos de vender un coche. Mientras que Ashley nos mira como si fuéramos parte de un *reality* cutre. Odio todo esto.

—Dominic, he hablado con Tom y mañana empezamos las grabaciones de la nueva temporada. A las ocho en punto te quiero en el estudio. —Me informa Mauro.

—¿Mañana? —pregunto como si no hubiese oído bien—. ¿Por qué la has adelantado?

—Hay que aprovechar el momento, para lanzar la nueva temporada cuanto antes. Estamos en récord de horas audiencias y no quiero que decaiga. Así que, si me disculpas, tengo más cosas que hacer.

—Está bien, hasta mañana. —Le digo digiriendo la información.

Salimos del edificio y me siento exhausto, manipulado y vacío. Rose camina a mi lado y todavía no ha dicho ni una palabra desde que saludó a Mauro. La cojo de la mano y la guío hasta el coche.

—¿Estás bien? —Le pregunto abriendo la puerta para que suba.

—Sí, solo necesito descansar —responde sin mirarme.

Asiento, me subo junto a ella y miro a Tom que está tras el volante.

—Conduce hasta mi casa.

—¿Seguro? Teníamos reservado un restaurante...

—He dicho, a casa.

El coche arranca. Me inclino hacia Rose, le cojo la mano otra vez, la beso en el dorso, sintiendo su pulso bajo mis labios y le doy un

suave apretón. Ella me sonríe, pero es una sonrisa triste. Una sonrisa que me duele más que cualquier palabra.

No dice nada y yo tampoco, pero dentro de mí, todo grita. Sé que nos amamos, pero también sé que esto va a ser difícil. Sin embargo, mientras tenga su mano entrelazada con la mía, me aferro a la esperanza de que solo tenemos que aguantar la tormenta.

Capítulo 25



Desde que regresamos del viaje la realidad no ha hecho más que golpearme en la cara. Primero fueron las preguntas incómodas a la salida del aeropuerto, luego la rueda de prensa en la sede del productor de Dom y después los paparazzis agolpados en la verja de la casa. Apuntándonos con sus cámaras desde el coche y gritando preguntas que se sienten como puñales disfrazados.

Y yo... Yo me siento como una marioneta. Una sin hilos, pero con una cuerda invisible atada al cuello que me ahoga y no me da voz. Dominic intenta protegerme, lo sé y no puedo culparlo de lo que lo rodea. Él también es víctima de este monstruo brillante llamado Hollywood, pero desde que cruzamos la puerta de la casa a mediodía, no hemos salido más. El mundo ahí fuera parece más cruel de lo que imaginé, y yo... nunca pedí nada de esto.

Apenas hemos hablado desde que llegamos a su casa. Él ha estado encerrado en su estudio toda la tarde, estudiando el guion para las grabaciones que empiezan mañana. Yo he pasado las horas leyendo, hablando con Camila, y he intentado no sentirme como una intrusa en una vida que no me pertenece.

Jeffrey el mayordomo me informó de que Dom no vendría a cenar, así que cené con el servicio en la cocina hace un rato. Me estoy tomando una infusión cuando baja Dom con el guion en la mano y unas ojeras de mapache en su rostro. Se sienta en la isla de la cocina frente a mí y aunque estamos en la misma estancia, siento que pertenecemos a galaxias opuestas. La televisión está encendida, pero en silencio. Las noticias del corazón llenan la pantalla con imágenes nuestras.

—¿Qué tal lo llevas? —Le pregunto, mientras remuevo la infusión para distraerme.

—Mejor de lo que esperaba —responde cansado—. Mauro quiere aprovechar la atención mediática.

Claro que sí, lo importante no es cómo nos sentimos. Lo importante es aprovechar el escándalo para sacar provecho a costa de nuestras vidas. Tomo aire y decido cambiar el tema.

—Camila me llamó hace un rato —comienzo a decirle.

—¿Sí? ¿Qué tal está?

—Bien. Llega esta noche, quizás esté ya al llegar. —Le cuento y lo miro—. Me recordó que las clases comienzan en menos de dos semanas y aún no tenemos un piso donde vivir el curso que viene.

—¿Vas a volver a Bakersfield ya? —Me pregunta con el ceño fruncido.

—Sí, me iré con ella mañana por la mañana. —Le confieso y veo como su mirada se ensombrece.

—¿Dónde vas a dormir? —Me pregunta pasándose una mano por la cara cansado.

—Todavía tenemos las llaves del antiguo apartamento —respondo, encogiéndome de hombros—. El contrato no vence hasta dentro de una semana. Tenemos tiempo para buscar uno nuevo.

—Ya nos organizaremos —dice, con una voz más suave de lo que esperaba—. Para estar juntos, digo.

—No lo dudo. —Le sonrío, aunque mi corazón duele un poco al decirlo.

Porque lo sé, soy realista y es que entre nosotros todo fluye cuando estamos solos. Cuando no hay cámaras, ni periodistas, ni productores interesados... Pero el resto del tiempo... es como si me ahogara cada segundo. Él se pone de pie, rodea la isla y se detiene a mi espalda.

—Voy a aprovechar antes de que venga mi hermana y te lleve con ella —dice en tono travieso.

—Ah, ¿sí?

—*Ajam...* —Murmura con voz ronca.

Y entonces, en un movimiento rápido me coge en brazos y me sube al hombro, como si pesara lo mismo que una almohada.

—¡Dom! ¡Bájame, estás loco! —Me quejo sonando poco convincente cuando una risa se me escapa sin querer.

—Pienso darte todos los besos que no te he podido dar hoy. —Me advierte, caminando hacia el pasillo mientras yo río—. Y recordarte que solo me importas tú y que el resto del mundo puede arder.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una promesa.

Y por un instante, por uno solo, me siento viva y capaz de todo. Cuando llegamos al dormitorio, nos dejamos caer sobre la cama entre risas, nuestras piernas se enredan y su boca busca la mía con un hambre dulce. Dom me besa como si pudiera curarme con sus labios y como si pudiera borrar el ruido mental del mundo que nos rodea. Sus dedos se entrelazan con los míos, se aparta un segundo de mí y me mira de una forma que me traspasa, que me cala y hace que mi corazón se acelere solo.

—¿Sabes lo que más odio? —Le digo, bajando la voz.

—¿Qué?

—Sentirme invisible a tu lado. —Le confieso, él frunce el ceño y me acaricia la mejilla.

—Nunca serás invisible para mí, Rose. —Me asegura.

—Lo sé, pero para el resto del mundo... lo soy. No soy actriz, ni modelo, ni tengo una carrera pública. No tengo un equipo que hable por mí. Solo tengo mi nombre y hasta eso parece que me lo quieren arrebatar. —Susurro, confesándole como me siento.

—Todo esto pasará. —Me promete—. Las cosas se calmarán. Dom me envuelve con sus brazos, me aprieta con fuerza y me hace sentir en casa.

—No es solo eso —murmuro, con la voz temblando—. Es todo. Es esta ciudad, este mundo tuyo... Todo parece tan falso, todo está medido, ensayado y preparado.

—No todo —responde en voz baja—. Lo que sentimos, nunca se preparó rubia.

Le creo. Lo miro y me pierdo en sus ojos negros, que me atrapan y me arrastran hacia nuestra burbuja, donde solo existimos él y yo. Porque por más que esta historia comenzó con una mentira

compartida... Lo que renació entre nosotros es más real que cualquier verdad que haya dicho en voz alta.

Dom me observa en silencio, con esa forma suya de mirarme que me desnuda sin tocarme, cómo si pudiera leer cada pensamiento que cruza mi mente y supiera exactamente lo que necesito incluso antes de que yo misma lo sepa.

Me atrae hacia él y nuestras bocas colisionan. Nuestras lenguas se buscan con hambre. Me coloco a horcajadas sobre él, mis piernas se aferran a su cintura mientras sus manos fuertes me recorren la espalda, bajando por la curva de mi cuerpo, hasta atraparme los glúteos con firmeza. Me aprieta contra él como si intentara borrar el espacio y fundirnos en uno solo.

Mis dedos trazan un camino invisible por su cabeza, hasta enredarse en su cabello. Lo tiro ligeramente y él gime, esa clase de sonido gutural que hace vibrar todo dentro de mí.

Dom me levanta la falda del vestido, baja la liguilla de mis braguitas y me deja caer de espaldas sobre las sábanas. Se pone de rodillas frente a mí y me observa unos segundos desde arriba, devorándome con los ojos. Agarro el filo de su camiseta y segundos después ambos estamos desnudos.

Su cuerpo se inclina sobre el mío, su calor me envuelve y su piel es fuego contra la mía. Sus dedos dibujan senderos por mi vientre, mi cintura, mis caderas, hasta acariciar mis pliegues, mientras que con su lengua encuentra mis pezones. Los envuelve con una lentitud calculada, provocándome jadeos rotos y espasmos suaves de placer que se enredan en mi columna. Cada roce suyo es una tortura dulce y él lo sabe.

Alargo el brazo hasta la mesita de noche, tanteando con urgencia. Encuentro el preservativo. Dom me observa mientras lo abro, sin dejar de acariciarme y besarme. Su erección late contra mi muslo, caliente y palpitante. La envuelvo con mis dedos, lo acaricio y lo siento duro en mi mano. Sus ojos se entrecierran y su boca se entreabre con un suspiro contenido.

—Rose... —musita, como una súplica.

Le entrego el preservativo y él se lo coloca en silencio, sin apartar la mirada de mí, como si así pudiera contener la avalancha de deseo

que nos consume. Me acaricia con su erección, rozando mis pliegues húmedos con un vaivén suave y provocador. Un gemido escapa de mis labios, uno que él recoge con una sonrisa triunfadora.

Y entonces entra.

Lento.

Profundo.

Mi espalda se arquea.

Un solo movimiento que me parte en dos, que me llena y que me ancla a este instante como si nada más existiera. Mis uñas se clavan en su espalda y un gruñido gutural escapa de su garganta cuando nos fundimos por completo. Y el mundo, simplemente, desaparece...

El ritmo se intensifica. Cada embestida es una declaración de que lo que sentimos no se puede fingir. Nos movemos con la sincronía de dos cuerpos que se conocen, que se buscan y que se desean. Nuestros jadeos se mezclan y se ahogan con nuestras lenguas, mientras que los movimientos se vuelven más rápidos, exigentes y primitivos hasta llevarnos al límite. El placer se acumula en espirales, se enreda en mis músculos y se tensa en mi vientre como una cuerda a punto de romperse.

—Mírame. —Me pide, con voz ronca, mientras me embiste más hondo y más fuerte—. Te necesito, ahora y siempre.

Lo miro y me pierdo en el placer que estalla en mi cuerpo. Dom se hunde sin control sobre mí unas cuantas veces más, hasta que un gruñido hace que su cuerpo se tense sobre el mío, sus sacudidas se ralentizan y segundos después sale de mí.

Se tumba a mi lado, se quita el preservativo y me envuelve entre sus brazos. Nos quedamos en silencio, mientras nuestras respiraciones se mezclan erráticas. Mis dedos dibujan líneas invisibles en su pecho, mientras que él me acaricia el cabello, con ternura.

—¿Sabes qué me asusta? —susurro mirándolo.

—¿Qué?

—Que ahí afuera todo esté diseñado para romper lo nuestro.

—Le confieso y él me aprieta más contra sí.

—No vamos a dejar que lo hagan.

- No quiero perderme en este mundo, Dom.
- No lo harás. —Me asegura sin dejar de acariciarme.
- No estoy hecha para ser observada por tantas cámaras.
- Tal vez no, pero estás hecha para mí.

No le respondo, pero le quiero creer. No sé si podemos ganar esta guerra, contra el mundo de la fama que solo quiere espectáculo. Dominic me besa en la frente y hunde su nariz en mi pelo, inhala mi perfume y luego suspira.

—Te amo Rubita. —Me susurra al oído y sonrío, con el alma temblando.

—Y yo también te amo, Dominico.

Cierro los ojos y me dejo llevar por este momento. Mañana la realidad nos dará caza, pero esta noche, somos solo nosotros. Y por un instante, todo lo demás no importa y el mundo puede arder.

Dom se queda dormido, está agotado. Yo también lo estoy sobre todo por el cambio de horario de las Maldivas y Los Ángeles, pero le dije a Camila que la esperaría despierta. Me levanto con cuidado, me pongo su camiseta y salgo de la habitación. Camino descalza hasta el ventanal del final del pasillo. Desde aquí se ve que algunos paparazzis siguen afuera, esperando captar alguna exclusiva. Me abrazo a mí misma y veo que algunos flashes saltan por la llegada del coche de Camila. Regreso al dormitorio y veo que Dom sigue dormido, se ha girado hacia mi lado de la cama. Me acerco a él, me inclino con cuidado y le doy un beso en la frente. Salgo con cuidado y cierro la puerta. Me dirijo al cuarto de baño para peinarme y tener buen aspecto para recibir a mi amiga, me miro en el espejo y me repito una vez más que estoy bien, que estamos bien y solo espero que así sea.

Capítulo 26



Amanece y la casa está en silencio. Abro los ojos con la sensación de que me falta algo. Al girarme, confirmo lo que ya sabía, la cama está vacía. El lado de Rose está intacto, seguramente se quedó hasta tarde hablando con Camila y se quedaron dormidas juntas. Me quedo en la cama unos segundos más, con la cabeza apoyada en la almohada que todavía huele a ella.

La imagen de anoche de ella riendo mientras la cargaba en mis hombros, su cuerpo rendido al mío, sus besos y su risa contra mi cuello es una fantasía hecha realidad. Y luego, esa última conversación que tuvimos sobre la realidad, de que nos hemos convertido en puro entretenimiento para todo el país. Es triste y real.

Me levanto con desgana, camino hasta la habitación de invitados y recuerdo aquella primera noche que Rose se hospedó en casa. Abro la puerta con sigilo y la encuentro junto a mi hermana durmiendo. Sonrío, sintiendo un poco de alivio en el pecho, aunque sé que hoy se van para Bakersfield y eso ensombrece mi ánimo. Me acerco y beso su frente muy despacio, saboreando este momento e inhalo su perfume.

Paso por la cocina a por un café. Tom me va a recoger en media hora para llevarme al set, hoy es el primer día de rodaje.

El show debe continuar.

Claro que sí.

Me ducho en silencio, me visto sin pensar demasiado y mientras me abrocho la camisa, me fijo en mi reflejo en el espejo, tengo cara de cansado. La verdad que no he dormido bien, el *jet lag* tarda unos días en desaparecer.

Cuando salgo de casa el coche de Tom ya está esperándome en el jardín. Siempre puntual.

—¿Listo? —Me pregunta sin levantar la vista del móvil.

—Lo suficiente.

No dice nada más y arranca. Mientras cruzamos la ciudad, las calles me parecen irreales, como si todo fuera una escenografía. Me doy cuenta de que Rose tenía razón, Hollywood es una ciudad hecha de fachadas.

—La prensa os dará un respiro. —Me informa Tom sacándome de mis pensamientos—. La rueda de prensa ayudó y has ganado simpatía en redes sociales, eso es bueno.

—¿Y Rose? —Pregunto porque es lo que realmente me importa.

Tom me lanza una mirada rápida, como si evaluara cuánto me importa la respuesta y vuelve a clavar la vista en la carretera.

—Hay quienes la tachan de oportunista, otros la defienden... Pero desde luego siguen muy interesados en ella. Hasta hace unas semanas era una chica normal de bajo perfil, pese a ser la prometida del famoso diseñador Matthew Mc Clan, pero por ahora la dejarán en paz.

«Por ahora». Dos palabras que me encienden por dentro. Rose es fuerte, pero también es sensible y este no es su mundo. Ella pertenece a lugares con olor a café, telas de colores y libros abiertos, no a platós fríos e impersonales con cámaras en cada ángulo.

Llegamos al set de rodaje y todo ocurre de inmediato. Maquillaje, vestuario, reunión con el director. Me entregan las hojas del guion con nuevas correcciones de última hora y apenas tengo tiempo para leerlas antes de que me digan que comenzamos a grabar.

Camino hacia el decorado con una taza de café en la mano que no he probado, mientras sigo intentando enfocar mi mente en la escena que vamos a grabar, pero mi cuerpo está como en piloto automático.

Ashley, la hija del productor, está ahí lista para grabar la primera escena junto a mí. Me saluda con su sonrisa ensayada y esa

mirada forzada en sus ojos que no me transmite nada.

—¿Estás bien? —Me pregunta con voz vacía de sentimientos.

—Perfectamente —miento.

La escena comienza y tenemos que interpretar una discusión entre los personajes. Ashley llora, yo suplico. Ella se va y yo la dejo marchar.

Entre toma y toma, pienso en Rose. En cómo me mira y me hace sentir que soy yo mismo, porque con ella no necesito guion, ni actuar. Simplemente soy.

Grabamos hasta tarde. Me obligan a repetir una escena once veces. Estoy agotado y una parte de mí ni siquiera sabe si lo está haciendo bien. Mi cuerpo responde, pero mi mente está pensando en ella. Seguramente ya está en su antiguo apartamento en Bakersfield, quizá esté deshaciendo la maleta o se haya duchado y esté leyendo una de esas novelas románticas en su *Kindle*.

Cuando por fin termina la jornada, me duele la cabeza de manera insoportable. Me subo en el coche de Tom y le pido que conduzca en silencio. No quiero música, no quiero hablar. Solo quiero llegar a casa.

Aunque mi casa sin Rose, se siente demasiado grande y vacía.

Una vez dentro, saludo a Jeffrey, paso por el salón, por la cocina en la que me espera la cena y todo sigue igual que antes de casarme con ella. Una vida que ya no me pertenece, porque todo ha cambiado. Camino hasta el dormitorio y me dejo caer sobre mi cama. Desbloqueo mi teléfono. Tengo un mensaje de ella de hace horas, en el que me avisa de que ya habían llegado y me deseaba suerte en mi primer día. Sonrío y me siento un poco culpable de no haber tenido ni un jodido minuto en el día para mirar el móvil y responderle. Pienso en llamarla, pero miro la hora y no quiero interrumpirla si está durmiendo. Así que le escribo un mensaje.

Hoy ha sido un caos. Ya estoy en casa y te echo de menos. Espero que estés bien. Te quiero rubita.

Lo envío y lo bloqueo, no espero una respuesta inmediata. Cierro los ojos y respiro hondo. Recuerdo su risa y la forma en que me dice «Dominico». Pienso en la manera en la que suele acariciarme la mejilla justo antes de besarme. Joder, quiero que vuelva.

Me despierto de madrugada, sudando y desorientado. He soñado con una versión de nosotros dos que no tiene que esconderse, que puede caminar por la calle libre sin que nadie opine. En el sueño, ella me prometía que «todo iba a ir bien» y por un momento en ese sueño... la creía, pero sé que la realidad no es tan sencilla.

Miro el techo en la oscuridad. Me pregunto cuánto tiempo tardará el mundo en dejarnos en paz y me hago una promesa silenciosa. La próxima vez que la vea, voy a recordarle con cada caricia, con cada beso y con cada palabra... que no importa la distancia, ni lo que digan. Lo que tenemos es nuestro y de nadie más.

Capítulo 27



Los días pasan, hablo con Dom por teléfono y cuando tiene un hueco en la hora del almuerzo hacemos vídeollamada. A veces, simplemente nos escribimos a destiempo, porque Dominic graba desde temprano hasta que cae la noche.

Su trabajo es agotador, todo el día entre cámaras, guiones, directores que gritan desde el monitor y fans que esperan a la salida del rodaje para tomarse juntos una foto. Yo no encajo ahí, lo sabía antes y lo sé ahora. Pero me aferro a nuestra burbuja, en la que solo cabemos nosotros y él deja de ser ese famoso actor que acapara portadas y solo es un hombre que ama de verdad. Porque cuando me envuelve en sus brazos es como si el mundo desapareciera.

Camila y yo nos hemos instalado en el antiguo apartamento cerca de la universidad de Bakersfield, mientras buscamos otro, porque este se ha vendido. Por suerte el contrato de alquiler tiene vigencia unos días más. Aunque no sé si encontraremos algo parecido. Esta casa es pequeña, pero tiene recuerdos, desde nuestro primer día en la universidad hasta hoy y le tenemos cariño.

Desde que llegamos Camila está durmiendo en casa de su novio. Se excusa con darme espacio con Dominic. Aunque lo único que compartimos son mensajes y llamadas entre escena y escena, pero la entiendo. Si yo tuviera a Dom cerca, también dormiría con él cada noche.

Por ahora, nos toca adaptarnos a nuestra nueva rutina. Solo espero que sea cuestión de tiempo y que Dom y yo, cuadremos nuestras obligaciones para vernos, aunque sea los fines de semana.

Hoy hace frío, el sol no ha salido en todo el día y el sonido de las gotas de lluvia contra la ventana es reconfortante. Estoy en pijama, tirada en el sofá, viendo la serie que hizo famoso a Dominic. Él odia que la vea, siempre me dice que el personaje no tiene nada que ver con él, pero me ayuda a tenerlo cerca.

La lluvia me trae recuerdos de hace apenas una semana cuando estábamos en el paraíso. Añoro el sonido de las olas romper en la orilla, el azul turquesa de sus aguas cristalinas, pienso en Dom y en cómo fue derribando ladrillo a ladrillo la muralla que durante años yo había construido entre ambos.

Mi móvil suena y veo que es un correo electrónico. Pienso que será publicidad, pero al ver que es de la Universidad Estatal de Bakersfield, me tenso. Abro el mensaje, lo leo y de pronto, el mundo se congela.

**Tras una evaluación extraordinaria del comité académico, debido a sus recientes acontecimientos de exposición mediática que afectan negativamente la imagen de nuestra institución, lamentamos comunicarle que su beca de estudios ha sido revocada y su matrícula, cancelada de forma inmediata*.*

Vuelvo a leerlo varias veces y siento que mis manos tiemblan y todo mi cuerpo está en *shock*.

Estoy... expulsada.

La universidad, el lugar al que he entregado años de mi vida, me echa. No por malas notas o por mala conducta, sino por imagen. Por una jodida boda que ni siquiera planeamos.

No sé cuánto tiempo paso con la pantalla encendida. Una parte de mí quiere llorar, gritar o romper algo por la impotencia que siento, pero la otra parte está demasiado agotada de toda esta situación. Es como si algo en mi interior se hubiera desgarrado en silencio.

Pienso en mi tía. En sus manos ásperas por años de trabajo, en cómo guardó cada dólar para dejarme un pequeño fondo con el que pude pagar mi primera matrícula de la universidad. Recuerdo

sus últimas palabras antes de morir... «Sé independiente, Rose. Diseña tu camino».

Ahora, todo mi futuro se ha esfumado y siento que la he defraudado. Lllaman a la puerta de casa y me sobresalto. Me limpio las lágrimas que no sé cuándo comenzaron a caer y camino hasta el baño para echarme agua en la cara. Respiro y sonrío intentando parecer serena, pero mis ojos me delatan. Aun así, me obligo a respirar hondo y abro la puerta.

—Hola, mi amor —dice Dom con esa sonrisa que derrite un glaciar entero.

Dominic, me besa antes de que pueda decir algo. Me envuelve en sus brazos y me entrega un ramo de flores de muchos colores.

—Estás preciosa... —Susurra, y me estudia con esa mirada que me conoce demasiado—. Pero, ¿te encuentras bien?

—Sí —miento—. Solo estoy cansada. ¿No estabas trabajando? —Le pregunto confundida.

Él se acerca más y me aparta un mechón de pelo del rostro.

—Te echaba de menos. —Sonríe—. He salido antes del rodaje y he pensado en salir a cenar juntos y que luego seas mi postre. — Me asegura con una sonrisa canalla.

Me río con una mezcla de alivio por tenerlo aquí y porque pienso en lo contradictorio que es todo. Cómo a la vez puedo sentirme tan desgraciada y tan afortunada.

—Dame diez minutos. —Le pido.

Él asiente feliz y se sienta en el sofá a esperar que me cambie de ropa. Me encierro en el dormitorio para vestirme. Escucho cómo apaga la tele porque no soporta que vea sus series y lo oigo silbar distraído. Me apoyo contra la puerta, cierro los ojos y respiro.

No puedo contarle la noticia que acabo de recibir.

Llevamos días sin vernos y no pienso estropearlo.

Hoy no.

Ha conducido casi dos horas para estar aquí conmigo, y sé que si le cuento que todo por lo que he luchado se ha derrumbado, sé que se sentirá culpable y no es así.

Respiro, me maquillo rápido, me pongo un vestido de satén en verde militar y me pongo unas sandalias de tacón doradas a

juego con el bolso. Sonríó en el espejo del cuarto de baño antes de salir y respiro una vez más repitiéndome que lo arreglaré. Cuando salgo, él se pone de pie, me observa de arriba abajo y sonrío.

—Estás... increíble —dice, ofreciéndome su mano.

Ha dejado de llover, pero está todo mojado. Dom insiste en ir andando porque quiere disfrutar cada segundo juntos. Él camina a mi lado como si le importara una mierda que en cualquier momento puede comenzar de nuevo a llover.



Fuimos a cenar a un italiano precioso, escondido en una callejuela del centro de Bakersfield, con luces cálidas colgando del techo y el aroma a albahaca flotando en el aire. Dom pidió vino, yo fingí tener hambre. Sonreí lo justo, hablé lo necesario y reí cuando tocaba. Hice todo lo que se espera de alguien que está bien o que al menos quiere aparentarlo. No quería preocuparlo. Tenía suficiente con lidiar con la prensa y luchar porque su carrera no se fuera a la mierda por cualquier noticia fuera de contexto.

Hice el papel de mi vida y lo hice bien. Él me miraba con esa mezcla entre ternura y deseo que tanto me desarma. Me acariciaba la mano por encima de la mesa. Yo sentía como si fuera suficiente el roce de sus dedos para mantenerme de una sola pieza y en ese instante, era justo lo que necesitaba.

Después volvimos a casa. Hicimos el amor con necesidad y con esa intensidad que viene del deseo acumulado y la falta de tiempo. Me aferré a él como si pudiera evitar lo inevitable y aun así, en medio de tanto amor, sentía que yo ya estaba rompiéndome por dentro.

Él me besó una vez más, me abrazó y en cuestión de minutos, cayó rendido. El cansancio del rodaje lo arrastró como una marea. Yo en cambio, me quedé despierta con el corazón latiendo demasiado fuerte y un nudo en el estómago apretándome más, por cada minuto que pasaba.

Vuelvo a leer el correo de la universidad y me cercioro de que no hay un nuevo correo que rectifique el anterior. Estaba a punto de comenzar mi último año, era la recta final para lograr el título por el que había trabajado duro. Eran muchas noches sin dormir, para entregar los bocetos lo más impecables posibles... ¿Y ahora? Todo se ha acabado, por amar a alguien como Dominic Spencer, y no porque él me haya hecho daño, pero su mundo y su fama... Me ha costado mi futuro.

Y lo más cruel de todo es no llamarme para una reunión previa, solo han leído los titulares, no me han dado una sola oportunidad de explicarme y me han expulsado. Me tapo la cara con las manos, para ahogar el llanto. Me levanto con cuidado y salgo de mi dormitorio rota en silencio.

No puedo decirle nada.

No quiero que se sienta culpable.

No quiero que se sienta responsable.

No quiero que me rescate.

Abro mi portátil, escribo un mensaje al decano de la universidad, pidiendo una revisión de esa decisión y una reunión para dejar que me explique. Le doy a enviar y veo que es bien entrada la madrugada, tendré que esperar a mañana, así que me acuesto de nuevo junto a Dom y deseo que todo esto solo sea una pesadilla de la que mañana despierte.

Me duermo solo unas horas antes del alba y cuando despierto, él ya no está. En su lugar hay una nota sobre la almohada.

**Tienes el desayuno preparado en la cocina. Regreso a grabar a Los Ángeles, te llamo luego. Te quiero. Dom.*

Pd: Ya te echo de menos.*

Doblo el papel con cuidado, como si pudiera guardar con él un poco de paz. Me levanto, camino descalza por la casa en silencio y encuentro en la cocina cruasán, sandía cortada y café recién hecho. Me hace sonreír, pero la sonrisa dura lo que tardo en recordar que estoy esperando una respuesta de la universidad.

Me siento a la mesa y voy a darle el primer bocado al cruasán. No puedo, lloro. Me tiemblan las manos y no puedo desayunar pensando en si desestiman mi petición... ¿Qué voy hacer?

Entonces la puerta de casa se abre. Me seco las lágrimas con rapidez y trato de recomponerme. Camila entra como un torbellino, con el pelo recogido en un moño deshecho y el móvil en la mano.

—¿Qué te ocurre? —Me pregunta al verme—. ¿Estás embarazada? —Me interroga y niego—. ¿Te ha dejado mi hermano?

—No, Camila —susurro, y en ese momento me rompo del todo—. No... No es eso.

—Me estás asustando, Rose. —Mi amiga se acerca y me abraza con fuerza— ¿Qué te pasa?

—Me han expulsado de la universidad. —Le informo y Camila parpadea.

—¿Qué?

—Me han quitado la beca —continúo—. Dicen que no pueden tenerme como estudiante por estar involucrada en una polémica mediática. Como si yo fuera una mancha en la reputación de la universidad. Como si por enamorarme de Dom...

—Rose, eso es... eso es una locura. —Me dice perpleja y le enseño el email que no tarda en leer—. No pueden hacer eso. ¡Es tu último año!

—Lo sé —respondo, apenas en un susurro—. Pero lo han hecho, les he escrito y voy a arreglarlo.

—Acaban de contestar. —Me dice mostrándome la pantalla de mi móvil.

El corazón me da un vuelco, mis latidos se aceleran y por un instante dejo de respirar. Leo el correo. Han desestimado mi propuesta, rechazándome una vez más. El llanto sale de mi garganta y me rompe en dos. Camila me abraza más fuerte y me acaricia la espalda.

—Dom te ayudará. Tiene buenos abogados. —Me asegura y niego.

—No pienso decirle nada a Dom.

—¿Cómo qué no? ¡Tiene que saberlo!

—No, Camila —digo con firmeza—. No quiero que sienta que tiene que solucionar mi vida. Me niego a que me mire como si fuera una carga. No quiero que la prensa saque nuevos titulares. —Estoy cansada de ser el centro de la diana—. Mi vida era tranquila, tenía un sueño y ahora... Todo se ha esfumado.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —respondo y Camila me acaricia la mejilla con ternura.

—Tengo que ir a desayunar con Bruno y su madre. No puedo dejarlos plantados porque es el cumpleaños de su madre, pero en cuanto regrese... lo hablamos, ¿sí? Lo arreglaremos juntas. —Me promete y asiento.

—Ve tranquila. Estoy bien —miento.

Camila se cambia rápido, me lanza un beso al aire y se marcha con una mirada cargada de preocupación. Cuando la puerta se cierra lo hace con un suave clic que me suena como a despedida.

La casa queda en silencio y solo se oye el repiqueteo de la lluvia golpeando los cristales, mi respiración entrecortada... y el ruido sordo de todo lo que ya no sé cómo sostener.

Me levanto y camino hasta mi habitación. Abro el ropero y hago lo único que sé hacer cuando el mundo pesa demasiado. Desaparecer. Saco mi maleta de viaje y empiezo a guardar mis cosas sin pensar.

En este instante, solo veo una única forma de volver a respirar y es alejándome de todo. Necesito dejar de ser la marioneta que todos juzgan y miran. Necesito dejar de ser el centro de una historia que ya no reconozco como mía y recuperar a la Rose que era antes de todo.

Capítulo 28



El rodaje termina antes de lo previsto, pero apenas escucho lo que dice el director cuando acabamos. Mi mente está en otro lugar. Subo a mi coche. Pongo el motor en marcha y conduzco de regreso a Bakersfield, es como si algo dentro de mí supiera que algo no está bien. Mi instinto me lo dice, sintiendo una incomodidad punzante en el pecho. Tiene el móvil apagado y no me responde al teléfono. Además, he llamado a Camila y me ha confirmado mi temor.

Rose, se ha ido.

Anoche cuando estuvimos juntos, noté que había algo que le preocupaba, no me lo quiso contar y simplemente pensé que necesitaba su espacio, ahora me arrepiento de habérselo dado. El camino se me hace eterno y cuando por fin subo las escaleras hasta su piso, noto cómo la ansiedad me sube por la garganta. Llamo al timbre y golpeo la puerta.

Mi corazón se salta un latido cuando oigo pasos y la cerradura cruje, la puerta se abre y tras ella aparece mi hermana que no se sorprende de verme.

—Dom...

—¿Dónde está, Camila? —Le digo entrando desesperado.

En la cocina, el desayuno que le dejé preparado sigue intacto y la taza de café sin tomar.

—Dom espera. —Me pide mi hermana, pero no le hago caso.

Mi hermana se detiene en la puerta del dormitorio junto a mí. Veo la cama hecha, esa en la que esta misma mañana la dejé durmiendo... y el armario tiene una puerta abierta y está vacío.

No. No. No.

Me obligo a entrar y veo sobre la cómoda que hay una nota doblada con mi nombre escrito. La abro nervioso y la leo con prisa, mientras siento el corazón latir en mis oídos.

**Dom,
Gracias por todo, pero me tengo que ir. No me busques.
Estaré bien. Necesito espacio.
Cuídate. Rose.**

Me siento en la cama con el papel entre mis manos que tiemblan. Se ha ido, me ha abandonado... Me voy a volver loco sin ella. Soportaba las noticias, la prensa y la tensión del rodaje, porque al final del día estaba ella, pero ahora... Ahora ya no está.

Marco su número una vez más y me salta el buzón de voz. Vuelvo a intentarlo y nada. Agarro el móvil con fuerza y miro a mi hermana que me observa con mirada vidriosa.

—¿Dónde está? —Le pregunto una vez más.

—Dom...

—¿Dónde coño está, Camila? ¡Se ha ido! Solo ha dejado una maldita nota. —Le digo levantando el papel que ha sido el detonante para derrumbarme—. ¿Tú sabías esto?

—No, sabía que se iría. Me dejó un mensaje esta mañana...

—¿Qué mensaje? —La interrumpo.

—Solo me dijo que se tenía que ir, que estaría bien y que cuidase de ti. —Esas palabras hacen que mi mundo se parta en dos.

—¿Por qué se ha ido? —gruño, al borde de la desesperación.

—No lo sé, Dom.

—¡Claro que lo sabes! Me estás mintiendo, ¿por qué? —Le exijo y mi hermana se seca las lágrimas con urgencia.

—¡Porque es mi amiga! Y porque me pidió que le guardase el secreto. —Me aclara. Aprieto los dientes, sintiéndome al borde del colapso y me paso la mano por el pelo nervioso.

—Y yo soy tu hermano, joder. ¿No cuenta eso para ti?

—Sé por qué se ha ido, pero no sé a dónde. —Me confiesa sentándose a mi lado.

—¿Qué significa eso?

—Significa que está rota, Dom. —Camila se calla. Guarda silencio y sopesa en decirme lo que sabe, pero sabe que no me rendiré tan fácilmente. Así que suspira y me mira con tristeza—. Me contó que desde que regresásteis del viaje la presión mediática era insoportable, y ella solo actuaba como mujer florero. Por eso se vino antes a Bakersfield, pero lo que no esperaba es que la universidad le cancelase la beca y la matrícula.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no quería que la salves —responde—. Rose tiene ese estúpido orgullo de pensar que tiene que arreglarlo todo sola. Me levanto de golpe, al oír su confesión y empiezo a caminar en círculos por la habitación como si así fuera a encontrar respuestas a todas mis preguntas. Sigo caminando en círculos.

—Rose no tiene a dónde ir... —susurro, más para mí que para ella.

—Su tía vivía de alquiler —responde Camila, con voz más baja—. Desde que su tía falleció, nosotros somos lo más parecido a una familia que ha tenido nunca. Sus palabras son un puñal.

—Joder... —Me paso una mano por la cara—. Tenemos que encontrarla, haré que la readmitan en la universidad, no puede tirar su carrera por la borda. —Le digo a Camila que asiente poco convencida.

—No puede haber ido muy lejos. No tiene coche y no creo que tenga mucho ahorrado. —Me confiesa.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Salgo de la habitación, mi hermana me sigue y salimos a la calle en silencio. Mientras aprieto la nota en mi puño, abro el coche y no espero a que Camila se acomode antes de arrancar. Cuando cierra la puerta de golpe, ya vamos calle abajo, rumbo a la universidad.

Recorro las calles como un loco. Frente al campus, en las esquinas, en los cafés donde me dice Camila que Rose solía estudiar. Me bajo y pregunto en la librería, en la tienda de arte, en la parada de autobuses y también en la estación de tren.

Nada.

Nadie la ha visto.

Siento que me quedo sin aire.

Vuelvo al coche, respiro hondo y marco el número de Tom. Él es el único que puede moverse rápido, tiene sus recursos.

—¿Dom?

—Escúchame bien. —Le suelto sin filtros—. Necesito que llames a todos los hospitales y también a los hoteles, moteles, hostales y casas de huéspedes en Bakersfield. A todos. Usa mi nombre si hace falta, haz lo que sea. Pregunta si hay una chica que se llama Rose hospedada, sin reserva previa.

—Pero...

—Hazlo ya, y no me vengas con excusas.

Cuelgo antes de que pueda contestar. No tengo tiempo para burocracias ni protocolos. Ella está en alguna parte, lo sé. Y si no la encuentro pronto, me voy a volver loco.

Apoyo la frente en el volante, cierro los ojos y pienso en ella. En mi mente aparece una Rose sonriente, esa jodida sonrisa que me volvió a enamorar en las Maldivas. Pienso en Rose, feliz, libre y lejos de toda esta mierda de realidad.

—Joder, rubita... —susurro.

Lo que más me rompe es que piensa que no puede contar conmigo. Yo soy su hogar, su familia y siempre lo he sido, aunque yo antes no lo entendiera.

—Vamos a dar otra vuelta. —Le digo a Camila con la mirada clavada en la carretera—. Aún puedo encontrarla.

Y mientras vuelvo a poner el coche en marcha, con la nota arrugada en mi puño como si al apretarla pudiera traerla de vuelta, solo tengo una idea en la cabeza... La voy a encontrar, porque esta vez no pienso perderla.

Capítulo 29



La lluvia cae con fuerza contra el parabrisas mientras doy vueltas sin rumbo fijo por las calles de Bakersfield, los limpiaparabrisas apenas pueden seguir el ritmo. El asfalto brilla con los faros del coche y mi corazón me golpea con tanta urgencia que me duele el pecho.

Necesito encontrarla.

Camila va en silencio a mi lado, mientras una vez más la llama y salta el buzón de voz de su móvil. Sé que necesito un milagro, y suplico que así sea. Llegamos a la estación de autobuses de Bakersfield y entonces la vemos.

Ahí está. Debajo de la marquesina de una de las paradas de autobús, con la ropa empapada, los hombros encogidos de frío y una pequeña mochila en su regazo y al lado su maleta. Sus ojos miran al suelo, mientras se abraza a sí misma y en ese instante, siento que mi corazón comienza a sangrar.

—Ahí —susurro con voz casi inaudible, frenando el coche de golpe.

—Cielo santo... —murmura mi hermana.

—Espéranos aquí. —Le pido bajando del coche antes de que ella pueda responderme.

La lluvia me golpea en la cara con rabia, pero no me importa. Corro hacia ella como si mi mundo estuviera en llamas y solo ella pudiera apagarlo. Me acerco con el corazón latiéndome tan fuerte como una bomba a punto de estallar.

—iRose!

Ella levanta la cabeza despacio, como si mi voz la alcanzara desde muy lejos. Sus ojos vidriosos, se clavan en los míos y por un segundo siento que el mundo entero se detiene.

—Dom... ¿Qué haces aquí? —Susurra sorprendida.

—Cancelar tu plan de escape. —Le aseguro.

Ella baja la mirada, como si no diera crédito a mis palabras y niega despacio. Las gotas de lluvia resbalan por sus mejillas y se mezclan con sus lágrimas que me hacen sentir torpe e insuficiente. Llamo a Tom, para que cancele todo lo que está haciendo, porque la he encontrado.

—No puedes venir siempre a salvarme. —Se queja clavando sus preciosos ojos azules en mí.

—No he venido a salvarte —confieso—. He venido a recordarte que no estás sola, joder. —Doy un paso más cerca de ella y casi podemos tocarnos—. Siempre tuviste a Camila, pero ahora... ahora también me tienes a mí. No huyas de mí, no soportaría perderte. Me volvería loco.

Rose aprieta los labios, mira a nuestro lado que se ha detenido un autobús con destino a Santa Mónica y luego vuelve a mirarme a mí.

—No puedo con esto, Dom. No quiero ser un adorno bonito en tu vida perfecta. —Susurra rota de dolor—. No quiero ser el saco de boxeo de la gente. Creen que no soy nadie.

—Entonces demuéstrales lo contrario, pero quédate. —Le pido.

—Pienso irme —dice con un hilo de voz, casi sin poder sostenerme la mirada.

—Te encontraría —respondo sin pensarlo.

Ella tiembla, no sé si de frío o de tristeza, pero doy un paso al frente y me acerco despacio a ella. Acuno su rostro con mis manos, borro las lágrimas de sus mejillas y la beso.

Un beso lento, profundo y lleno de promesas que no sé si podré cumplir, pero juro que voy a intentarlo todas las veces que haga falta. Apoyo mi frente en la suya con nuestras respiraciones mezcladas y nuestros latidos sincronizados al compás de uno solo.

—Por favor, Rose, no te vayas. —Le suplico—. Juntos somos más fuertes. Te dejaré tu espacio y tú pondrás tus límites. Mandarás a la mierda a todos si te apetece... Lo que sea, pero quédate conmigo mi rubia.

Ella cierra los ojos al oír mis palabras desesperadas, intentando que no se suba a ese jodido autobús, que espera a unos metros. Le doy un nuevo beso en la frente y ella abre de nuevo los ojos. Cuando lo hace, siento que algo ha cambiado. No es miedo y dolor, es la posibilidad de elegir.

—Necesito dejar de ser el centro de atención de una historia que ya no reconozco como mía —susurra—. Quiero volver a encontrarme. A ser la Rose que era antes de toda esta locura.

—Entonces hazlo, pero hazlo conmigo.

—¡Es que ya no sé quién soy, Dom! Solo sé que... aquí me siento invisible.

—No lo eres, te lo aseguro. Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida Rose. —Le confieso—. Yo te veo imparable y no importa esa universidad. Tú no tienes límites y yo pienso estar siempre a tu lado para recordártelo.

Ella parpadea, para evitar que los ojos se le llenan de lágrimas, pero fracasa en el intento. Por primera vez desde que la he encontrado sonrío y joder, es la sonrisa más hermosa que he visto nunca.

—Sé que no me necesitas, Rose. —Le confieso y mis dedos buscan los suyos para entrelazarse—. Pero si decides quedarte y me dejas estar a tu lado mientras descubres quién eres... prometo dejarte ser y solo amarte.

El autobús cierra sus puertas, ella lo mira, pero no hace el amago de irse. Se queda aquí, conmigo... Y en este instante, sé que todo puede empezar de nuevo.

Juntos.

Siempre juntos.

Capítulo 30



Cuando llegamos al coche, Camila se baja y la abraza en silencio. Ambas rompen a llorar. Yo me subo para darles su espacio. Veo cuánto se quieren y hasta siento envidia sana de la amistad tan verdadera que tienen. Yo, lo más parecido que tengo a unos buenos amigos son a Jack y Taylor, y sin embargo no los veo todo lo que me gustaría. Me paso semanas y a veces incluso meses sin saber de ellos, excepto algún mensaje que nos enviamos... Aunque pienso en que tal vez es esa la verdadera amistad, esa que se da sin esperar nada a cambio, que no exige y que siempre está para cuando se necesita.

Cuando ambas se suben al coche, lo hacen en el asiento trasero y el silencio se acomoda entre nosotros como un cuarto pasajero más. Rose mira por la ventana, mientras se abraza a sí misma. Su pelo húmedo cae sobre sus mejillas, la he arropado con una manta de viaje que tenía en el coche. Agarro el volante y vuelvo a mirar al frente, obligándome a regresar a su casa, porque una parte de mí, la más irracional, quiere aparcar el coche a un lado y abrazarla en mi regazo.

No sé si he hecho bien al correr tras ella. No sé si lo que siento por mí pesa lo suficiente como para quedarse o si solo he postergado su marcha, pero ahora está aquí y eso me basta.

—Dom, necesito ir a casa de Bruno. ¿Puedes dejarme allí? —
Me pregunta mi hermana rompiendo el silencio.

—Claro, ¿dónde es?

—Déjame en la avenida Chester Avenue.

—Vale, llegamos enseguida. —Le informo girando hacia el centro de Bakersfield.

Mi hermana solo ha encontrado una excusa para dejarnos solos, aunque no lo hayamos hablado, es lo suficientemente lista para saber que Rose y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Cuando Camila se baja en la puerta del apartamento de Bruno, Rose no dice nada y tampoco lo hace durante el resto del camino hasta su piso.

Al entrar, se quita los zapatos en la entrada, deja la maleta y la mochila en el suelo. Se quita la chaqueta que está empapada. Me quedo mirando como un simple espectador, mientras veo que camina descalza hasta su habitación. Yo la sigo con la mirada y dejo escapar el aire que llevaba conteniendo desde que la vi bajo aquella marquesina.

Me he quitado la chaqueta mojada, y la he dejado en el perchero de la entrada junto a la suya. Preparo un té para cada uno y me siento en el sofá, esperando a que ella esté preparada para hablar. Rose se da una ducha rápida y viene de la cocina con la taza de té entre las manos.

—He pedido pizzas para cenar. —Le digo en voz baja.

—No tengo hambre.

Asiento y ella se sienta en el otro extremo del sofá, guardando las distancias mientras sus ojos me observan apagados.

—Gracias por venir a buscarme. —Me dice poniéndose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Gracias por no subirte a ese autobús.

Rose deja la taza sobre la mesa y se gira de nuevo hacia mí.

—No sé cómo arreglar esto, Dom. —Me confiesa insegura.

—Yo tampoco, pero podemos descubrirlo juntos. —Le digo dispuesto a todo y ella niega despacio, con una sonrisa triste.

—Desde que estoy contigo, siento que no soy yo y todo el mundo espera algo de mí. —Me asegura mirándose las manos un instante—. Es como que tengo que sonreír todo el rato y tengo que encajar. Tengo que estar bonita, callada, perfecta... Y no puedo seguir fingiendo. —Susurra.

—No quiero que finjas, Rose. —Le aseguro—. Ni que pienses en lo que opinarán los demás, quiero que te centres en ti, en lo que te gusta y en lo que te hace feliz. En ser tú misma.

—Es solo que con tanta prensa, tantos titulares, tantas opiniones sobre nosotros... Me perdí a mi misma.

—Empezaremos de nuevo. —Le pido con voz serena.

—No me mires como si estuviera rota. —Me comenta—. Tan solo estaba intentando arreglar mi vida sin que me salves.

—Te miro con comprensión y no quiero salvarte. Solo quiero estar a tu lado mientras te salvas a ti misma.

Rose asiente y me sonrío con tristeza, mientras nerviosa entrelaza sus manos sobre su regazo. Sé que toda su vida está del revés y yo soy el culpable de ello.

—¿Estás mejor? —Le pregunto con cariño y ella se encoge de hombros.

—No sé, Dom... Estoy aquí. Supongo que eso es algo. Me responde confundida, y me muevo en el sofá para acortar la distancia que nos separa. Cojo sus manos con cariño y las acaricio con las mías.

—Rose, que cancelaran la mitad de nuestra luna de miel, que la prensa nos siguiera a todas horas y que no tuvieras un respiro... Todo eso fue culpa mía y lo siento. Tendría que haber puesto límites y, sobre todo, pasar del acoso mediático. —Le aseguro lleno de arrepentimiento.

—No fue solo culpa tuya. —Me responde, y me sorprende que lo vea así—. Fui yo la que se dejó llevar, la que sonreía y aguantaba, aunque por dentro quisiera mandarlos a la mierda e irme a casa.

—Tal vez no lo hemos hecho bien, pero podemos aprender y que esto sea el principio de algo nuevo para nosotros. —Le sugiero, queriendo aferrarme a que hay esperanza para nosotros.

—¿Y cómo se supone que lo vamos a arreglar? ¿Vas a tirar tu carrera por la borda? —Me pregunta, con miedo y niego.

—No, pero voy a frenar —susurro—. Voy a renegociar el contrato con Mauro y a poner límites. Sé que no puedo protegerte de todo mi mundo, pero voy a protegerte de lo que depende de mí.

—¿Y yo qué hago con mi sueño? Me han expulsado de la universidad por culpa de dar tantos escándalos en la prensa... —Me recuerda y asiento sonriendo.

—Ellos se lo pierden. Tú tienes talento, no necesitas un título de esa universidad. Puede que no acabes tus estudios como tenías planeado, pero eso no borra lo que eres. —Le recuerdo—. Hay otras formas de llegar a la misma meta, solo que hay que buscar el camino y yo estaré contigo mientras lo encuentras.

Rose baja su mirada a nuestros dedos entrelazados y suspira como si comenzara a respirar de nuevo. Luego vuelve a mirarme y se humedece sus carnosos labios. Veo que todavía duda y yo quiero borrarle esa inseguridad a besos.

—¿Y si nunca lo consigo? ¿Y si fallo?

—Entonces fallaremos juntos, pero no huyas antes de intentarlo. Vamos a buscar alternativas —continuo—. Quizá puedas trabajar como asistente de diseño, presentar tus bocetos en pequeños concursos, buscar cursos online o incluso acabar de formarte en una academia privada. No cierres las puertas antes de ver si están abiertas, Rose.

—Suenas tan fácil cuando lo dices tú. —Me dice con una sonrisa tímida, mientras sus ojos vuelven a brillar de emoción.

—Porque yo creo en ti Rose y siempre lo voy a hacer. —Le confieso apretando su mano con cariño.

Ella asiente con énfasis, se humedece los labios y se muerde el labio inferior cuando su barbilla tiembla. Las lágrimas bajan por sus mejillas y Rose suelta una risa entrecortada, casi incrédula, como si de pronto todo el peso del mundo se hubiese vuelto más liviano.

Y luego, simplemente, se lanza a mis brazos sin dejar espacio entre nosotros. Siento su corazón latiendo contra el mío, su cuerpo temblando de emoción y nuestro amor tan auténtico y real, que me atraviesa como una promesa silenciosa. La abrazo con fuerza, pero con delicadeza de no romperla. Pienso que ella es mi hogar y yo pienso ser su refugio contra el mundo.

Capítulo 31



Han pasado solo dos días desde que Dom me encontró. Él volvió a marcharse a Los Ángeles ayer porque tenía compromisos imposibles de posponer. Tenía que seguir con las grabaciones y había acordado una reunión con Mauro. No me quiso contar con detalle, pero me juró que iba a arreglar todo lo que nos había hecho colapsar. Ambos hemos acordado que, a partir de ahora, nada de leer la prensa, de leer comentarios en redes sociales y de pensar en el qué dirán. Seríamos nosotros mismos, juntos, sin importarnos el resto del mundo y por eso me quedé.

Camila y yo encontramos un nuevo apartamento pequeño pero luminoso, que queda cerca de la universidad para nosotras. Todavía no he decidido cómo retomar mi sueño, pero estoy comenzando a ordenar mi vida. Anoche después de que Dom se marchase, recogimos nuestras cosas e hicimos la mudanza.

Esta mañana me desperté nerviosa, porque tenía una entrevista para trabajar en una cafetería en el centro. No es glamurosa, ni el trabajo de mi vida, pero me servirá para pagar el alquiler y tener una rutina.

La entrevista fue más informal de lo que esperaba, Mónica me entrevistó mientras iba preparando desayunos y me ofreció una prueba mañana por la mañana, para comenzar el próximo mes.

Al salir le escribo un mensaje a Dom, contándole que tengo trabajo y mientras camino sin rumbo por un pequeño parque que hay en el centro. Los árboles se mueven perezosos con el viento y el aire huele a tierra mojada. Me siento en un banco dispuesta a pasar un rato en silencio conmigo misma y entonces lo veo. A mi lado hay

un periódico doblado en el extremo del banco. Es uno de esos diarios locales gratis que nadie lee pero que todos hojean. Lo tomo sin pensar. Aparece un titular en negrita que hace que mi corazón comience a latir más fuerte.

«Atrévete a ser diseñadora de tu propio destino».

Ese escueto mensaje hace que me recorra un escalofrío por la espalda y me fijo en el resto del artículo. Anuncia que la prestigiosa academia Peig, está en los últimos días de su convocatoria para becar a un solo alumno. Me quedo congelada, leyendo cada línea como si fuera un código secreto destinado solo a mí. Una sola persona será seleccionada y una sola prenda deberá de presentar cada candidato. Quedan tres días para finalizar el plazo de entrega y leo que no piden currículum y tampoco cartas de recomendación. Tan solo un diseño único que emocione.

Doblo el diario y lo guardo en el bolso como si fuera oro, mientras la idea de presentarme late dentro de mí con fuerza. Así que camino directa hacia una pequeña tienda de telas. Compro varios retales, hilos rojos y dorados. Y luego regreso al nuevo piso. Comienzo a desempaquetar cajas y busco mi vieja máquina de coser. Después de cuatro cajas, la encuentro, la pongo en la mesa de la cocina y pongo las telas en el suelo para comenzar a diseñar ese patrón en mi mente.

—¿Y esta locura? —Me pregunta Camila, llegando hasta a mí.

—Hay una beca, la beca Peig, lo he leído en este diario. —Le comento sacándolo de mi bolso—. Es una señal.

—Pues, te dejo tranquila que hagas magia. —Me dice leyendo el titular en negrita del papel grisáceo—. Voy a estar en mi habitación, si necesitas más luz o una modelo, me llamas.

—Gracias. —Le respondo sin levantar la vista de las telas que tengo frente a mí.

Hago un patrón en tamaño real y comienzo a cortar y a coserlo con dedos temblorosos, con el pulso acelerado. A mi mente vienen recuerdos de la universidad, de los consejos que recibí por parte de

Matt y una parte de mí, me dice que ignore todo mi pasado y tan solo me deje llevar por el presente.

Horas después, entre mis manos tengo un vestido que me saca una sonrisa. Tal vez no es perfecto, pero es mío. Un escote en forma de corazón y varios bordados a mano que simulan cicatrices. Lo hago en hilo dorado, porque he aprendido que el dolor no se esconde, se honra y este vestido es mi nueva piel. Mi reconstrucción y mi renacer.

Cuando va cayendo el sol, me doy cuenta de que no he parado ni un minuto. Me duele la espalda, me escuecen los ojos, pero sonrío al ver el diseño terminado. Miro el reloj y tengo media hora para empaquetar el vestido y enviarlo por correo. Así que llamo a Camila, para que se lo pruebe una vez más y creo que para haberlo hecho en tan poco tiempo, ha quedado increíble.

Empaqueto el vestido, y salgo calle abajo hacia la tienda de correos para entregar la caja con el vestido. Por suerte, está abierta. Lo envío a la dirección que indicaba el artículo del periódico y respiro.

Ahora, toca esperar.

Capítulo 32



El mantel a cuadros de la hamburguesería a la que veníamos todos los viernes después de clase, me trae nostalgia, sobre todo ahora que todo es diferente y este curso no volveré. Camila y yo estamos aquí, como si fuésemos dos adolescentes buscando consuelo en hamburguesas grasientas y un par de refrescos con hielo.

—Estoy segura de que les va a encantar el vestido. Sin embargo sé que quien espera desespera. —Me dice Camila, dándole un sorbo a su bebida—. Aunque, sinceramente, no sé cómo voy a sobrevivir sin ti, porque este año no será lo mismo.

—No me vas a extrañar tanto, cuando tienes libertad de elección para ir a comer a la cafetería que más te apetezca —bromeo—. Además, míralo por el lado bueno, ya no tendré que cruzarme más con Matt.

—Ni con Angie —añade, arqueando las cejas y las dos soltamos una risa llena de alivio.

—Es curioso. —Le digo—. Pensé que lo que más extrañaría sería el campus, las clases... pero no. Lo que más miedo me da es no encontrar la manera de acabar mis estudios.

Camila me toma la mano y me da un apretón con ternura, mientras me mira con cariño.

—Todo pasa por algo. Piensa en cuántos diseñadores acaban sus estudios de forma convencional... Tal vez, tú que vas a buscar otros medios, eso te dé más valor a la hora de hacerte un hueco en el mercado. —Me anima y asiento.

—Eso espero —respondo tragando saliva, porque la verdad es que me dan ganas de llorar, pero en vez de eso, sonrío.

El restaurante está junto a un pequeño parque y tiene las ventanas abiertas dejando entrar aire con olor a pino y césped recién cortado. Hasta que algo, un ruido, me saca de la conversación. Primero oigo un clic y luego otro. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente y miro hacia afuera del ventanal y ahí están... Dos tipos con cámara en mano tomándose fotos. Uno de ellos sonríe al verme y me tenso.

—Mierda —murmuro. Camila gira la cabeza en la misma dirección y luego me mira a mí confundida.

—¿Qué pasa?

—Nos están fotografiando —susurro—. ¿Cómo me han encontrado aquí?

Mi voz se va apagando, me quedo quieta, mirando a mi amiga e intentando ignorar que están ahí. Pero es imposible, cuando oigo más clics. El pecho se me cierra y las manos me tiemblan, así que agarro mi refresco e intento respirar. Siento los latidos de mi corazón que laten desenfrenados, como si acabara de correr un maratón sin calentar. Cierro los ojos y en mi mente solo tengo un pensamiento... Quiero desaparecer. Camila me agarra de la mano y me la aprieta.

—¡Ey! Rose. Mírame. Mírame —susurra con dulzura.

—No puedo... no puedo respirar...

—*Shh...* Ya está. Vámonos, salgamos de aquí.

Me lleva como puede hasta fuera, pero en dirección contraria a los fotógrafos. Cruzamos la calle hasta su coche, me subo y me hundo en el asiento del copiloto. Cierro los ojos y por un momento siento que todo vuelve. Las preguntas, los titulares, las miradas y la idea de que nunca podré escapar de esto.

—Te llevo a casa, ¿sí? —dice Camila—. Llama a Dom. Te vendrá bien.

—No quiero que me escuche así. —Le respondo con rapidez.

—Está bien. Tranquila, ya han quedado atrás. —Me dice conduciendo calle abajo.

No respondo y solo asiento. No hablamos más durante el camino de regreso, y cuando llegamos a la casa, finjo estar más tranquila. Aunque nuevamente me sienta sobrepasada por la situación. Detesto no tener intimidad, que saquen fuera de contexto cualquier

situación y que me pongan etiquetas sin preguntar. Estoy harta de todo este circo.

En la pantalla parpadea una serie que dejé puesta por inercia, pero mi mente no consigue anclarse a nada. Va de un recuerdo a una imagen, de una foto robada a una mirada invasiva.

Camila se ha quedado dormida en su habitación, después de pasarse una hora entera pegada al teléfono hablando con su novio. Todo está en silencio, hasta que oigo que la cerradura de la entrada cruje y el corazón me da un vuelco.

—Hola, rubia —dice Dom, entrando con ese brillo travieso en los ojos y una sonrisa que derrite cualquier iceberg.

—Hola, Dom —respondo, apenas en un susurro. Me levanto del sofá y lo abrazo. Mi chico, mi hogar, mi refugio... Me rodea con fuerza, con ternura y su perfume me ancla. El mundo se calla. La angustia se disuelve y todo lo que importa está aquí.

—Tom me llamó hace un rato. —Me dice él con sus labios enredados en mi pelo—. Salieron fotos tuyas con Camila... y ya están diciendo que estamos en crisis.

—¿Y qué le has dicho? —Le digo sin sorprenderme.

—Que no pienso aparecer en ninguna parte para alimentar su circo. —Se separa un poco, lo justo para mirarme con esa intensidad que me incendia y me derrite—. Porque tú y yo acordamos que no nos importa el qué dirán. Estamos bien y eso es lo único real.

—Lo sé, solo que... —Trago saliva—. Todavía me cuesta ignorarlos. Me siento expuesta y vulnerable, es cómo si cualquier paso fuera un error.

—Lo entiendo. —Me responde con voz suave—. Pero vas a acostumbrarte, Rose. Vamos a hacerlo juntos. Ignorarlos se vuelve más fácil cuando recuerdas lo que sí importa.

—¿Y qué importa? —Le pregunto embelesada por la profundidad de su mirada.

—Tú —dice sin dudar—. Nosotros. Tus diseños. Mi futuro contigo... Y ahora mismo, lo que más importa... es que te necesito y mucho.

—Dom... —susurro, sabiendo exactamente lo que significa por el tono ronco de su voz.

—Voy a hacerte gritar tan alto, que los vecinos llamarán a la policía. —Me advierte con una sonrisa canalla mientras me levanta en brazos sin avisar.

—¡Dominico! ¡Bájame ahora mismo! ¡Camila está dormida en su habitación! —Le digo entre indignación fingida y una risa nerviosa que me delata.

—Perfecto. Así no oirás nada... si es que sabes controlarte. —Me guiña un ojo mientras me acomoda en su hombro como un saco de patatas y se gira directo hacia la puerta de entrada.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿A dónde vamos?

—No bromeo rubia. —Me asegura—. Mi coche está en el garaje, tiene asientos reclinables, cristales tintados y ahora mismo es perfecto.

—Dom, bájame. —Le advierto, conteniendo la risa.

—Cuando te baje, será para sentarte donde más me gustas... Sobre mí. —Me da una palmada en el trasero que hace que suelte un chillido ahogado.

—¡Hay cámaras! Nos van a ver. —Le aseguro con una risa nerviosa, mientras él me lleva directa al ascensor.

—Mejor, así les daremos espectáculo y sabrán cómo se ama de verdad —responde y lo veo como sonrío sin miedo.

Las puertas se cierran con un ruido metálico y en cuanto estamos solos, me suelta con cuidado frente a él.

Dom me mira como si el mundo acabara de detenerse. Sus ojos oscuros brillan con deseo contenido, con hambre y lujuria al mismo tiempo. Me aparta un mechón de cabello detrás de la oreja con una lentitud que me estremece y yo no puedo evitar buscar su cuello. Mis dedos desabrochan los primeros botones de su camisa y acaricio su pecho. Él cierra los ojos como si el mero roce de mi piel lo incendiara desde adentro.

Cuando su frente roza la mía, nuestras respiraciones ya van a destiempo y entonces, sin apartar su mirada de la mía, Dom estira el brazo y pulsa el botón de *stop* del ascensor.

—No puedo esperar hasta llegar al coche...

—Pues no esperes más... —respondo sin dudar y lo beso.

Nuestros labios se encuentran como si llevaran horas buscándose, y yo me rindo. Mi cuerpo está ardiendo de deseo y besar a Dom es siempre una mezcla perfecta entre saltar al vacío y aterrizar de forma segura.

Su lengua roza la mía con un movimiento lento y torturador. El beso se vuelve más hambriento y exigente. Dom me arrincona suavemente contra la pared de acero, su cuerpo firme se funde con el mío y sus labios hambrientos descienden hacia mi cuello con una devoción que me roba el aliento. Su mano asciende por mi muslo en una caricia deliciosa, hasta colarse debajo de mi tanga.

El contraste entre el frío del metal y el calor abrasador de su cuerpo me estremece. Mis dedos se enredan en su pelo, tirando con ternura de su cabello. El no pierde ni un segundo en apartar la delicada liguilla de mi tanga, acariciando mis pliegues húmedos para hacerme temblar y gemir.

Nuestras respiraciones se entrelazan entre besos entrecortados y sonrisas llenas de deseo. La ciudad, los rumores, los flashes... todo se desvanece. Y es ahí, contra esta pared de acero y sintiendo sus dos dedos dentro de mí, cuando comprendo que no puedo vivir sin él. Lo amo demasiado.

No volveré a huir.

Porque ya no me importa lo que digan la gente.

Porque él es mi verdadero refugio.

Mi hombre.

Y él mío y yo soy suya. Nos pertenecemos como almas gemelas.

Él es mi lugar más salvaje y más seguro.

Capítulo 33



La mesa del restaurante privado está llena de platos vacíos y copas medio llenas, pero la única persona que me interesa está sentada a mi lado, con los dedos entrelazados con los míos debajo del mantel.

Rose.

Mi mujer.

Mi debilidad más dulce.

Lleva puesto un vestido color vino tinto que abraza su figura con una delicadeza casi poética. Su piel blanca brilla bajo la luz cálida del salón y aunque Mauro no para de hablar al otro lado de la mesa, yo solo tengo mi atención en ella.

Me suelto de su mano y dejo que mis dedos se deslicen por la raja de la falda de su vestido, acariciando su muslo desnudo, al límite donde empieza la tentación. La siento tensarse y traga saliva con disimulo, pero no se aparta. No me detiene y sonrío. Me encanta este juego silencioso entre nosotros.

Rose es una chica buena... hasta que deja de serlo. Y yo sé exactamente cómo sacar su lado salvaje y libre, que solo muestra cuando estamos a solas y me gusta con locura.

Ella me lanza una mirada rápida, una que dice «compórtate», pero sus pupilas dilatadas reflejan el deseo contenido y con la confianza absoluta en mí. Aprieto suavemente su muslo, delineando círculos lentos con mi pulgar, mientras apoyo mi otra mano sobre la mesa y asiento con la cabeza a algo que acaba de decir Mauro, sin escucharlo en absoluto.

—¿Me estás escuchando? —Me pregunta él, levantando una ceja.

—Claro —respondo sonriente, sin apartar los ojos de ella—. Todo suena... interesante.

Rose suelta una risa muy bajita que trata de disimular llevándose la copa de vino a los labios. No dice nada, pero ese leve rubor que tiñe sus mejillas, me da todo lo que necesito.

Mi Rose. Tan delicada por fuera... tan indomable por dentro.

No importa cuántas veces la toque, la bese, la desnude o la haga temblar con mi boca entre sus piernas...

Siempre quiero más de ella.

No me canso.

No me sacio.

Bajo la mano un poco más y ella se remueve en su asiento, pero sigue sin decirme que pare. Me mira de reojo, mordiéndose el labio inferior y ese gesto me mata. Sé que lo hace sin darse cuenta, pero me excita y me entran ganas de sacarla de aquí y tenerla completamente para mí.

—¿Quieres que pare? —Le pregunto acercándome a su oído, para que solo ella pueda oírme.

Ella niega apenas con la cabeza, con una sonrisa traviesa que solo yo conozco y es todo lo que necesito para entender que ella también arde de deseo. Esta conexión es mutua, este juego silencioso, es el amor más puro, intenso y verdadero que he sentido en toda mi vida. Suelto su muslo lentamente y le doy un beso suave en la sien. Puedo esperar a terminar la cena, pero espero que no se alargue mucho.

—¿Estás bien? —Le pregunto bajito, mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

—Siempre lo estoy cuando estás cerca —responde con una sonrisa dulce.

Esa frase es más que suficiente para sentirme el hombre más afortunado del mundo. Ha pasado una semana desde que se hablaba de rumores de crisis en nuestro matrimonio y no lo habíamos desmentido. ¿Para qué? No habíamos perdido ni un segundo en devorarnos en nuestra intimidad.

Mauro carraspea, intentando atraer de nuevo mi atención. Me observa con gesto serio, sabiendo que estoy completamente

desconectado de la conversación.

—Podríamos estar en París en octubre, Londres en noviembre y cerrar en Nueva York, justo antes de Navidad —Me dice Mauro entusiasmado—. ¿Qué te parece?

Yo no respondo de inmediato, primero pienso en que me pasaría más de tres meses fuera de casa, y sé que Tom espera que diga que sí y me comprometa como siempre, pero no lo haré. No esta vez.

—Me parece que voy a estar fuera de cobertura —digo con calma, alzando mi copa de vino—. Por unas semanas, estaré de viaje con mi mujer. Ya hablaremos de todo esto a la vuelta.

Ashley, que hasta ese momento no había hablado mucho, sonríe de inmediato y mira a Rose, veo cómo ella se tensa y yo le aprieto la mano para infundirle tranquilidad. Mauro suelta una risa suave y por un instante se piensa que bromeo, pero cuando ve que le sostengo la mirada deja de reír.

—Dom, no puedes desaparecer ahora. —Su tono cambia—. Estás en la cima de tu carrera, el equipo depende de ti.

—¿Y? —digo con calma—. ¿De qué sirve estar en la cima si la persona con la que quieres compartirlo no puede respirar?

Rose baja la mirada incómoda, sé que no le gusta sentirse el centro de atención, pero también sé que necesita escuchar esto. Saber que, para mí, ella es mi verdadero centro de todo.

—Rose todavía está esperando la respuesta de la Academia Peig —interviene Tom, mirándola de reojo como si su vida estuviera en suspenso.

—Lo sé. —Digo sin alterarme—. Por eso vamos a amenizar la espera con un viaje. Si la respuesta es sí, lo celebraremos lejos de todo. Y si es no... entonces buscaremos otra opción, juntos.

—Dom... —Me dice Rose con voz suave y serena, intentando apaciguar el ambiente—. No tienes por qué hacer esto. Estoy bien, de verdad y entiendo que tienes responsabilidades.

—Sí, tengo una. —Le respondo sin apartar los ojos de los suyos—. Tú y bastante haces viniendo esta noche conmigo a la ceremonia del cine americano, como para tener que quedarte esperando en casa una llamada que aún no llega, mientras yo grabo en la otra punta del país.

—No quiero que renuncies a nada por mí... —Murmura ella, con esa dulzura que me desarma.

—No estoy renunciando, amor. Estoy eligiendo. —Le aprieto la mano—. Te estoy eligiendo a ti y no voy a mover mi calendario hasta que tú tengas esa respuesta que esperas. Y si tenemos que buscar otra opción lo haremos juntos, pero no pienso seguir como si todo estuviera bien, cuando tú estás viviendo con esa incertidumbre.

—No podemos cancelar las fechas, así como así —replica Mauro—. Hay demasiado dinero en juego.

—Es mi matrimonio el que está en juego.

—Lo hablamos después de la ceremonia. —concluye Mauro con resignación levantándose de su silla.

—Como quieras, pero tengo los billetes de avión comprados y me voy con mi mujer dos semanas de vacaciones.

Mauro no dice nada más, Tom me mira como un padre que quiere regañar a su hijo, y yo agarro la mano de mi chica e ignoro a todos. El mundo no se va a desmoronar por eso y si lo hace, que se joda.

La alfombra roja parece un cielo nocturno lleno de luces, flashes, ruido y caos. Es como caminar por un campo de relámpagos con una sonrisa fija en la cara, pero esta vez no estoy solo.

Rose camina a mi lado agarrada de mi brazo, con un vestido que roba el aliento y que ella misma diseñó. Me detengo un segundo a mirarla mientras posamos para las cámaras. Veo como mi chica sonríe, pero solo yo sé lo fuerte que es por hacerlo. La multitud murmura cuando la ven y veo como algunos la señalan. Otros le toman fotos, y ella me aprieta la mano, como si yo fuese su tabla salvavidas, en medio de esta tensión mediática.

—¡Dom! ¿Qué hay de cierto sobre los rumores de crisis? ¿Es verdad que han estado distanciados? —Me pregunta un periodista.

Veo como Rose se tensa y me mira esperando que yo responda. Entonces me acerco con ella al periodista. Tom y Mauro nos miran desde unos metros detrás y le suelto la mano a Rose por un segundo... solo para atraerla hacia mí con mi brazo en su cintura. La acerco, como si quisiese fundirme con ella y me acerco al micrófono.

—¿Por qué no le preguntan a ella? —Le pregunto, mirando directamente a los flashes que nos disparan—. También tiene voz, y

os aseguro que es preciosa.

Rose parpadea sorprendida, pero sonrío. Esa sonrisa suave que solo yo conozco, que dice «*te amo*» sin pronunciar palabra.

—Todos esos rumores son mentira —responde ella con una certeza que me enamora un poco más, sonrío dichoso y asiento.

—Así es cariño —susurro antes de mirar de nuevo al periodista—. Y si quieren una exclusiva, anoten esto —añado—. Quédense con su rostro... porque en unos años será la diseñadora más joven y prestigiosa de todo Hollywood.

Las cámaras estallan. Rose traga saliva y veo que está roja como una fresa, pero no se esconde. Está preciosa, el periodista se queda perplejo y sé que va a decir cualquier pregunta irónica, entonces me adelanto a él.

—Y ahora, si me disculpan tengo que hablar con mi mujer sobre la continuación de nuestra luna de miel.

Me giro hacia ella que sonrío divertida y es lo único que necesito para que el mundo se vuelva un borrón sin importancia. Entrelazo mis dedos con los suyos y tiro suavemente de Rose, cruzando la alfombra roja como si fuera una línea de meta. No me detengo, no quiero detenerme porque solo quiero llegar al salón de premios y esperar a que pase pronto la gala.

—¿Qué te parece, cariño? —Le pregunto más nervioso de lo que quiero admitir.

—Me gusta ese plan de escape —responde con una media sonrisa que me deja sin aliento.

Y en este instante, entiendo que la prensa volverá y los rumores también. Siempre intentarán colarse entre nosotros, pero ya no tengo miedo. Porque sé que mientras ella me elija, mientras yo la cuide y sigamos caminando de la mano como ahora... No habrá ruido capaz de romper lo que somos y eso es todo lo que importa.

Capítulo 34



Estoy sentada en el sofá del salón de Dom, con el portátil sobre las piernas y una bufanda térmica en las manos que intento doblar sin que termine pareciendo una pelota de rugby. El cursor de la pantalla parpadea en la lista de cosas pendientes por empaquetar, pero mi cabeza está en otra parte.

Chefry, tranquilo como siempre, limpia el polvo de una de las estanterías del salón, haciendo sitio para los tres premios que Dom recibió anoche. Mientras tanto, yo abro mi correo electrónico sin mucha esperanza.

Han pasado diez eternos días desde que envié mi diseño para la beca Peig. Diez días en los que he imaginado cien veces el «no» disfrazado de cortesía. ¿Tanto tardan en revisar una prenda? ¿O no era suficiente? En ese instante llega un nuevo mensaje a la bandeja de entrada y leo el asunto del nuevo email.

«BECA PEIG – RESOLUCIÓN FINAL».

Mi corazón se detiene y literalmente dejo de respirar. Con los dedos temblando hago clic sobre el mensaje y lo leo una, dos y hasta tres veces.

**Ha sido seleccionada para la Beca Peig. Su prenda ha sorprendido y cautiviado al comité. Comenzamos las clases el veinte de septiembre, necesitamos que venga el día antes para rellenar su matrícula. Gracias por atreverse a expresarse y a sentir. Gracias por mostrarlo con los hilos*.*

Lanzo el portátil y la bufanda al sofá y doy un salto llena de nervios, ilusión y esperanza.

—¡DOM! —Grito como una loca—. ¡DOM!

Salgo disparada por el pasillo. Chefry me sigue, riéndose con una mezcla de ternura y orgullo, como si entendiera perfectamente lo que acaba de pasar. Cruzo la cocina, esquivo la escalera y escucho voces desde el despacho. Abro sin pensarlo. Veo que Dom está reunido con Tom y Mauro. Tres hombres hablando de rodajes y contratos millonarios. Me detengo en seco y me ruborizo, al sentirme cómo una niña irrumpiendo en el despacho de los adultos.

—Perdón... —susurro avergonzada—. Podemos hablar luego. Pero Dom ya se ha levantado. Me conoce y sabe que algo ha pasado.

—No, esto no puede esperar, ¿verdad? —dice sonriendo a los dos hombres que me miran serios, mientras se acerca a mí. Sale y cierra la puerta tras de sí, para tomarme con suavidad por la cintura.

—¿Qué ocurre? —Me pregunta en voz baja y con sus ojos fijos en los míos.

No puedo hablar, solo sonrío y lloro de felicidad. Me lanzo a abrazarlo como si el mundo fuera a caerse debajo de mis pies si no me sujeto a él.

—La beca... —susurro—. Dom, la beca es mía. Me la han dado.

Él se queda inmóvil por una milésima de segundos, como si procesara lo que acaba de oír y luego me abraza con tanta fuerza que me deja sin aliento. Me levanta del suelo, gira conmigo y suelta un «¡Sí!» tan alto que resuena en toda la casa.

—¡Te lo dije, pequeña! —Ríe, besándome la frente, las mejillas y la boca—. Eres jodidamente increíble.

Nos besamos. En un beso desordenado, torpe y real. De esos que no se ensayan, que te rompen el pecho... y después lo reconstruyen. Cuando me separo apenas unos centímetros de su boca, sonrío y lloro de emoción a la vez. Él me mira con orgullo y feliz, vuelve a besarme y me separo un poco para recuperar la cordura.

—¿Qué haces reunido con Tom y Mauro?

—Negociando —responde sin pestañear—. Voy a tomarme un descanso.

—Dom, no... No tienes que hacer eso. Yo estoy bien.

—Lo sé, pero también sé que has estado esperando esta respuesta sin quejarte. Que has aguantado la presión y las dudas. Te vendrá bien despejarte y retomar fuerza para enfrentarte a Madame Peig y demostrarle que serás la mejor de su promoción.

—Pero no quiero que sacrifiques tu carrera por mí —susurro.

—*Shh...* No va a acabarse por tomarnos un respiro unos días. Nos vendrá bien a los dos, yo porque volveré con más ganas y tú... Tú vas a empezar tu sueño. Y yo... voy a ver cómo lo haces desde primera fila. ¿Vale rubita?

—Vale Dominico —afirmo feliz. Él sonríe divertido y saca de su chaqueta dos billetes. Los leo y veo el destino. Islandia.

—Prepara la maleta. Esta vez, nadie nos va a interrumpir nuestra luna de miel. —Me promete y siento que mi corazón late tan fuerte que puede oírlo.

—¿Y si nos persigue la prensa? —Le pregunto bromeando, mientras me apoyo contra su pecho.

Dom se encoge de hombros, con esa sonrisa traviesa que siempre consigue sacarme una a mí.

—Que nos persigan —responde—. Ya nos encargaremos nosotros de darles espectáculo para que saquen jugosos titulares.

—Eres un cerdo encantador —le digo riendo, porque en el fondo me encanta. Me río, intentando sonar indignada, pero me sale con voz de quien no se cree su propio intento de pararlo.

—No me mires así —dice, rozando mis labios con los suyos—. No tienes idea de todo lo que planeo hacerte bajo las auroras boreales. El hielo se derrite con menos temperatura que tú.

—Eres un desastre... —susurro entre risas, justo antes de que me abrace por la espalda y apoye su barbilla en mi hombro.

—¿Sabes qué es lo más bonito de todo esto? —Me pregunta y su voz se vuelve más profunda y calmada.

—¿Qué?

—Que me enamoré de ti cuando el mundo todavía no te miraba. Y ahora que vas a brillar como te mereces, me siento el hombre más afortunado del universo por verte florecer y conseguir tus sueños.

Tengo los ojos llenos de lágrimas de emoción y felicidad. Sonrío enredando mis dedos en su pelo y lo beso despacio sintiéndome afortunada de tenerlo en mi vida.

—¿Y sabes qué es lo más bonito para mí? —Le pregunto, acariciándole la barba y perdiéndome en su mirada.

—Dímelo.

—Que creas en mí. Que estés a mi lado apoyándome en cumplir mis sueños... deseando de verme triunfar, sin miedo a que falle.

Él no dice nada, me besa y con ese beso me lo dice todo. Dom cree en mí, me apoya en mis sueños y comprendo que en la vida, no hay ningún viaje más importante que el que vamos a hacer juntos día a día, cogidos de la mano.

Capítulo 35



La nieve cruje debajo de mis botas y el aire helado me muerde la nariz, pero no me importa. No cuando el cielo parece encendido en un espectáculo imposible de creer.

—¡Dom! ¡Mira eso! —Grito entusiasmada.

Apunto con los dedos enguantados hacia las auroras boreales que ondulan sobre nuestras cabezas como cortinas líquidas de luz verde, rojo, púrpura y azul eléctrico... Es como si el cielo bailara.

Dom, con la cámara colgada al cuello y la bufanda torcida, alza la mirada y se queda quieto observando sin decir nada. Solo sonríe como si el universo entero le estuviera dando la razón a que traerme aquí ha sido la mejor decisión del mundo.

—¿De verdad esto es real? —Susurro embelesada por un fenómeno así de la naturaleza.

—Sí cariño, tan real como tú —responde sin pensarlo lanzándome un guiño travieso que me atraviesa, hasta las partes más íntimas de mi cuerpo.

El frío viento debería hacernos correr de vuelta a la cabaña, pero seguimos aquí parados con las narices rojas del frío y las pestañas cubiertas de copitos de nieve que se derriten en segundos, mientras miramos de nuevo al cielo. Es perfecto. Me giro hacia él y él me mira como si todo lo que ha deseado en su vida estuviera justo frente a sus ojos.

—¿Sabes qué es lo mejor? —Le pregunto feliz.

—¿Que la calefacción de la cabaña está a tope y hay chocolate caliente esperándonos? —Me pregunta divertido.

—Eso también, pero lo que quiero decir es que aquí nadie nos mira y somos gente normal. —Le aclaro, él sonríe y Dom se acerca a mí para cubrirme con su bufanda, como si sirviera de mucho.

—Aquí solo somos tú y yo —dice.

—Exacto —respondo alegre—. Nosotros y este cielo que es una fantasía.

—Como ese culo que se te marca con esos pantalones térmicos. —Me asegura dándome un apretón en mis glúteos.

—¡Dom! —Me quejo riéndome y él me levanta en brazos como si no llevara tres capas de ropa encima.

—¿Qué? Es la verdad rubia. —Me dice dándome un beso en la nariz—. Si tú eres arte, yo tengo derecho a admirarte.

—Eres idiota —respondo con una enorme sonrisa mientras me aferro a su cuello—. Gracias por traerme a este lugar tan mágico.

—Gracias a ti por casarte conmigo aquel día.

Nos besamos con los labios fríos y la nariz helada. Sus labios calientan los míos, sin prisa porque aquí en este instante, tenemos todo el tiempo del mundo para ser nosotros mismos.

Cuando volvemos a la cabaña, la chimenea sigue encendida y mantiene cálido todo el interior de la casa. El fuego chisporrotea y resulta acogedor, un olor dulce me llega a mis sentidos y miro a Dom que sonríe pícaro cuando señala el horno que tiene encima la chimenea.

—¿Estás intentando seducirme con bollitos? —Le pregunto divertida, mientras me quito las botas y me siento en la alfombra frente al fuego.

—Estoy intentando seducirte con todo lo que tengo a mano. Bollitos, vistas a un bosque nevado y este pijama que me voy a poner, que me hace parecer un leñador sexy —bromea acercándose a mí feliz, sentándose a mi lado.

Me río y lo observo mientras se quita el abrigo y se pone el pijama, el pantalón es marrón liso y la parte de arriba es una camisa de cuadros que marca unos brazos musculosos y fuertes, que me hacen perder el norte. Me estiro en la alfombra y cierro los ojos cuando me tumbo frente al fuego y Dom me acaricia el pelo con sus dedos.

—¿En qué piensas? —Me pregunta en un susurro.

—En lo feliz que soy. No recordaba lo que era sentirme tan libre. —Le confieso.

Él asiente sin decir nada y se tumba a mi lado. Su mano roza mi cintura, su tacto es cálido y sube despacio por debajo del jersey grueso que llevo, haciendo que mi piel se erice y arda con una corriente eléctrica que recorre mi espina dorsal y todo mi cuerpo.

—¿Quieres que te diga en qué pienso yo? —Me pregunta con voz ronca.

—Me da miedo preguntar —susurro viendo ese brillo travieso en su mirada y él ensancha su sonrisa traviesa.

—Pienso en lo suave que está tu piel y en lo mucho que me haces entrar en calor, incluso cuando afuera estamos a doce grados bajo cero —susurra acercándose a mí boca, quedándose a escasos centímetros de mí—. También pienso en que podríamos quedarnos aquí a vivir.

—¿Haciendo qué? ¿Bollitos y practicando sexo? —bromeo riéndome y él suelta una carcajada feliz.

—Sexo, bollitos y besarte hasta que se acaben las auroras. Mi risa se ahoga cuando su boca encuentra la mía. El beso esta vez no es inocente. Es un beso lento y profundo, de esos que te dejan sin aliento y te incendian por dentro. Sus dedos acarician mi piel por debajo de la ropa, sus labios bajan por mi cuello con un hambre descontrolada, como si cada centímetro fuera un mapa que quiere memorizar.

—¿Nos vamos a la cama o quieres quedarte aquí junto al fuego? —Me pregunta en un susurro que me produce un nuevo escalofrío.

—No sé si voy a llegar a la cama —respondo entre risas. Nos levantamos sin soltarnos. Caminamos entre risas y caricias, esquivando muebles y a veces chocando sin querer. La habitación tiene un ventanal enorme que da al bosque nevado. Desde la cama, si miras hacia afuera, puedes ver el cielo y las auroras bailando.

Dom me acuesta con suavidad, con una delicadeza que me desarma. Estoy ardiendo de deseo cuando me desviste despacio. Va besando cada parte de mi cuerpo con devoción. No hay prisa. No hay mundo más allá de nosotros, esta cama y este mágico lugar.

—Eres mi lugar favorito, Rose —susurra.

—Tú eres mi hogar —confieso.

Cuando estamos completamente desnudos y nuestros cuerpos se funden sin barreras ni urgencias, entiendo que no importa dónde, sino con quién.

Dom. Él. Siempre él.

Hacemos el amor con la calma de quien sabe lo que tiene y no piensa soltarlo. Y cuando todo termina y seguimos abrazados, con las respiraciones entrecortadas y el corazón desbocado, miro por la ventana y veo una aurora nueva, que me parece más intensa y más verde.

—Mira el cielo. —Le digo, señalándolo.

—¿Tú crees que todo está conectado? —Me pregunta en voz baja.

—Obvio. ¿No ves que se mueve al mismo ritmo del vaivén que nos movíamos hace un instante? —Le comento y él se ríe, apretándome más fuerte hacia él.

—Prométeme algo —dice en voz baja y ronca.

—Lo que quieras.

—Que nunca vas a dejar de soñar. —Me pide y me pierdo en su mirada oscura. Siento un pellizco en el pecho y asiento sintiendo las emociones a flor de piel.

—Te lo prometo, pero solo si tú estás ahí para recordármelo cuando se me olvide —comento y él asiente satisfecho.

—Siempre. Aunque con eso tenga que perseguirte por todo el hemisferio norte.

Nos reímos mientras seguimos acurrucados debajo de la manta gruesa, con los pies entrelazados mientras observamos el mundo de fuera. Relajados y en un silencio tan perfecto, que entiendo que esto no es una escapada...

Es un comienzo.

Uno brillante.

Uno donde somos libres y nuestro amor nos impulsa a ser mejores cada día.

Capítulo 36



(15 días después)

Hay días en los que una sabe que algo está a punto de cambiar. No por lo que pasa afuera, sino por cómo tiembla por dentro. Hoy es uno de esos días. Me miro en el espejo de la entrada por tercera vez. Llevo una blusa blanca con botones de nácar y un pantalón negro de patas rectas que ajusté yo misma hace un par de noches. He dejado que mi pelo caiga suelto, con ondas suaves, como si no me importara demasiado. Quiero parecer relajada, aunque eso es complicado porque hoy es mi primer día oficial como becaria en la academia de Madame Peig.

La sede está en una antigua casona remodelada en el centro de Bakersfield. Hecha de ladrillos rojos, con ventanales gigantes y enredaderas verdes subiendo por la fachada. Un lugar que impone incluso antes de cruzar el umbral.

Al entrar, todo huele a tela nueva y se mezcla con el aroma del café. Hay silencio, orden y una belleza limpia que me recuerda al diseño bien hecho. Estoy nerviosa y eso que solo vengo a presentarme oficialmente.

Espero en un salón amplio junto con otras chicas y tres chicos, en total somos diez alumnos. Mientras espero a que llegue mi turno para que me reciba la mismísima Madame Peig, me fijo en las vestimentas de todos los presentes. Vestimos diferentes, como nuestras propias personalidades, aunque la única becada soy yo. Una de las chicas lleva un turbante violeta, la otra viste de cuero negro, otras visten demasiado extravagante y luego estoy yo, que parezco salida de una editorial francesa, sintiéndome pequeña.

Entonces aparece ella, y nos levantamos para recibir a Madame Peig. Tiene sesenta años y esa aura que la hace parecer de la realeza. Su cabello está blanco, perfectamente recogido en un moño bajo. Lleva gafas de carey, labios rojos y un traje de color verde esmeralda. Si *Miranda Priestley* tuviera una hermana menor y más humana, pero igual de implacable, sería ella. Madame Peig nos mira una por una. Hasta que sus ojos se detienen en mí.

—Tú —dice, sin suavidad—. Te recuerdo, eres la nueva becaria.

—Así es señora, hace unos días, usted me entrevistó para terminar de cerrar el convenio de la beca. —Le informo, intentando sonar profesional y no emocionada. Ella asiente, acercándose con un andar elegante.

—Tu vestido me hizo llorar y te aseguro que eso no pasa a menudo. —Me confiesa y siento la piel de mi cuerpo erizarse de emoción.

—Gracias —murmuro y ella sigue con su mirada clavada en mí.

—No me interesan las modistas sin emociones. —Me dice y mira una a una a todas las chicas—. Me interesan las que son capaces de mostrar sus propias cicatrices. Porque tienen sensibilidad y son las únicas que saben cómo se cose una emoción.

—Sí señora —respondemos todas como soldados. Y esa afirmación de la prestigiosa Madame Peig, hace que sus palabras caigan como un trueno en mi pecho. Y entonces lo sé, ahora estoy donde tengo que estar. No en la universidad.

La reunión de bienvenida dura casi una hora. Ella explica la dinámica del curso. Serán nueve meses intensivos, con mentorías personalizadas, talleres de creatividad emocional, patronaje, marketing y sostenibilidad. Pero lo que más me hace contener la respiración es la noticia final, todos realizaremos una colección de nueve prendas únicas, una por cada mes, que culminará con un desfile en Hollywood, en la pasarela de la moda del próximo verano. Todos los alumnos, presentaremos nuestras prendas, pero solo una será la encargada de abrir el desfile.

Cuando salgo del edificio, siento las manos frías y el corazón acelerado. Estoy flotando de felicidad, temblando de emoción y sonriendo como una tonta. Camila me espera apoyada contra su coche, con gafas de sol y un batido del *Starbucks* en la mano.

—¿Y? —Me pregunta con una sonrisa que ya conoce la respuesta.

—Empezamos el lunes —respondo con voz aguada por la emoción—. Es oficial, soy alumna de la mismísima Madame Peig.

—Sí pequeña, vas a demostrar al mundo cuánto talento tienes. —Grita Camila abrazándome con orgullo—. Ahora sí eres una diseñadora de verdad. ¿Qué se siente?

—Siento que no quiero defraudarla y tengo un poco de miedo, pero del bueno.

Subimos al coche y Camila conduce hasta el restaurante donde nos esperan los padres de Dom, su novio y Dominic. Mi Dom. Él todavía no ha vuelto al set de grabación, porque acordó con la productora descansar un mes y lo justificó por su salud mental. Entonces lo respetaron.

—Creo que si todo marcha bien, para navidades voy a mudarme a vivir con Bruno. Me lo propuso anoche. —Me informa y no puedo evitar sorprenderme al oír la noticia.

—¿En serio? ¡Eso es... increíble!

—Sí —dice ella, sonriendo—. Sé que suena precipitado, sobre todo porque hemos pasado un buen bache, pero me gusta cómo me hace sentir.

—Te entiendo. —Le digo—. Si yo pudiera, pasaría cada noche con Dom.

—¿Y por qué no puedes? —Me pregunta como si yo fuera un jodido extraterrestre en su coche.

—Porque sus vacaciones terminan en menos de una semana y aunque ahora está aquí conmigo... El rodaje va a ser en Los Ángeles y yo estaré aquí.

—A veces, el amor no es estar pegados todo el día, también es confiar sin miedo en la pareja. —Me comenta—. Tú y mi hermano ya estáis hasta casados, habéis superado a la prensa juntos y solo

son nueve meses viéndolo menos, pero luego todo será diferente, mejorará.

—Es cierto, espero que estos nueve meses pasen pronto — respondo y sonrío, porque sé que tiene razón.

Al llegar al restaurante, todos nos saludan con alegría. Hay abrazos, copas levantadas, brindis, chistes. El padre de Dom se burla de él, diciendo que se ha vuelto un romántico empedernido. Y su madre me mira con una ternura desmesurada, como si fuera su propia hija. Me siento tan afortunada de tener a esta familia y me encuentro tan agusto con ellos que el almuerzo se me hace corto. Cuando acabamos los postres, Dom se levanta y me ofrece su mano.

—Me voy con mi chica. —Anuncia a todos.

—¿A dónde? —Le pregunto confundida y él sonríe.

—Es una sorpresa.

Nos despedimos de todos y subimos a su coche. Dom conduce con una mano mientras que con la otra sostiene la mía. Entramos en una zona residencial de Bakersfield, donde las casas son más grandes, las calles están más tranquilas. A ambos lados hay árboles con copas frondosas y buzones coloridos. Aparca en un garaje blanco, frente a una casa moderna de techos altos y ventanales amplios. Me quedo mirándolo y él sonríe con inocencia.

—¿Qué hacemos aquí? —Le pregunto, frunciendo el ceño.

—Camila se va a vivir con su novio, ¿no? —Me pregunta y asiento—. A ti te pillas muy lejos ese apartamento que teneis para las dos, para ir todos los días a la academia de Madame Peig, y no me gusta la idea de que camines sola por media ciudad con el invierno a punto de empezar. Así que... he comprado esta casa. Está a diez minutos caminando de la sede Peig.

—¿En serio? —Lo miro asombrada sin saber bien que decir.

—Sí, vas a verlo por ti misma.

Bajamos del coche, él saca una llave del bolsillo trasero de sus vaqueros y abre la puerta. La casa es amplia, luminosa y todavía está vacía. Tiene un ventanal que ocupa casi toda la pared del salón, una cocina americana con isla de mármol claro, y un dormitorio con baño privado.

—Es... preciosa —susurro.

—Es para ti. Aunque espero estar bastante por aquí también.
—Me comenta acercándose a mí.

Lo abrazo fuerte y cierro los ojos quedándome ahí, apoyada en su pecho. Oyendo su corazón latir, oliendo su perfume y sintiéndome la mujer más afortunada del planeta. Dom, me tiene rodeada con sus brazos, me acaricia el pelo y me da un beso en la frente.

—Una última cosa, rubita...

—Dime, Dominico.

—¿Cuándo vas a sacarte la licencia para conducir? —Me pregunta y me río.

—Cuando acabe el curso de Peig —respondo y él sonríe satisfecho.

—Perfecto. Así para cuando ganes tu primer Oscar como diseñadora de vestuario, podrás conducir tú hasta la gala y yo podré ir de copiloto con mi esmoquin diseñado por ti.

—¿Y qué harás si me piden que diseñe solo vestidos para mujeres?

—Pues me pongo uno, pero que tenga escote, ¿vale? —bromea.

Ambos nos reímos, como si la vida hubiera estado esperando a este instante. Ya no necesitamos un plan de escape, porque las ganas de estar juntos son mayores. Aquí en esta nueva casa, que ya se siente como hogar, nos abrazamos en silencio mientras el sol de la tarde acaricia los tejados ahí afuera, y aquí dentro en nuestro nuevo hogar, empieza algo.

Un nuevo comienzo para nuestra historia.

Epílogo



Nueve meses después...

Esta noche, Hollywood brilla más que nunca. El estreno de la nueva temporada de «Red» está preparando como un espectáculo de alto voltaje. Hay una alfombra roja, imágenes con nuestros rostros por todos lados, mesas de catering con aperitivos que parecen arte moderno y champagne francés servido por camareros con uniformes impecables.

Estoy sentado entre Tom y Mauro. Escucho el discurso de apertura que da Ashley. La prensa nos ronda como aves rapaces carroñeras, esperando encontrar carnaza. Es el tipo de evento que un actor no debería abandonar bajo ninguna circunstancia, pero mi corazón no está aquí. Está a diez minutos de distancia, en un hotel del centro. Donde mi esposa está por presentar su primera colección como diseñadora de moda.

Rose, está cumpliendo su sueño y no estoy allí para verla.

Nueve meses creando, cortando, cosiendo, reinventando, llorando y volviendo a confiar en sí misma. Nueve meses que se resumen en esta noche.

La he visto despertarse a las tres de la mañana con una idea en la cabeza, hacer bocetos en la parte de atrás de las servilletas, también buscar telas como si buscara el tono exacto de un recuerdo y es fascinante ver cómo le apasiona el arte.

Su colección se llama «*Plan de escape*» y es, palabra por palabra, nuestra historia. Me levanto justo cuando la hija de Mauro está terminando de presentar al evento. Mi productor y Tom se giran hacia mí.

—¿A dónde vas? —Me pregunta Tom.

—Al desfile de mi chica —respondo con naturalidad.

—Dom... —Mauro intenta protestar, pero no tiene tiempo.

—Tranquilo, jefe. Sé que todo va a ser un éxito. —Le aseguro lanzándole un guiño.

Mauro no dice nada más, solo asiente con una mirada de comprensión silenciosa. Salgo por la puerta lateral, dejando a todos en la ceremonia. Afuera está la prensa que me preguntan qué ocurre y me fotografían, esperando alguna declaración por mi parte, pero tengo prisa.

Conduzco atravesando *Sunset Boulevard* como si persiguiera los últimos latidos del corazón de mi chica, hasta llegar al hotel donde está. Sonríó satisfecho al ver que es buena hora.

La recepción del hotel parece una galería de arte. Hay periodistas de moda, editores, diseñadores consagrados y jóvenes promesas. Una fotógrafa le toma una instantánea a una modelo con uno de los diseños previos y otros fotógrafos me toman fotos a mí al verme llegar. Ya solo tienen que sumar este evento, junto con la huida de mis propias obligaciones y tendrán una exclusiva muy jugosa.

Dejo atrás el glamour, subo por las escaleras y busco la zona de camerinos. Veo a mi hermana que está ajustándole el vestido a otra modelo, eso me resulta extraño, pero aún más cuando no veo a mi chica por ningún lado.

—¡Dom! —Exclama aliviada al verme—. Rose está encerrada. Le ha dado un ataque de pánico y no quiere salir.

—¿Dónde está?

Camila me señala una puerta blanca con su nombre escrito en tipografía elegante. Asiento y me acerco para golpear la puerta un par de veces con suavidad.

—Rose... cariño. Soy yo. Ábreme.

Pasan unos segundos en los que no oigo nada, pues el bullicio de afuera es mayor. Veo a madame Peig caminando por el pasillo, junto con dos chicas más y vuelvo a llamar una vez más. Entonces oigo la cerradura y la puerta se abre. Ahí está ella.

Está guapísima. Trago saliva, respiro y me humedezco los labios al verla vestida con un vestido zafiro con un escote que me

roba el aliento y la espalda descubierta. Rose lleva el pelo recogido en un moño bajo y los pendientes que le regalé por su cumpleaños. Su nariz está ligeramente roja, sus mejillas húmedas de llorar y tiene los ojos hinchados, pero aún así está preciosa.

—¿Qué haces aquí? —Susurra—. Se suponía que ibas a recibir un premio en la presentación de la nueva temporada.

—Estoy donde tengo que estar —respondo, entrando y cerrando la puerta detrás de mí. Ella no dice nada. Me mira vulnerable y yo solo quiero abrazarla, besarla y recordarle lo increíble que es.

—No sé si voy a poder salir ahí —confiesa—. Tengo miedo de que no les guste, y de no estar a la altura.

Me acerco a ella y acorto la distancia que nos separa. La tomo de las manos que están frías y me mira llena de nervios. Noto que se manifiesta el síndrome de la impostora haciéndole cuestionarse su valía.

—Rose, mira lo que has logrado. Estás aquí, como la mejor alumna de la promoción de la academia de madame Peig por méritos propios. Tú nombre está en esa pasarela y esta colección, no es solo ropa. Es un grito sin voz, es tu forma de contar quién eres y eso te hace única. —Le aseguro y ella baja su mirada hasta mis zapatos italianos.

—¿Y si no conectan con mi trabajo? —Me pregunta casi en un susurro y le doy un suave apretón en las manos.

—No pasa nada, porque no tienes que gustarles a todos. Solo tienes que ser tú misma y eso es lo único que importa. Lo aprendimos juntos, ¿recuerdas? —Le pregunto captando su atención, ella me mira con tanto amor que me pierdo en sus ojos—. Rubia... Que el mundo siempre habla, pero solo tú sabes quién eres. Así que demuéstroles tú valía.

La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza, ella hunde su rostro en mi pecho y siento como tiembla en mis brazos. Le acaricio la espalda y le doy un beso en la sien.

—Tu colección se llama «*Plan de escape*», ¿no? —Le comento y ella asiente—. Pues sal ahí afuera y muéstrales cómo se escapa del

miedo. Cómo se huye de una vida escrita por otros y se diseña una propia. ¿Vale?

Rose sonrío un poco al oír mis palabras y se limpia las lágrimas que se le escapan traicioneras con las yemas de sus dedos. Asiente y percibo que comienza a respirar con normalidad.

—Gracias por venir —murmura.

—No me lo iba a perder por nada del mundo. —Le aseguro.

La puerta se abre y madame Peig aparece. Con su traje de satén, pelo perfectamente peinado hacia atrás, labios color vino y nos escruta con su mirada, como una pantera observando a sus crías. Sonríe al vernos abrazado, me mira y luego se centra en mi chica.

—Vamos Rose, tus diseños abren la pasarela. —Le informa—. Todos te están esperando.

—Enseguida voy. —Le asegura ella y nos volvemos a quedar solos.

—¿Tienes listo el discurso? —Le pregunto y ella asiente. Cierra los ojos y respira antes de volver a mirarme.

Le sonrío y pienso en que es mi mujer, mi orgullo, mi tesoro y soy un suertudo que la ama con cada latido de mi corazón.

—Tengo pensado decir algo como: Gracias a todos por estar esta noche aquí —dice, con voz temblorosa, pero firme—. Mi colección nació de un arduo trabajo y constancia, pero sobre todo de mucho amor. Porque el verdadero éxito no es gustarle a todos, sino ser fiel a una misma. Y he puesto mi corazón y mi alma en ello.

Me quedo en silencio maravillado al oír sus palabras. Yo ya me imagino al público aplaudiendo. Siento tanto orgullo por mi mujer, que no me cabe en el pecho.

—¿Qué te parece? —Me pregunta al verme en silencio, mientras me mira aún con los ojos húmedos, pero ahora brillando de valentía.

La miro completamente embobado, con la certeza de que nunca me he sentido más orgulloso de nadie en mi vida. Porque Rose, brilla por sí misma.

—Me parece que te amo demasiado, mi futura reina del diseño emocional —respondo, con una sonrisa que no me cabe en la cara.

Ella suelta una risa nerviosa que la hace aún más hermosa y me rodea el cuello con sus brazos descansando en mis hombros.

—Y yo también te amo con todo mi corazón, Dominicó.

Nos abrazamos fuerte, como si esa fuera la última vez... aunque sabemos que es la primera en la que ella ya no duda de su talento y yo la acompaño a cumplir su sueño. Abro la puerta y el murmullo del pasillo nos alcanza recordándonos que ahí afuera la están esperando.

—Ve a conquistar lo que ya es tuyo. —Le susurro, rozando sus labios con un beso fugaz.

Rose asiente y se da la vuelta. Veo cómo se ajusta el vestido con las manos y camina hacia la pasarela con la fuerza de quien ya no pide permiso para brillar. Yo me quedo ahí, viéndola y sintiéndome el hombre más afortunado del mundo por ser testigo de sus comienzos.

Justo antes de cruzar el telón, se gira y me lanza una sonrisa que me roba la razón. Y entonces lo sé. El verdadero plan de escape nunca fue salvarla de una boda equivocada. Fue escapar juntos de una vida que otros querían escribir por nosotros. Fue desobedecer las expectativas de todos. Romper los moldes y abrazar un futuro inesperado.

Fue elegirnos, incluso cuando parecía una locura.

Fue correr hacia ella.

Hacia mi Rose.

Hacia lo que somos cuando estamos juntos.

Y así nuestra historia que nació como una mentira, terminó revelando la verdad más poderosa... El amor no siempre llega como lo planeamos... pero siempre viene con la persona adecuada.

Una petición antes de marcharte...

*Antes de marcharte debo darte las **GRACIAS** de que me hayas dado una oportunidad. Para mí no hay mayor recompensa que esta. Espero que la hayas disfrutado. Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una valoración y un comentario en Amazon. Para facilitarte el trabajo, solo necesitas escanear este código **QR** y accederás directamente a la valoración.*



Mil gracias por todo.



Gracias a ti, que has llegado hasta aquí y has decidido darme tu tiempo. No existe mayor regalo para un autor que alguien que lea sus historias, así que este libro ya es especial solo por eso. Espero de corazón que Dom y Rose te hayan robado alguna sonrisa, que sus locuras te hayan hecho reír y, sobre todo, que te hayan ayudado a desconectar un rato de la rutina.

Escribir *Plan de escape* ha sido, para mí, exactamente eso: un plan de escape. Tenía claro su título antes incluso de sentarme a teclear la primera palabra, porque necesitaba dejarme llevar por ellos y escribir por puro amor a contar historias, después de meses de proyectos intensos y mucho trabajo. Este libro fue un soplo de aire fresco y para mí, es maravilloso poder compartir hoy contigo.

Si acabas de llegar a la familia Laurels, ¡bienvenida! Cada día somos más y me siento afortunada de teneros a mi lado. Siempre nos encontraremos en nuevas historias llenas de momentos únicos; algunas te harán reír más, otras te tocarán el corazón, pero todas estarán impregnadas de amor del bueno. Creo firmemente que el amor es una de las fuerzas más poderosas del mundo, y escribir sobre él es mi forma de agradecer tenerlo en mi vida. Gracias a vosotras, mis lectoras; a mi familia, que siempre está ahí; a mi pareja, que me da la mano y tira de mí cuando siento que no tengo

fuerzas; y a mis amigas escritoras, compañeras de letras que saben bien quiénes son.

Gracias infinitas a José de la Rosa (Pepe), mi mentor, que me enseñó a creer que todo era posible. Gracias a Mss Muar, mi ilustradora, que hace magia en cada portada y logra captar mi esencia mejor que nadie. Y gracias, por supuesto, a mis lectoras beta: mis alquimistas, mis críticas sinceras, las que afinan cada palabra y hacen que esta historia brille más. Si esta novela fuera una receta de cocina, ellas serían ese toque de azafrán que le da el sabor perfecto.

Y, sobre todo, gracias de nuevo a ti. Gracias por leerme y escribirme para compartir tus emociones conmigo. Siempre intento responderos, aunque a veces tarde un poquito, y qué maravilloso es que seamos tantas. La familia Laurels crece cada día y tú eres parte de ella. Nos vemos pronto, en más historias llenas de amor del bueno, de ese tan increíble que mueve el mundo.

Un abrazo.
Kayla L.

Otras novelas que te pueden gustar.



CONSIGUELA AQUÍ

